



Lorena R. Jeffers

VOLVER A

Empezar

Desde las cenizas

DESDE LAS CENIZAS

VOLVER A EMPEZAR

Lorena R. Jeffers

Título de la serie: Desde las cenizas.

Libro: Volver a empezar.

© 2017 por Lorena R. Jeffers.

Fotografía: Pixabay.

Ilustración de portada: Lorena R. Jeffers.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser adaptada, reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— sin la autorización previa por escrito de la autora.

Primera edición: junio, 2017.

Agradezco profundamente a Dios por permitirme terminar esta, mi más reciente novela.

A mis padres, por haberme apoyado en todo.

A mi colega y amigo, AB. Carrasquero; y a mi hermana Inés M. Rodríguez, por sus sinceras críticas. Y a Oskeyberth Narváez, por sus consejos.

También a ti, mi querido lector, por elegir «Volver a empezar». Mi más grande deseo es que sea de tu agrado.

Dedicado a mis amadas lectoras de Wattpad, quienes apoyaron este proyecto cuando solo era un bebé y se llamaba «A través del dolor». Sin ustedes no habría sido posible.

*En especial a la admirable y talentosa Loló Puerto, mil gracias.
¡Son maravillosas!*

Esta NO es una serie erótica, sino una historia de amor romántico.

CONTENIDO:

I EL CÁNTICO DEL DOLOR

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

II ANGUSTIOSOS DÍAS TRANQUILOS

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

III CAMINO AL ABISMO

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

IV EL DILEMA DE TAKEHIKO SAKURAI

CAPÍTULO 13

V INVIERNO

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

VI FLORES DE PAPEL

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

VII RENACER DESDE LAS PROFUNDIDADES

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

VIII LOS SENTIMIENTOS DE ALISSA COLLINS

CAPÍTULO 24

SOBRE LA AUTORA

Y el Rruiseñor se apretó más aún contra la espina, y la espina al fin le alcanzó el corazón. Un terrible dolor lo traspasó. Más y más amargo era el dolor, y más y más impetuosa se hacía su canción, porque ahora cantaba el Amor sublimado por la muerte, el Amor que no puede aprisionar la tumba...



El Rruiseñor y la rosa. Oscar Wilde.

Grande es mi devoción: mi pobre espíritu
la muestra sin ropaje de vocablos
y espera, aunque desnuda, que en tu alma
le dé tu comprensión sutil albergue;
hasta que el astro que mi andanza guía
me señale con brillo favorable,
y al ornar mis andrajos amorosos
haga que yo merezca que me mires.
Soneto XXVI. William Shakespeare.

I

EL CÁNTICO DEL DOLOR

Dad palabra al dolor: el dolor que no habla, gime en el corazón hasta
que lo rompe.
William Shakespeare.

CAPÍTULO 1

Alissa Collins llevaba poco más de media hora de pie frente al espejo, mirándose, tratando de fingir una sonrisa; pero en su lugar solo había una mueca horrenda. Exhaló con pesadez, intentando contener el llanto. Los recuerdos del pasado no la dejaban en paz. Se vio las manos por un momento y finalmente, después de haber estado batallando por días, se dejó vencer.

Lloró.

Afuera, el cielo estaba nublado, casi oscuro. Daba la impresión de que, en lugar de ser las dos de la tarde, eran las siete de la noche. Aunque también le imprimía cierto aire de tristeza, como si en ese reino invisible al que todos pretendían llegar estuvieran de luto y lamentara la partida de alguien importante. La brisa mecía con suavidad las ramas de los manzanos del jardín. Parecía que iba a llover, lo cual resultaba refrescante en pleno verano.

Con los cambios climáticos nunca se sabía.

Sin embargo, el frío y la lluvia casi nunca resultan ventajosos cuando se está a punto de sepultar a un ser querido. Le dan cierto aire de tristeza. Hacen que el día parezca salido de una película antigua y melodramática; pero la verdad es que a veces, solo a veces, el cielo acompaña con sus lágrimas a quienes han sufrido una gran pérdida.

Al menos a ella le pareció de tal forma.

Los sueños, se dijo, todos ellos habían muerto, al igual que sus esperanzas. Esos anhelos que una vez creyó que se volverían realidad. No importaba; la vida se le iba a paso lento, escurriéndose de forma dramática como el agua entre los dedos.

Desvió la mirada hacia la derecha y vio la vieja fotografía que guardaba como un tesoro. Había algo en ella que no le era posible describir con simples palabras, y hubiera sido hipócrita hacerlo en ese instante; aun así, lo intentó. Fue masoquismo quizás, ella no lo supo entonces, y tampoco le interesó. Quería sentirse viva otra vez, con motivos para seguir adelante.

—Chris —susurró.

Anheló poder devolver el tiempo para estar a su lado al menos durante un minuto. Nada más uno, rogó, y repetirle lo mucho que lo amaba. Besarle, sostenerle la mano mientras él se entregaba al sueño eterno.

Incluso pensar en eso se hacía desgarrador.

Se preguntó, sin dejar de observar cada detalle de la fotografía, los motivos que tuvo la muerte para arrebatarse todo cuanto tenía de la forma

más cruel. No lo supo, mas tuvo claro lo que perdió: le arrebataron la vida entera en un instante. Aunque nada se podía hacer, porque el destino era así de injusto. No era posible regresar el tiempo para evitar los terribles eventos que le había tocado experimentar. De eso se trataba estar vivo, asumió.

Cuando el dolor es tan intenso es usual que la lógica sea relegada a un segundo lugar. Nada tiene sentido cuando el corazón está roto y el alma no consigue motivos. Nada interesa cuando respirar se convierte en una tarea casi penosa y las lágrimas queman la piel.

Era una pregunta sin sentido y, a pesar de ello, Alissa se la planteó varias veces: «¿por qué a mí?». La respuesta no llegó; por el contrario, se hizo distante como ese cielo nublado que no le ayudaba en nada. Recorrió con la yema de los dedos el rostro de aquel niño encantador que la protegió de todo el que quisiera hacerle daño, ese con el que compartió mil y una experiencias maravillosas, el que le amó sin medidas y se convirtió en su otra mitad.

—Chris... Christian...

«Dame una razón —pensó—, por favor. Solo una». No la hubo, no llegó en eso pocos minutos, y Alissa creyó que no lo haría nunca.

Aspiró y contuvo el aire hasta que pareció hervir en sus pulmones. Los recuerdos no cedían en el ataque a su mente frágil. Sentía un malestar hondo, pero no era físico. Espiró. Alissa consideró lo injusto que era el destino. ¿Por qué Chris había tenido que irse así? Tal vez era su culpa. Al pensarlo de ese modo, las ganas de avanzar le faltaron.

Otra vez deseó la muerte, pero tenía claro que su deber era luchar contra la desgracia costara lo que le costase. No podía fallarle al rendirse; no quería decepcionarlo, no a él. No sin dar una pelea digna antes.

«Regresa».

Si tan solo Christian hubiera podido oírla, si tan solo él hubiera podido responderle como antes, cuando todo estaba bien.

«Chris, quiero verte».

—Ya es hora. —La voz de Emily, su hermana menor, le sacó del horroroso laberinto que representan sus pensamientos—. Tenemos que... ¿Alis? Te estoy hablando.

Aunque la oyó, prefirió permanecer en silencio, con el retrato en sepia arrugado dentro de la mano, aferrado a su pecho porque ahí Christian estaba más cerca y, por ende, no volvería a perderlo; porque ahí había estado desde hacía unos años y... Los motivos se le acabaron.

Emily, no obstante, continuó viéndola, esperando en silencio a que su

hermana respondiera. Cuando se dio cuenta de que no lo haría, decidió insistir, y dijo:

—Hermana, nos esperan abajo. Ya es hora de...

Alissa se dio media vuelta, la vio distante, después se lamió los labios y ladeó la cabeza. Eso siempre funcionaba con los extraños, esperó que con su hermana también.

—Lo sé —respondió en voz baja, interrumpiéndola.

Alissa consideró que su hermanita había madurado hasta convertirse en una muchacha hermosa, la versión femenina de David, su padre: alta, bonita y con unos maravillosos ojos grises. Ambas habían heredado eso de él, pero Alissa se parecía más a su difunta madre.

—Nuestro padre ha dicho que —habló de nuevo—... que tus viejos amigos vendrán para el sepelio. De hecho, ya llegaron algunos. Están esperando por ti en la parte de abajo, junto a él. —Alissa afirmó con un movimiento de cabeza. Emily continuó con esa misma entonación latosa—: Gabriel y sus hermanos llegaron anoche, al igual que Debra, Sarah y ese chico raro..., el de los rizos..., ¡Raúl! Por otro lado, Dylan y Tyler, y Sebastian e Isabel se irán directo al cementerio y... Noah viene en camino, creo que estaba en Toronto de vacaciones con su mujer. Lo escuché bastante conmovido por lo que ha pasado, te envió sus condolencias. Dijo que...

—¿Noah, dijiste? —Alissa intervino asombrada—. ¿Noah Green?

Durante la infancia, y buena parte de la adolescencia, ella lo había querido. Pero eso fue hasta que Christian llegó para mostrarle lo que significaba amar y ser correspondido con la misma pasión. Se preguntó cómo se encontrarían él y su esposa Julie, imaginó que mejor que ella, ya que tenía entendido que ambos esperaban un bebé. A pesar de vivir en el mismo país, llevaba mucho tiempo sin verlos.

Emily calló. Resopló viendo hacia arriba, cansada, y respondió momentos después:

—Sí, Noah, el mismo Noah idiota y despistado de siempre.

Alissa se limitó a suspirar.

«Al menos tú eres feliz, ¿verdad? Encontraste a la mujer correcta y pronto serás padre. Al menos tú eres feliz», pensó colocándose el abrigo lila, que solía usar casi siempre, y se soltó el cabello, el cual cayó con suavidad sobre sus hombros estrechos.

Era curioso que el sol no hubiera salido. Quizás lo imaginaba, podían ser ideas de su mente, mas le pareció que el mismo Reino Celestial lamentaba la

pérdida de uno de los mejores hombres que el mundo hubiera visto nacer: Christian Dunne. Eso, todo lo que representaba la situación en sí, le recordó un viejo poema que nunca le gustó. Era demasiado fúnebre, cruel y real.

—Vamos —dijo.

Tomó con suavidad la mano de su hermana y salió de la habitación tratando de verse lo más calmada posible.

«Quédate silenciosamente en esa soledad que no es abandono, porque los espíritus de los muertos —que existieron antes que tú en la vida— te alcanzarán y te rodearán en la muerte (...), por lo tanto, permanece tranquilo^[1]», pensó mientras bajaba las escaleras.

Incluso lo recordaba a perfección.

Si Christian continuara con vida seguro le diría que era bastante fatalista. Quiso saber cómo no serlo en una situación como esa.

No hubiera querido tener que atravesar tan lamentable proceso ni tener que enfrentar la cruda realidad que le golpeaba la cara, pero era su deber. Agradecía a su padre que se hiciera cargo de todo el papeleo y las llamadas. Ella no habría podido, ¿cómo hacerlo cuando quien estaba en aquella caja de madera era su prometido? Y, en ese instante, sus últimas palabras le volvieron a la cabeza como un eco: «Sé feliz. Si yo mañana no estuviera, quiero que me prometas que lo serás, que volverás a reír, que cumplirás tus metas. Que no dejarás la repostería, por mucho que David te diga que estás perdiendo el tiempo. Alissa, quiero que... Alissa, si mañana llegase a faltarte, quiero que ames con más intensidad, que no te encierres en tu mundo solitario, que no vuelvas a ser esa muchachita que se escondía de todos por temor. Quiero que vivas, por ti y por mí».

Eso hacía, a pesar de que lo único que deseaba era suicidarse.

Tan pronto como se encontró con los hermanos McAdden, Alissa sonrió con la misma delicadeza de siempre, haciendo su mejor esfuerzo, repitiéndose: «que no se note, que no se note». Aun así, Gabriel tosió para llamar su atención y la observó durante unos instantes con esos impasibles ojos verdes, que en un pasado parecieron arder como el propio infierno, hasta que consiguió ponerla nerviosa.

—No necesitas fingir que estás bien —dijo severo, para sorpresa de los presentes, mas con suavidad—, Alis.

Y ella se derrumbó. Alissa Collins lloró en silencio, desconsolada, deseando poder ser invisible. Gabriel se acercó y, después de acariciarle el cabello, le abrazó con fuerza. Alissa le enterró los dedos en la espalda, a

pesar de eso, él no se movió ni dejó escapar ningún sonido. Le permitió desahogarse en su pecho mientras era visto con asombro por Karl y Tessa, sus hermanos mayores.

Gabriel pocas veces daba muestras de afecto.

El chofer de la familia informó que el automóvil se encontraba listo. Alissa se alejó de Gabriel y, luego de sonreírle agradecida, se limpió las lágrimas. Él se limitó a mover la cabeza en señal de aprobación.

En silencio, el grupo de personas abandonó el salón con dirección al cementerio.

Alissa miraba por la ventanilla del vehículo. El aire fresco la hizo sentir aliviada por un momento, así que se dedicó a pensar en los días del pasado. La imagen de Christian le vino a la memoria, vaporosa, distante. Lejana como ese sol que anhelaba ver y, pese a ello, no salía de entre las sombras. Inclino la cabeza hacia la derecha, la larga cabellera negra se le desbordó como una cascada nocturna sobre el hombro. De estar a su lado, Christian le hubiera dicho que olía a rosas, aunque su perfume en realidad fuera una mezcla de flores silvestres. Él no sabía distinguir unas de otras, pero a Alissa no le molestaba en absoluto.

Sonrió. Christian era un hombre cursi, tan romántico que a ella le parecía increíble su personalidad a veces seria. Pero, si se lo pensaba mejor, él era más bien equilibrado.

Lástima, se dijo, que jamás fue abierto con nadie aparte de ella, que nunca les permitió a otras personas saber sobre el buen corazón que tenía. Qué pena que se hubiera ido tan pronto.

Alissa se acordó de lo sobreprotector que era, sobre todo cuando la veía llorar. Pensó en lo débil que fue ella durante la adolescencia, luego de que le rompieran el corazón.

Por esos años su autoestima era baja, ella no se consideraba alguien fuerte ni digno de nada bueno, y el que Noah rechazara su confesión amorosa diciéndole que pretendía iniciar una relación con Julie no hizo sino empeorar el escenario. Fueron meses duros en los que se sumió en una terrible depresión que parecía matarla. Pero también fue en ese período, en medio de aquel infierno en la tierra, que Christian apareció para salvarla. No se trataba de que nunca hubiera estado, no era que no la hubiera salvado antes, mas en

ese tiempo él se presentó como un caballero sin armadura que, tendiéndole la mano, le ayudó a levantarse. A lo mejor no había sido tan romántico en un principio, con todo, aquello no evitó que ella lo amara.

Después de lo sucedido con Noah, Alissa se había limitado a ser una sombra que respiraba, lo que entristecía a Christian, quien no tenía idea de cómo ayudarla. Él la quería, pero no le era fácil expresar sus sentimientos. Ser el hijo de un soldado estricto —como lo era su padre— tenía sus consecuencias. Ella se había alejado de su grupo de amigos, sobre todo de Christian, debido a la vergüenza que sentía por haber sido rechazada por Noah el día de San Valentín. Esa actitud le había convertido en un blanco fácil de los brabucones. Alissa siempre lo fue, no obstante, la situación llegó a convertirse en algo insufrible que ella se dedicaba a soportar en silencio y con la cabeza gacha, como si la vida le importara poco.

Estaba deprimida. Christian lo tenía claro, pero no podía aceptarlo. No pudo aguantarlo más cuando la vio acorralada contra una de las paredes siendo molestada por varias estudiantes del curso superior; le dolió verla morderse el labio con los ojos cerrados, temblando de miedo.

No fue capaz de contenerse al escuchar el débil lamento que suplicaba ayuda.

Christian había llegado a ellas y, en un momento, la liberó de lo que Alissa consideró su condena. Sin embargo, no parecía feliz ni preocupado; él lucía enojado más que cualquier otra cosa. Tenía los labios fruncidos, al igual que el ceño, y una expresión que Alissa nunca antes vio en él. Respiraba agitado, no por la discusión en sí misma, sino por la ira.

Alissa casi sintió temor.

Christian la tomó del brazo y la obligó a verlo a los ojos. Eran de un hermoso color café, pero a ella le parecieron horribles en ese momento.

—¿Hasta cuándo? —preguntó. Su voz estaba cargada de dolor—. Deja de comportarte como una maldita niña cobarde. Dime por qué no te defiendes y dejas que te humillen como si no importara. ¿Acaso no tienes orgullo? ¡Basta ya, Alissa, basta!

Alissa no respondió nada en absoluto. Christian tenía razón. No obstante, las lágrimas brotaron tibias, cargadas de angustia y esa frustración que se guardaba en el alma desde tenía uso de razón.

Al verlas, Christian no pudo evitar sentirse culpable. Su mejor amiga continuaba siendo linda y cuando eran niños ella le gustaba..., sin embargo, eso había sido antes, durante la infancia; lo que sentía por Alissa no era más

que... Recién se dio cuenta que no dejó de amarla. Quiso acariciarla, jalarla hacia su pecho para darle un beso profundo y lleno de eso que pretendió matar en miles de oportunidades. Pero no lo hizo.

Christian acercó la mano hacia el rostro de su mejor amiga y le secó las lágrimas. Alissa colocó su propia mano sobre la de él, y le hizo sentir confundido cuando la acarició con suavidad.

—Chris —dijo.

—Deja de llorar, Alissa. Yo solo... me preocupo por ti.

—Lo siento, Chris.

Alissa lo vio directo a los ojos. Eso lo desarmó por completo.

Se sonrieron.

—No importa, yo no debí haber dicho eso. Perdóname, Alis.

Christian la atrajo hacia sí mismo y la rodeó con sus brazos para consolarla. Alissa volvió a quebrarse. Lloró por Noah, al mismo tiempo que le enterraba las uñas la piel. Eso dolió, aunque no más que el verla sufrir sin poder hacer nada.

—Shhh... Alis, Alis, estoy aquí, estoy aquí..., no me iré, Alis, lo sabes. Lo sabes, ¿verdad?

Alissa elevó la cara para verlo un momento y afirmó con un pequeño movimiento de cabeza. Christian la besó en la frente.

—Gracias, Chris —susurró, después volvió a esconder la cara en su pecho.

Christian no contesto, con todo, se propuso ganarse su corazón. Si Noah no lo quería era cosa suya, pero él lo anhelaba como a la vida misma.

Ese fue el comienzo de una ilusión inigualable que se prolongó por años. De las miradas cómplices y las sonrisas coquetas. De los halagos y las caricias disimuladas. De la confusión y la dicha de saberse amada con tal intensidad por quien menos lo esperaba. Fue el inicio de un preciosísimo cuento de hadas que terminó convirtiéndose en una historia de terror. Y, aun así, no se arrepintió nunca de haberlo vivido, de lo poco que duró. Con todo y el dolor, con toda esa amargura que amenazaba con devorarla, Alissa no sentía ni un poco de remordimiento.

Él tampoco lo hizo. Christian jamás se arrepintió.

De volver a nacer, se dijo Alissa, lo habría amado con igual o más fuerza.

—¡Alis! —exclamaron haciéndola reaccionar. Reconoció la voz de inmediato. Era la de Noah— ¡Hey, Alis!

Dudosa, levantó la vista hasta encontrarse con sus ojos. Estaban velados por la tristeza, y no brillaban como antes, no como ella los recordaba. Alissa sintió pena por él. Noah y Christian no fueron grandes amigos, pero existía cierta camaradería entre los dos.

Recorrió con la mirada el espacio. Había más de treinta personas, la mayoría jóvenes de su edad. Todos conocidos para ella. Unos habían cambiado al punto de que se volvía difícil reconocerlos, sin embargo, fue capaz de diferenciarlos. Tenía buena memoria. Se alegró de que sus compañeros más cercanos del colegio estuvieran en el cementerio e incluso que la rectora se encontrara junto a ellos, pretendiendo ser fuerte, conteniendo el llanto mientras conversaba con su marido, el viejo Freddy.

Se detuvo por unos segundos en Debra Gordon. Ella estaba afligida como el resto. Llevaba el cabello trenzado hacia la parte derecha, lo cual le daba un aspecto maduro y sufrido, además tenía puesto un vestido negro con una flor de loto blanca bordada en la parte izquierda. Sollozaba en silencio, a la vez que acariciaba con el dedo pulgar la parte interna de su mano. Ambas se vieron durante unos segundos y se sonrieron de forma sutil. Después Alissa suspiró cansada y volvió la mirada hacia Noah, quien —al igual que el resto de los asistentes— se encontraba vestido de luto.

—Pe-pe-perdona, no te escuché —dijo.

Recién se dio cuenta de que esperaban por ella para dar inicio a la ceremonia. Noah meneó la cabeza restándole importancia, le apretó el hombro con suavidad y sonrió.

—No te preocupes, Alis. Sé cómo se siente. Cuando murieron mis padres, yo pasé algo similar, sabes.

Ella no pudo evitar sonreír al oír la vieja muletilla de Noah, eso hizo que dejara de sentirse tan culpable por no ser capaz de abandonar su tartamudeo del todo.

—S-s-sí, cuando perdiste a tus padres te veías muy afectado. Yo nunca imaginé volver pasar por algo como esto. Después de que mi madre muriera..., tú entiendes.

Noah rio por costumbre.

—Sí que lo hago, ¿sabes?

Alissa, a pesar de sentirse invadida por la tristeza, lo imitó. Necesitaba con urgencia reír al menos una vez, pero reír de verdad. En seguida, el

silencio los envolvió cuando Julie se acercó a ellos para saludar a la pobre mujer que se había quedado viuda antes de casarse. Ellas se sonrieron mientras se estrechaban las manos. A pesar de que nunca fueron amigas en realidad, se trataron como si lo fueran.

Alissa agradeció el gesto dentro de sí, diciéndose que Noah había elegido una grandiosa esposa.

El cielo sombrío fue iluminado de repente por un destello de luz, de inmediato se dejó oír un espantoso trueno. Uno tras otro, se hicieron escuchar rabiños. Alissa lo consideró una señal de Dios; mas no le afectó en gran manera, ya nada lo hacía desde de la partida de su prometido. Aun así, meditó en la situación, en lo que haría. ¿Qué sería de su vida en adelante?, ¿cómo enfrentaría los desafíos que tenía al frente sin él? No lo concebía. Creía que por sí misma era una mujer incapaz, siempre fue de ese modo, a pesar de que Christian se esforzó por años en negarlo.

Una figura se hizo presente. Alissa se sintió confundida tan pronto como lo vio. Le molestó el hecho de que con cada paso que él daba, con su habitual soberbia, las personas se dedicaban a murmurar entre ellas, a su espalda, criticándolo sin ningún tipo de pudor.

—Collins —dijo. Hubo frialdad en su voz.

Ella lo vio a los ojos, y sintió cómo su intensa mirada le penetraba el alma.

Takehiko Sakurai regresaba después de casi cinco años.

CAPÍTULO 2

Alissa se sintió perdida durante unos instantes en su rostro serio. Tenía ese brillo inusual en los ojos, el mismo que había visto años atrás, cuando eran tan solo un par de adolescentes inmaduros que jugaban a ser adultos y la vida le parecía más simple, más bella, pese a ser un completo infierno.

«Pero incluso en aquel tiempo, yo era mucho más feliz porque tenía a Chris», pensó mordiéndose el labio.

Takehiko continuaba frente a ella, sin decir una palabra, con los labios casi rectos. Alissa se preguntó cómo podía llegar a ser así de reservado. Él daba la impresión de ser frío y distante, casi cruel; aunque en otras, se mostraba amable y comprensivo con ella, pero solo a veces.

Dirigió la vista hacia la izquierda. Sebastian, un viejo amigo que solía ser descrito como «raro» gracias a su actitud contradictoria, se hallaba a su lado junto a Isabel, su prometida. Él estaba molesto debido a la inesperada visita de su antiguo compañero de estudios, sin embargo, a Alissa le pareció que era una conducta infantil.

Sebastian vio hacia arriba, hastiado, mientras bufaba. Alissa le sonrió para calmarlo, pero él se limitó a rodear la cintura de su novia con el brazo. Alissa se acordó de los dos tuvieron una pelea por aquel tiempo, algo relacionado con el padre de Takehiko y una humillación pública hacia Sebastian. Hizo memoria. Ese día ella había estado ocupada en otros asuntos, pero el chisme se regó como pólvora: un asiático alto, magro y con cara de perro rabioso, había desdeñado al pobre Sebastian en públicollamándoloasqueroso y sangre sucia. Tal vez por ello, asumió, él estaba a la defensiva. Pero eso había sido mucho tiempo atrás, no tenía sentido estar celoso a esas alturas.

—Ta-Ta-Takehiko —respondió. Se regañó dentro de sí por no ser capaz de decir una frase entera—, cuánto tiempo. No has..., ehm..., cambiado nada.

—Sí, no has cambiado nada. Sigues siendo el mismo chino bastardo e hijo de papi de siempre, ¡a que sí! —añadió Sebastian.

Una pizca de furia se reflejó en el rostro casi siempre sereno de Takehiko. Alissa bajó la cabeza, sintiéndose nerviosa de una forma aterradora. Era como si el odio que él albergaba en su interior, hacia el mundo entero, amenazara con devorarla.

—¿Es que tengo que cambiar algo, Rohde? —contestó él al fin. A pesar de dirigirse a Sebastian, continuaba viendo a Alissa—. Y, a todas estas, ¿qué

te importa? Mejor búscate una vida.

—¡Qué te den, chino de mier...!

Sebastian elevó el tono apenas un poco. No obstante, se vio interrumpido por Isabel, quien halándolo del brazo, dijo:

—¡Basta! ¿No piensan en la pobre Alissa? Mírenla, por Dios. Es el funeral de su prometido, tengan algo de consideración.

Sebastian inclinó la cabeza, apenado, a modo de disculpa. Alissa le mostró una sonrisa amable. Ella entendía, no tenía por qué disculparse.

—Lo lamento, Alis —susurró, y se retiró junto a Isabel.

Takehiko permaneció en silencio. No estaba de humor como para seguir discutiendo, además, no le apetecía. Tampoco era el lugar indicado para iniciar una disputa verbal que seguro ganaría, se dijo, no era tan inhumano como alegaban y se mostraba a sí mismo.

—Siento lo de Christian —habló de nuevo, entregándole un par de rosas.

Eran naturales, pero estaban teñidas de azul. Azul místico como el cielo y el mar; como lo imposible, como lo inalcanzable..., como Alissa Collins.

El dolor en el rostro de Alissa se incrementó. Takehiko fue consciente de ello, mas ya era tarde para volverse atrás. Le había entregado las flores, eso era todo. No era como si después de la ceremonia volvería a verla ni a hundirse en ese par de ojos aññados que durante la adolescencia le causaron tanta confusión.

—G-g-g-gracias, Takehiko. Yo... yo... te lo agradezco, de verdad que sí.

Takehiko se cruzó de brazos y sonrió con la mitad de los labios. «Respira, cálmate. No voy a comerte», quiso decirle, pero se contuvo.

Ella era hermosa, se dijo a sí mismo, tímida, encantadora y hermosa. Lo opuesto a su expareja, lo cual le parecía estupendo.

No se trataba de que Sarah hubiera sido una mala mujer. Por el contrario, el tiempo que pasó junto a ella le pareció maravilloso, pero su idea de felicidad nada tenía que ver con vivir atado a una persona que no amaba. Desde el inicio su corazón había pertenecido a Alissa Collins, aunque no importaba en aquel momento. Él nunca había significado nada en su mundo, nadie fuera de Noah lo hizo. Luego, Christian acabó con cualquier oportunidad de acercarse a la *princesa Ojos de Luna*.

El apodo se lo había puesto la misma Isabel, cuando Alissa y Takehiko

estuvieron juntos en el grupo de teatro y tuvieron que fingir ser una pareja de enamorados. Él era *el caballero Corazón de Hielo*.

—Solo hice caso a las palabras del idiota; dijo que debía ser educado. Ya sabes cómo es esto, Collins: si no obedeces a Noah, él entra en su fase de vieja menopáusica.

—No... entiendo.

—¿Nunca te lo ha hecho? Qué extraño. Es cuando empieza a chillar como marica histérica y te reclama por lo mismo durante un mes.

Alissa asintió con una sonrisita.

Takehiko se vio tentado a acariciarle las mejillas, no obstante, se dominó repitiéndose a sí mismo que solo estaría en Lago Púrpura unos días, que pronto tendría que volver a Japón y que, hiciera lo que hiciera, Alissa Collins no se fijaría en él. Además, pretender algo en semejantes circunstancias era egoísta..., incluso para alguien como él.

De momento, se sintió observado. Volteó hacia atrás; se encontró con los ojos azules de Isabel, quien lo veía como si le hubiera salido un cuerno en la frente o una nueva nariz. Con discreción se llevó la mano al rostro: todo estaba bien, no tenía nada de más; aun así, ella seguía con la mirada puesta en él. Frunció el ceño y ladeó la cabeza, solo en ese minuto Isabel dejó de escudriñarlo con los ojos, pero puso toda su atención en sus manos; y Takehiko se dio cuenta de una cosa: le temblaban.

Arqueó una ceja y la vio desdeñoso, fingiendo indiferencia; pero con los nervios a flor de piel. Había estado a punto de tocar a Alissa, como siempre lo deseó. Cuando Isabel se dio media vuelta y comenzó a conversar con Sarah, él exhaló con libertad.

«Contrólate», se dijo centrando su atención en Alissa. Ella seguía con la mirada fija en las rosas, al mismo tiempo que trataba de contener el llanto. «No debes. No hagas nada. Ningún intento. No debes...».

Sin embargo, se rindió antes de empezar. Terminó deslizando los dedos largos, temblorosos y fríos por la mejilla de Alissa Collins, limpiándole las lágrimas. También le sonrió sin un atisbo de arrogancia. Ella lo vio asombrada, pero él se alejó antes de que pudiera hacer alguna pregunta.

«Eres un idiota», pensó. «¡Lo has arruinado todo!».

La lluvia azotó de un momento a otro el cementerio. El cielo ennegrecido

tronó de forma pavorosa mientras las inclementes gotas de agua caían sin cesar sobre el césped. El sacerdote abrió la Santa Biblia, bajo la sombrilla que lo resguardaba, ante los presentes que —al igual que él— temían por la salud física de Alissa, quien se negaba a cubrirse alegando que no tenía por qué hacerlo si el ataúd de Christian iba a mojarse.

Takehiko sintió dolor, con todo, permaneció impasible, aparentando que la escena desgarradora no le interesaba en absoluto.

—Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos^[2] —dijo con voz solemne el anciano.

Los recuerdos arremetieron contra la mente de Alissa, ya deteriorada por la tragedia y la falta de sueño. Los últimos momentos de Christian le vinieron a la cabeza. Ella no supo cómo enfrentarlos. Una duda le llenó el corazón: dónde estaba Dios. Si era tan real como Christian juraba, ¿por qué no lo ayudó, por qué no hizo nada para salvarlo?

Recordó cómo de un instante a otro, y después de varias conversaciones con su padrastro, Christian se mostró lleno de una impresionante fe en alguien en quien antes no creía y, aunque las dudas causaban estragos en su interior, ella prefirió no preguntar. Él poseía una esperanza viva, una que ni su enfermedad parecía poder matar, eso bastaba. Fue suficiente hasta que Christian no volvió a abrir los ojos.

La tristeza se incrementó. Las lágrimas mezcladas con la lluvia empaparon el rostro pálido de Alissa. La angustia se tornó insoportable, a tal punto que no fue capaz de contener los lamentos. Se tapó la boca con ambas manos, para que nadie pudiera escucharla, pero era tarde: el llanto se había contagiado al grupo de personas. O a casi todas. Takehiko continuaba distante, pese a estar en el mismo lugar, impávido como de costumbre.

—¡Chris!

Alissa se arrojó sobre el féretro frío en el cual se encontraba el amor de su vida, su mejor amigo, su otra mitad. El hombre que una vez, con un sencillo «te amo», consiguió unir todos los pedazos de su roto corazón.

—Chris, levántate ya. De-de-deja de jugar, vamos. Chris, ¡Chris!, ¿n-no ves que me lastimas?

Su voz se fue apagando hasta hacerse un lamento casi imperceptible.

«Chris...».

«Christian...».

«Chris...».

Quiso saber por qué no despertaba. Ella ya no podía con la situación; estaba cansada. Quería ir a casa con él y terminar con los preparativos de la boda. Quería que Christian viera lo hermoso que había quedado el vestido de novia, que le diera su opinión sobre los manteles y la vajilla. Sabía que no era lo suyo, Christian odiaba esas cosas; pero por ella era capaz de tolerarlo, porque le amaba. Porque se amaban.

—Christian, ¡despierta por favor! Qui-qui-quiero ir a casa. Llévame a casa, por favor, por... favor...

Takehiko no soportó verla otro segundo en ese estado. Se acercó con cuidado y le abrazó por la espalda. El ligero perfume floral, que aún conservaba en el cabello, le llegó a las fosas nasales. Aquello era trágico, casi poético. Sus amigos lo vieron atónitos y, de inmediato, se elevaron los murmullos, mas no le interesó. Alissa estaba sufriendo, él no era capaz de permanecer indiferente ante eso.

—Alissa —susurró.

No hubo respuesta de su parte. Takehiko se dio cuenta de que ella había perdido el conocimiento. La tomó en brazos y la llevó lejos de la gente, hacia el automóvil en el que llegó junto a su familia y los hermanos McAdden. El chofer todavía esperaba por ellos. Alissa necesitaba descansar y él... desaparecer después de haber abandonado su actitud estoica. Ese no representaba ningún problema, pensó, era un experto en ello.

«Siempre desapareciendo» dijo para sus adentros. ¿Qué más daba?, no era como si alguien fuera a echarlo de menos. Ni siquiera Noah, él tenía una familia a la cual atender.

Isabel lo siguió sin que se percatara, cubierta por su sombrilla negra, y permaneció oculta detrás un árbol cercano al automóvil.

—¿Y tú qué? —dijo.

Él se tensó. Se giró para verla, carraspeó, y fingió naturalidad, pese a estar empapado y a punto de empezar a temblar por el frío.

—¿De qué?

—A-li-ssa.

Hubo malicia en su voz. Takehiko se cruzó de brazos y curvó la comisura de su labio. Estaba sorprendido, Isabel se había dado cuenta, pero trató de disimularlo.

—¿Qué hay con ella?

—No séééé, dímelo tú.

—No tengo tiempo para tus estupideces, Lawler.

—Ahí vas con esa cosa de los apellidos, la hostilidad y tu cara de no-me-importa-nada. Sabes que eso no funciona conmigo, ¿cierto? Soy bastante... ¿insistente?

—Lawler...

—La quieres, ¿verdad? Se te nota por cómo la miras. ¿Desde cuándo?, ¿Sarah lo sabe?

—Y si así fuera, ¿a ti qué?

—Ohhh —dijo llevándose la mano al mentón y entrecerrando los ojos—. Vaya, vaya, pero qué sorpresa... ¿Y te irás de nuevo, así como un cobarde? Eso nunca lo hubiera esperado de ti. Eres el hijo del hombre aterrador de la cadena hotelera y los viñedos, se supone que alguien como tú no...

Takehiko apretó los labios, se acercó a ella dando pasos largos y la acorraló contra el árbol detrás del que estuvo escondida. Ella soltó el paraguas temblando, pero él lo ignoró adrede. Golpeó la madera con la palma abierta. Isabel cerró los ojos.

Los abrió segundos después.

—No sabes nada, ¡nada! No te metas en lo que no te importa. ¿Crees que es fácil ser quien soy, vivir con toda esta maldita carga?, ¿crees que esto es sencillo? ¡No tienes ni la menor idea!

Isabel calló. Takehiko sonrió con esa amargura casi palpable que sentía dentro de sí mismo. La dejó libre y siguió su camino hacia la motocicleta que lo esperaba, sin siquiera mirar atrás.

«Adiós, Alissa —dijo para sus adentros, colocándose el casco—. Fue un placer verte por última vez».

La lluvia cesó y el sol, como una señal de esperanza, recién asomaba sus brillantes rayos. Takehiko se preguntó si ella volvería a ser la misma de antes. Todavía llevaba esa sonrisa tatuada en la mente: la que no le obsequió a él y, con todo, atesoró por años. Él continuaba anhelando ser el causante de una de esas porque Alissa era como un ángel y con una sola sonrisa de sus labios el mundo se le iluminaba, pero eso no sucedería.

Se consideró a sí mismo estúpido. Jamás pensó llegar a sentir nada aparte de odio y, sin embargo, en ese momento...

No debió haber regresado.

CAPÍTULO 3

Takehiko suspiró viendo el blanco techo de su habitación. Odiaba ese color.

Nunca pensó tener que regresar a Canadá, sin embargo, agradeció que su familia hubiera mantenido todo intacto. Que su madre lo hiciera, recapacitó; Fudo, su padre, no tenía nada que ver con el hecho. Él era así: distante, frío, cruel; pero solo con él. Siempre con él.

Esbozó una sonrisa triste, de esas que pocas personas habían visto en algún momento, y volvió a suspirar. Era la decimotercera vez que lo hacía, pero su cuerpo no quería parar. Juntó los párpados, el rostro de Alissa apareció en medio de la oscuridad, pálido y melancólico, recordándole que los seres humanos estaban hechos para sufrir.

«De eso se trata la vida», se dijo. Aunque se esforzó en creer que no era de ese modo.

Abrió los ojos. De nuevo, todo lo que vio fue blanco, de manera que desvió a mirada hacia las paredes teñidas de lila y celeste. Se hacía increíble, consideró, que Alissa y él tuvieran gustos similares en cuanto al color. Debía de ser porque, quisiera o no admitirlo, ambos eran personas solitarias que cargaban un enorme peso sobre sus hombros.

Recordó los años anteriores, el pasado del que pretendía huir. La voz de Fudo resonó en algún lugar lejano de su memoria, severa como de costumbre, advirtiéndole lo mal que le iría por actuar como un cobarde: «¿También deshonrarás el apellido de nuestra familia? Eres un Sakurai, actúa como tal, ¡sé hombre!», le dijo, y algunas palabras más. Takehiko se obligó a admitir que había acertado en todo. ¿Por qué no lo escuchó? Eso era fácil de responder: no quiso. Porque, por primera vez en la vida, deseó tomar sus propias decisiones. Lo que se había sentido bien, pese a los golpes y amargas decepciones.

Pero ahí estaba de regreso, tal como su padre lo vaticinó, en la casa en la que pasó los últimos años de su adolescencia, viendo el mismo techo blanco y desabrido, pensando de nuevo en la misma mujer. Fue en ese minuto que consideró que nunca dejó de soñar con ella, ni siquiera durante el tiempo que estuvo junto a Sarah.

«“Chino de mierda” —pensó recordando las palabras de Sebastian—. Imbécil, ¿cuántas veces te dije que soy japonés? Lo que no me sirve de nada en este preciso instante».

Rio con amargura de sus propias ideas, absurdas y desordenadas, y tomó su nuevo teléfono celular. Lo había comprado tan pronto como llegó al aeropuerto y, después de configurarlo, se comunicó con Noah para avisarle que iba hacia el cementerio. Él no planeaba quedarse demasiado, cuando mucho una semana; pero su madre insistió con que no se marchara de nuevo. «Quédate al menos un mes», le suplicó; y como era de esperarse, Takehiko terminó cediendo.

Naori podía llegar a ser persuasiva, sobre todo cuando lo miraba durante un par de segundos y sonreía con dulzura. Ella era diferente a Fudo, cosa que Takehiko agradecía con todo el corazón. Su infancia hubiera sido peor de parecerse a él.

«Pero, si lo pienso mejor, soy yo quien se parece a papá».

El teléfono sonó. Takehiko vio sin mucho interés la pantalla iluminada. En la parte superior se encontraba un mensaje de texto de su mejor amigo. Se preguntó qué querría; nada importante, a lo mejor.

Hizo descender la barra de notificaciones y lo abrió para poder leerlo completo:

El idiota:

«Hey, imbecil!, me puedes explicar q paso? Ayer t fuiste y nos dejast preocupados. Ni siquiera t quedast para el final del... ya sabs... entierro. Despues Alis regreso, pero no recordaba nada. Pero igual pregunto por ti, yo no supe q dcirle. Mira, x si no lo sabs, es de mal gusto hacer esas cosas, aun mas cuando se trata d alguien como Alis, nuestra amiga de la adolescencia! Estupido desconsiderado».

Recibido: 18 de mar., 3:15 P.M.

«Tuya, dirás. Por cierto, ¿cuándo vas a escribir bien? Me fastidia leer tus jeroglíficos, ¿sa-bes? No tenía por qué quedarme. Christian y yo no éramos precisamente cercanos y Alissa no es mi problema. Te hice caso: fui, le di mis condolencias y ya. Ahora estoy en la casa de mis padres, tratando de descansar, pero cierto descerebrado no me lo permite, ¿captas?».

Enviado: 18 de mar., 3:20 P.M.

«Peeeeerdone señor ortografía, pero prefiero ahorrar letras, los mensajes de texto son carisimos. Y claaaaro, claro. Quieres qt crea despues de lo que vi, de lo que vimos todos? Te la llevaste cargada! Y no t importa? A otro perro con ese hueso, Hiko. No soy tonto».

Recibido: 18 de mar., 3:30 P.M.

«¡Jódete! Me importa un comino lo que crean tú y ese grupo de

estúpidos. Si la cargué fue por una sola cosa: caballerosidad, ¿sabes lo que significa?».

Enviado: 18 de mar., 3:37 P.M.

«Si yo no t conociera bien diría q... No importa. Supongamos qt creo, está bien? Señor soy-un-estreñido-de-mierda-con-cara-de-haber-chupado-limon-amargo, supongamos. Pero eso no importa ahora. Bueno y cuando t vas? Xq supongo qt vas como la ultima vez. Al menos podemos ponernos al corriente? Salir por ahí solos, ya sabs. Hacer cualquier cosa, lo q sea. Me hace falta mi mejor amigo. *Llorando*».

Recibido: 18 de mar., 3:47 P.M.

«Me quedaré como un mes, mi madre me lo pidió. ¿Qué tienes en mente? También te echo de menos, pero no ando por ahí lloriqueando como marica. Qué asco.

P. D: ¿Qué es eso de “llorando”? Para tu información, es así como se hace:(ノノ)°°»

Enviado: 18 de mar., 4:10 P.M.

«Insensible!!! Rompes de nuevo mi fragil, fragil, fraaaaagil corazonzonzon. Como sea... Paso x ti a eso de las 8, t parece? Iremos al lugar de siempre, no me hagas esperar, princesa!

P. D: Cmo lo hiciste? Tienes una lista o algo así? Pasala por *Whatsapp*»

Recibido: 18 de mar., 4:18 P.M.

«Yaaa, ya, ya. Déjame dormir. Nos vemos».

Enviado: 18 de mar., 4:25 P.M.

Takehiko volvió a sonreír. Había algo distinto en el gesto, ¿alegría?, ¿añoranza? No lo tuvo del todo claro, mas tampoco se esforzó en descifrarlo. Extrañaba mucho a su mejor amigo, lo hizo durante los larguísimos cinco años que pasó en Japón, lejos de su familia y de él.

Noah era distinto a Takehiko: rubio, de ojos azules y con la piel de un color durazno que lo hacía lucir más atractivo de lo que era en realidad, y un poco más bajo y musculoso.

Era el mejor amigo que hubiera podido desear, se dijo, y le agradecía —a pesar de no expresarlo con frecuencia— que estuviera a su lado a pesar de todo el daño que le hizo alguna vez.

Se llevó la mano a la cara, se frotó la frente y la nariz. ¿Continuaría escapando?, se preguntó. Tal vez sí, aunque ya no quisiera hacerlo.

No obstante, ese era su deber.

Naori llamó a la puerta de la habitación. Takehiko se sentó, se abrazó las

piernas y, en ese momento, le dio permiso de entrar. Ella asomó la cabeza primero, estaba contenta, y después todo el cuerpo. Tenía una bandeja con pastel de chocolate y nueces en las manos, y dos pocillos con té frío de cebada. Takehiko supuso que el suyo no tenía azúcar, a él no le gustaban mucho las cosas dulces. Naori avanzó dando pasos cortos debido al *kimono* que llevaba puesto.

La casa Sakurai parecía, en ocasiones, un lugar suspendido en el tiempo. Sin embargo, solo era un hogar en el que los habitantes se esforzaban por mantener vivas sus costumbres.

Apenas ella se sentó a su lado, Takehiko le tomó una mano y se la besó después de haber inclinado la cabeza como señal de respeto.

—Madre, no debiste molestarte —dijo.

Naori asintió. Takehiko se la quedó viendo. Ella llevaba el cabello recogido, lo cual destacaba las facciones finas de su rostro casi siempre amable, pero marcado por el sufrimiento al que había sido sometida toda su vida.

Otro motivo para odiar a su padre, pensó él, uno entre miles.

—Mami, mamá... Odio la lejanía de la palabra«madre», lo sabes. — Sonrió, y continuó diciendo—:Además, me hace feliz tenerte en casa otra vez y prepararte todas las cosas que te gustan. Estoy tan contenta de verte sano. ¡Mira que estás guapísimo! También estás más alto que la última vez que te vi..., hace años...

Takehiko descubrió un reproche implícito en aquella frase. Contuvo la respiración unos momentos, luego respondió:

—Lo lamento. No quise herir tus sentimientos de esa forma, al irme y... Pero yo era un chico, no tenía idea de cómo enfrentar esas cosas. Creí que era lo mejor, que si me marchaba y empezaba de nuevo todo mejoraría.

—Y no lo hizo, ¿verdad? Puedo verlo en tus ojos: sufres todavía. Es mi culpa.

Takehiko notó cómo el odio que sentía hacia Fudo se agitaba en su interior como un volcán que se preparaba para hacer erupción. Naori continuaba teniendo esa actitud sumisa que su marido calificaba como «digna de una buena esposa», pero a él le asqueaba.

Tomó una bocanada de aire y contó hasta nueve, exhaló y negó con un suave movimiento.

—No lo es. No digas eso, por favor. Soy responsable por las decisiones que tomé, fueron más y, cuesta aceptarlo, pero me equivoqué. Pero, si te

sirve de consuelo, me ha ido bien en Japón. Soy una estrella en ascenso, me estoy labrando una carrera. Soy feliz con lo que tengo mamá. No he tenido que valerme de mi apellido para conseguirlo, aunque no es un secreto que soy el hijo menor del honorable, idolatrado, y honestííísimo Sakurai Fudo. Pero por eso soy *Ryū*, sin pasado ni un apellido importante, solo *Ryū*.

A Takehiko su propia voz le pareció falsa, carente de emociones.

Naori suspiró.

—Sí, lo sé. Lo he visto. Jun se encarga de mantenernos al tanto de todo, bueno a tu hermano y a mí, ya sabes cómo es tu padre.

—Sí. —Takehiko hizo silencio. Bebió del té considerando lo inflexible que era Fudo si se trataba de él, y añadió—: Lo sé, madre, no tienes ni que decírmelo.

Rio con suavidad para parecer menos tenso, Naori lo imitó. Del mismo modo, dio un trago a su bebida, también comió un trozo pequeño de pastel.

—Aunque él también te extrañó. Es solo que Fudo no sabe cómo demostrar su afecto, pero él te ama.

Takehiko negó.

—No, jamás lo hizo, y menos desde el accidente de Akihiro.

—Pero eras un niño. No fue culpa de ninguno de los dos. Además, te equivocas en ese aspecto: tu padre no te odia por lo que sucedió. Él no te odia, eres su hijo, entiéndelo. El que no se ha perdonado, el que realmente se odia eres tú. También, te alejaste de nosotros, de mí y...

—¡Y cómo te miraba a los ojos después de eso, dime! Yo veía la decepción en el rostro de mi padre y el dolor en el tuyo, te escuchaba llorar, y... era mi culpa, ¡mi maldita culpa! Pero, después, aunque yo siempre fui una decepción para mi padre, él comenzó a tratarme como a un leproso, ¿tienes idea de lo mucho que dolía eso? Y si me mantuve de pie, si no me rendí, fue por ti. Porque, aunque me veías con dolor, seguías amándome, mamá.

Naori ahogó un lamento

—¡No! No, no, no, no, ¡no! Takehiko, no es así.

—Lo es. Yo jamás fui tan bueno ni valioso para mi padre como Akihiro, e incluso cuando mi hermano mejoró, mi padre continuó tratándome como si... No importa. El hecho es que estoy aquí y me quedaré todo un mes, por ti, contigo. Pero volveré a Japón. Estar aquí es difícil para mí. No solo por mi padre, sino por...

—Por ella, ¿cierto? La sigues queriendo, pero no lo sabe aún.

—Sí, mamá. También por Alissa. Ella todavía me duele, todavía la

quiero. Y sí, ella no lo sabe.

—¿Has considerado decirle? Hijo, mira, no puedes vivir más con esa carga.

—No. En ese caso, sería más doloroso. Ella es demasiado buena para alguien como yo. —Soltó una risita y añadió—: Es estúpido, ¿lo ves? Que alguien como yo..., un Sakurai..., el hijo de Fudo, tenga miedo. Yo siempre he sido débil, mamá, es por eso que él no me quiere, es por eso que te hago sufrir, es por eso que causo accidentes, es por eso que... que ella es mucho para mí. Inalcanzable. Porque yo soy un monstruo que casi mata a su hermano mayor.

Hubo un largo silencio.

Naori se acercó otro poco y lo abrazó. Solo en ese momento, Takehiko se permitió a sí mismo llorar aferrado a su madre como cuando era un niño y creyó que su hermano mayor moriría. Ella le peinó los cabellos con suavidad y lo besó en la cabeza. Acto seguido, murmuró:

—La razón por la que te sientes así es comprensible, pero el único motivo por el que ella no te ha visto es porque siempre llevas esa máscara puesta. Eres fuerte como un dragón, pero tienes un corazón noble. Créeme que cuando uno logra ver a través de tu careta, de esa actitud arisca y engreída, le es imposible no amarte. —Hizo una corta pausa—. No importa lo que tu padre haga o diga, él te ama. No importa lo que tú sientas, Akihiro te ama. Yo te amo. No importa lo que te obligues a creer ni lo que creas que tienes que hacer para pagar aquello, el pasado es el pasado. Deja de lastimarte así.

Takehiko asintió escondido en el regazo de su madre.

—Te amo, mamá...

El idiota:

«Hey, princesa! Estoy en 15 en la casa de tus viejos. Hiko, mas t vale estar listo o t juro qt arrastro d tu precioso cabello hacia nuestro lugar aunq estes desnudo».

Recibido: 18 de mar., 7:35 P.M.

«¡Que escribas bien, descerebrado! Además, ¿sabes lo... poco heterosexual que se lee eso? A veces olvido que tienes aire en la cabeza, como sea, estaré afuera esperándote».

Enviado: 18 de mar., 7:40 P.M.

«Nooo meee daaa laaa gaaaanaaa!!! Y q? Tu *sms* tampoco es que sea muy macho. Cualquiera diría q eres mi bonita amant. Pero no, eres un asiatico feo y amargado, y a mí me gustan las mujeres. Y estoy felizment casado, como t quedo el ojote?».

Recibido: 18 de mar., 7:45 P.M.

«¡Púdrete!».

Enviado: 18 de mar., 7:50 P.M.

—¡Púdrete tú, imbécil!

Takehiko reconoció la voz chillona de su mejor amigo. Elevó el rostro tan solo unos centímetros, se encontró de inmediato con su acostumbrada sonrisa infantil. Lo dicho: Noah era como un niño la mayoría del tiempo. Uno irritante, por cierto.

«Pobre Julie», pensó.

—Cállate, despertarás a medio vecindario.

—¡Cállame!

—No me provoques.

—¡Uy, mira cómo tiemblo, sabes!

—¡Noah!

—Ya, ya, pero qué humor de perros tienes, sabes. ¿Nos vamos?

—Sí, pero ¿qué hiciste con tu mujer?

—¿Ves que sí te comportas como mi amante? Necesitas una vida, ¿sabes?

Lo que sea, está con su amargada y metiche madre.

Takehiko sonrió con malicia.

—¿Tan rápido se cansó de ti? Pobrecita.

—Ja, ja. Tan gracioso. Se quedará una semana con ella, sabes. Está rara..., por lo del embarazo Un día me ama, al otro me odia. Un día me necesita, al otro no. Un día me quiere cerca, y al otro tan lejos que pienso que quiere que me mude a la luna, sabes. No la entiendo, terminará volviéndome loco.

—Ya lo estás, saaa-beees —dijo Takehiko.

Noah le restó importancia, incluso al hecho de que se burlara de su muletilla.

Caminaron a paso lento, con dirección al vehículo de Noah, en completo silencio. Las calles vacías estaban iluminadas por la luz blanca de los faroles y por las bombillas de algunas de las viviendas. Takehiko recordó el momento en el que le confesó a su mejor amigo que salía con Sarah. Noah, en aquel tiempo, no había dicho ni una palabra, pese al nada insignificante hecho de que se trataba de la mujer de la que él estuvo enamorado durante un

largo tiempo. Como en ese instante, ambos caminaron uno junto al otro, arropados por la oscuridad de la noche, para perder el tiempo en su lugar especial: un viejo campo de fútbol abandonado.

Takehiko pensó que Noah era demasiado bueno.

«Y seguramente, como en aquella oportunidad, me abrazarás y llorarás diciendo que todo está bien».

II
ANGUSTIOSOS DÍAS
TRANQUILOS

No conoce la dulzura de la paz quien no ha probado la amargura de la guerra.

Diego De Saavedra Fajardo.

CAPÍTULO 4

Mientras aireaba las claras de huevo, Alissa pensó en la blanca nieve invernal. Era algo recurrente y que ella consideraba absurdo, pero que no se esforzaba ni un poco por cambiar. Cuando cocinaba hacía comparaciones confusas. A veces, la harina de trigo le recordaba el desierto, que nada más había visto en fotografías y documentales del *Discovery Channel*, y el azúcar le recordaba los cristales que se formaban cuando trabajaba con el hielo y hacía esculturas para eventos de caridad o matrimonios. Ella era repostera de profesión, pero hacía más de una cosa. Así que podía definirse a sí misma como una cocinera integral.

Sonrió ante aquella idea. Ella podía ser todo, menos integral...; no al menos en ese momento. Pero trató de verle el lado bueno a las cosas: en ese instante se encontraba de vacaciones (más bien de permiso, sin embargo, prefería fingir que estaba desocupada por gusto y no porque su jefe se hartara de sus errores días antes. Se lo debía a la depresión que le causó la muerte de Christian, pero nadie lo entendía) y podía dedicarle más tiempo a su *blog* de alta repostería: Dulces Tentaciones.

El mismo al que Chris se había encargado de darle forma. Él era bueno con los computadores y el diseño *web*; aunque eso no importaba ya, porque estaba muerto.

Aspirando profundo, se dijo a sí misma: «azúcar. Necesita azúcar»; sin embargo, no se refería a las claras de huevo. Aunque, desde luego, no era una mala idea porque al fin y al cabo lo que estaba preparando era un merengue. Pero eso ya estaba resuelto: el almíbar estaba en su punto, ya solo tenía que agregarlo en forma de un hilo delgado y continuo. Si lo ponía de una vez, las claras se bajarían y ella terminaría perdiendo todo.

Eso hizo, pero mientras veía fluir el espeso jarabe, se acordó de las veces en las que Christian se aparecía y metía la mano. En esos instantes, él se quejaba por haberse quemado y luego se llevaba el dedo a la boca, sonreír y le decía: «delicioso, aunque le hace falta un poco de azúcar». Alissa esperó que ocurriera, mas no fue así. De modo que suspiró desilusionada, a la vez que apagaba el batidor.

Cuando se giró, se sorprendió de ver las cejas fruncidas de su hermana menor. Emily tenía la cabeza ladeada y una mano en la cintura. En esa posición, se parecía más que nunca a David, pero con el cabello recogido en dos coletas a nivel de la mandíbula y un vestido turquesa de algodón. Alissa

le obsequió una sonrisa gentil, pero Emily se mantuvo quieta y en la misma posición.

«A veces es demasiado seria», pensó limpiándose una mano del mantel beige que llevaba puesto, y se volvió hacia el biscocho de vainilla que tenía sobre la mesa. Iba a empezar a glasearlo, pero Emily la interrumpió con su habitual tono serio:

—¿Para quién es? —preguntó.

Alissa contuvo una risita. Pensó que si la dejaba salir, ella creería que se estaba burlando; pero la verdad era que sabía lo mucho que a su hermana le gustaban los postres. Por algo eran familia, se dijo, y al menos en ese aspecto se parecían.

—Na-nadie en especial. Solo quiero tomarle algunas fotografías, para el *blog*. Luego..., hum..., bueno, pues ya veré.

—Ah. —Emily calló y alargó la mano hacia el recipiente que contenía el merengue, pero se detuvo de inmediato y preguntó—: ¿Puedo?

—Claro.

Alissa la vio, por el rabillo del ojo, meter la mano y llevársela a la boca en seguida.

Emily parecía una niña pequeña.

—El relleno es de queso cremoso con almendras molidas, ralladura de naranja y chispas de chocolate —dijo.

Los ojos de Emily se iluminaron. Entonces Alissa se dio por vencida y dejó salir una risita. Emily volvió a fruncir el ceño, preguntándole en silencio si se burlaba. Su mirada lo decía todo: «¿Acaso soy tu payaso?». Alissa levantó las manos en señal de rendición.

—¿Quieres que lo comamos ju-juntas?

Emily torció los labios e hizo un sonido nasal, similar a un «hum» que enterneció a su hermana mayor. Alissa se cuestionó el tiempo que llevaban sin compartir un día en familia. Pensó en el padre de ambas y se dijo que a lo mejor era buena idea esperarlo; pero él pasaba la mayor parte del día en su oficina. No llegaría hasta después de las siete y a esa hora nadie comía pastel..., excepto ella.

Pero ese era otro asunto.

—Bueno, sí.

—Genial. —Alissa sonrió—. Pero primero..., ayúdame con las fotografías.

DULCES TENTACIONES

... finalmente, después de haber glaseado el biscocho de manera uniforme, procedemos a trazar patrones con la manga de repostería. Yo usé la boquilla número dos con forma de pétalos, pero claro que eso depende de cada uno; en mi caso quería lograr un acabado delicado, digno de una princesa.

Recuerden que pueden teñir el merengue del color que más les guste o agregar alguna esencia. Yo usé un tono cereza pálido y sabor artificial de almendras; pero también funciona con el merengue completamente blanco. Además de que con esencia de vainilla, o unas gotas de lima, pueden darle ese toque mágico que tanto nos gusta (...)

Bien. Luego tienen que dejarlo reposar en el frigorífico durante al menos dos horas, pero si son impacientes como mi hermana o yo, pues... ¡que lo disfruten!

Alissa movió el cursor hacia el botón en la pantalla que decía: «publicar» e hizo girar la silla en la que estaba sentada. Luego se quedó quieta, con la vista puesta en la pantalla del computador.

Ese, a pesar de todas las cosas, fue un buen día; sobre todo porque lo había pasado junto a su hermanita y habían comido pastel hasta sentirse demasiado llenas como para respirar.

Alissa se mordió el labio inferior, después sonrió y caminó hacia el cuarto de baño. Ahora, se dijo, tenía que deshacerse de toda esa comida extra antes de irse a dormir.

CAPÍTULO 5

Takehiko y Noah se vieron a los ojos. El silencio se prolongó durante varios minutos hasta que Noah decidió romperlo con una pregunta que lo estaba carcomiendo por dentro:

—¿Por qué te fuiste? —dijo empleando un tono suave pero triste.

Takehiko pensó que se trataba de un sentimiento normal, porque eran mejores amigos. Calló buscando la forma correcta de responderle, mas no la halló. Noah continuaba observándolo, así que exhaló animándose a sí mismo.

—Porque Sarah y yo...

—No es cierto. No soy tan idiota, sabes. Con el tiempo entendí que lo de Sarah y tú no era nada más que una cortina de humo, ¿sabes?, una mentira que trataba de ocultar... ¡algo!

Takehiko gruñó. A pesar de ser un gran idiota la mayoría del tiempo, admitió, Noah acertaba con sus suposiciones casi siempre.

—Está bien. La verdad es que me fui porque pensé que era la única forma de volver a empezar... junto a Sarah. Aunque no lo creas, yo lo intenté, traté de amarla, pero no pude y todo terminó.

—Eso quiere decir que la usaste, sabes.

Noah entrecerró los ojos. Hubo rencor en su voz.

—Si lo pones de ese modo..., sí.

—¡Pero es nuestra amiga, imbécil! ¿Qué carajos pensabas cuando hiciste eso? Sabías lo que sentía por ella, desde hacía mucho, y no te importó. ¡Y solo para abandonarla después! ¿Qué clase de amigo eres? Uno de mierda, eso eres, ¡uno de mierda, sabes!

—¿Terminaste?

—No, imbécil. ¡Fuiste muy desconsiderado con ella, conmigo, con todos!

—¿Y crees que no lo sé? Pero tuve mis motivos antes, y los tengo ahora para irme de nuevo.

—¿Cuáles, eh? Dame uno. Porque, créeme, no quiero hacerlo, pero empiezo a pensar que eres exactamente lo que dicen de ti.

Takehiko dudó por un momento, sin embargo, después de ver la furia brillando en los ojos de su mejor amigo, se decidió por decir la verdad. Tarde o temprano lo averiguaría, ¿qué ganaba con seguir ocultándolo?

—Alissa.

Noah dio un respingo en su lugar, con la boca abierta. Parpadeó repetidas veces, tratando de asimilarlo, unió los labios casi formando una línea recta y

frunció el entrecejo. Inhaló y exhaló varias veces. Al final se relajó.

—¿A-Alissa, la... la novia de Chris? ¿Alissa, la que...? ¿Alis, esa Alissa? Takehiko puso los ojos en blanco.

«Idiota», pensó.

—Sí, esa Alissa. ¿Conocemos otra o qué? Sí, Alissa Collins, la que tiene una bonita piel de color porcelana, ojos grises y cabello negro... ¿Te suena?, ¿no? Qué lástima.

—¡Ya sé cómo es, Hiko!, no seas cruel conmigo. Pero Alissa..., no puede ser, sabes, ¿cómo?

—¿De verdad no sabes cómo? Bueno, mi niña, a ver..., cuando un hombre conoce a una mujer...

—¡No, eso no, imbécil! —Noah gritó y después calló. Aspiró profundo y contuvo el aliento cinco segundos antes de dejarlo salir—, eso no, sabes. Es decir, ¿cómo que Alis?

—Porque es inteligente y amable; sensible, tímida y su mirada es hermosa. Toda ella es hermosa. A todas estas, ¿a ti qué te importa?

—Soy tu mejor amigo, claro que me importa, sabes. ¿Por qué no dijiste nada?, ¿preferiste lastimarnos a Sarah y a mí antes que confesar tus sentimientos?

—Si lo pones de esa forma, sí. Pero Sarah lo sabía, ella lo supo desde el principio y, aun así, eligió estar conmigo.

—¿Y lo permitiste? Sarah hubiera hecho lo que fuera por ti, sabes, ¿por qué no la detuviste?

—Porque no quise.

—¡Pero Hiko!

—¿Y qué querías que hiciera, eh? Alissa estaba enamorada de ti y tú ni te dabas cuenta, ¿en serio nunca lo notaste: el sonrojo en sus mejillas, la forma en la que te miraba y hablaba, cómo te trataba y...? ¿Nunca? Pues yo sí, y me sentí tan... estúpido. Pero tú solo tenías ojos para Sarah, y Sarah me acosaba. Sabes bien que la evité todo lo que pude, ¡por ti!, porque eres mi mejor amigo, pero ella no desistía. Así que tomé una decisión: si lo que quería era estar conmigo, entonces yo trataría de hacerla feliz, de ser feliz junto a ella. ¿Qué saldría mal? Así funcionan las cosas en el mundo, ¿no? A veces hay que sacrificarse por un bien mayor.

»Además, pensé que tal vez después de eso tú verías a Alissa y todos contentos, pero no sucedió. Te enamoraste de Julie..., le rompiste el corazón a Alissa..., y luego ella y Christian... Ya conoces el resto: volví a Japón, Sarah

fue conmigo, no funcionó, ella regresó, ahora tiene novio nuevo, uno que sí le ama, creo que se van a casar. Y todos felices.

—Todos menos tú. ¿Y yo soy el idiota?, ¿eres un estúpido, sabes! ¿No se te ocurrió decirme, en lugar de hacer tantas tonterías?

—No importa.

—¡Sí que importa, maldito imbécil, sabes!

—Ya deja de gritar, me duele la cabeza.

—¡Y un carajo, Takehiko...!

—Dime una cosa, ¿eres feliz con tu mujer? —interrumpió. Noah afirmó. Takehiko sonrió con amargura y continuó—: Y Sarah, ¿es feliz con esa cosa rara salida de los ochenta? Genial, vamos avanzando. Y Alissa, ¿fue feliz con Christian? Claro que lo fue, pero nada más hasta que el cretino se murió. Y si lo piensas mejor, ¿no salió todo bien? Y ahora yo volveré a Japón para seguir con mi maravillosa vida. Tal vez me case con alguien y tenga dos o tres hijos... ¿qué importa? Todo está donde debe estar.

Noah negó. Takehiko vio cómo se cristalizaban los ojos de su mejor amigo. De nuevo el dolor se asomaba en ellos.

«Y seguro vas abrazarme —pensó—. Seguro llorarás diciéndome que no tiene por qué ser así. “Todo estará bien, ¿sabes?”, vas a susurrar; pero tú y yo sabemos que no será de ese modo. Noah, tú y yo sabemos que nada estará bien mientras siga aquí».

Había algo en el ambiente que lo hacía sentir de una manera particular. No sabía si se trataba del aire, del cielo o de cualquier agente externo más que interno. Pero, se obligó a aceptar, no se debía a nada de eso.

Envuelto por la oscuridad pensó en las palabras de Noah, resonaron como un eco enfermizo que, lejos de animarlo, le hicieron desear fundirse con el viento:

«Aunque quise, no fui capaz de odiarte, ¿sabes?, eres mi mejor amigo. Quisiera decirte que no me dolió lo de Sarah y tú, pero sí lo hizo. Sin embargo, muy en el fondo intuía que ella jamás me querría. Y si lo pienso mejor, no era nada fuera de un capricho infantil al que yo llamaba “amor” porque, ¿sabes?, no lo conocí hasta que llegó Julie. Aun así, si de algo me arrepiento no es de nunca haberme fijado en Alis o de no poder estar con Sarah. Al final del día no habría funcionado, De lo único que me arrepiento

ahora es de haber sido tan ciego como para no darme cuenta de que sufrías. Lo lamento muchísimo, sabes».

Takehiko ahogó un gemido.

«Eres demasiado tonto... y noble», pensó caminando por la acera, en medio de la noche, sin fijarse por dónde iba.

Si un ladrón aparecía y lo asesinaba no le hubiera importado porque, si se sinceraba consigo mismo, su vida no tenía sentido. No se debía al hecho de que Alissa no lo quisiera, de que no supiera sobre sus sentimientos hacia ella, sino de sentirse abandonado por Fudo. Se debía, más bien, al hecho de saber que lo consideraba un mal hijo, una deshonra para la familia Sakurai.

Meneó la cabeza para disipar los malos pensamientos.

«Pero soy como tú, padre, ¿eso no cuenta?», insistió para sí mismo.

«Para mi desgracia, me parezco a ti».

Tal vez no estaba en el ambiente, sino dentro de él, en eso gélido y casi muerto a lo que llamaban corazón. Pero ¿él tenía uno? Se llevó la mano al pecho, ahí estaba, todavía palpitaba. ¿Y por qué...? La pregunta murió ahogada por un pensamiento, un recuerdo más bien.

«El *caballero Corazón de Hielo* —se dijo—. Así me apodaban».

¿Eso era en realidad? De ser de esa forma, ¿por qué le dolían tanto algunas cosas? Porque, reflexionó, esa era una máscara que se esforzaba en mostrarle a todo el mundo.

«Pero no soy más que un niño asustado. Un gatito miedoso».

Se detuvo en la casa de sus padres. Naori lo esperaba frente a la ventana. Tan pronto como ella le vio, se apresuró a abrirle; pero él negó con un suave movimiento de cabeza y le enseñó la llave. La metió en la cerradura, la giró e ingresó en silencio. Fudo estaba sentado junto a la chimenea, como de costumbre; leyendo «La devoción del sospechoso X», de *Keigo Higashino*. Takehiko lo vio durante unos segundos, pero él ni se molestó en levantar la cabeza, así que le sonrió con amargura a su madre y continuó hacia el dormitorio.

Tal vez era hora de marcharse, aunque eso significara romper de nuevo el corazón de Naori.

En aquel momento pensó: «todo lo que sé hacer es huir».

CAPÍTULO 6

La señora Mary Brown, su vecina, agitó la mano en el aire, a la vez que le sonreía de forma hipócrita. Alissa se limitó a imitarla, pero en el fondo sabía que eso no le iba a bastar y que ella, como de costumbre, se acercaría para iniciar un interrogatorio del que no saldría bien librada.

Así fue.

Cuando Mary tiró la manguera con la que estaba regando las flores de su propio jardín y cruzó el pequeño tramo que las separaba, Alissa deseó salir corriendo para esconderse en un lugar lejano y seguro, pero no lo hizo; en su lugar, permaneció rígida, con las manos pegadas a los lados y el corazón palpitándole de forma acelerada.

Cuando estuvieron una frente a la otra, volvieron a sonreírse, pero Mary le enseñó los dientes y la miró de pies a cabeza, como diciéndole: «no me interesas, solo quiero atormentarte». Y Alissa captó de inmediato el mensaje, sin embargo, no se sintió capaz de actuar con la misma prepotencia.

—Oh —dijo—, Alissa querida, pero qué bien luces hoy.

Ella se estremeció al oír su nombre. La voz de Mary se le antojó falsa.

—Se-se-señora Brown, ¿cómo le ha ido? Hace tiempo que... no la veía.

—Sí, es que estuve unos días junto a mi hermana, en Oakville. Me la pasé de maaaravilla. Pero bueno, ¿cómo has estado? Me enteré de lo de tu... marido. ¡Cómo lo siento! Ay, querida, has de estar sufriendo mucho.

Alissa sintió una punzada profunda al oír la palabra «marido» y el tono sugerente con el cual Mary lo pronunció. Ella estaba intentándolo, luchando para mantenerse centrada y no pensar tanto en las adversidades, pero algunas personas indiscretas a veces no se lo permitían.

Inhaló profundo y pensó en decirle que sí, que en efecto estaba sufriendo mucho; pero que eso no era problema de nadie, que ella era fuerte, muy fuerte y que... ¿A quién engañaba? El viento más suave podía derribarla, aun así, sonrió con gentileza y respondió:

—C-Chris no era mi marido. Él y yo solo..., hum..., estábamos comprometidos, pero...

—Resignación, querida, ¡resignación! Pero dime, ¿es cierto que murió de Sida? ¡Ay, Dios!, qué bueno que solo era tu novio, porque...

—¿Q-q-qué? Chris no..., él no..., ¿d-de dónde saca eso?

—Bueno...

—Pa-para su información, él tenía cáncer, ¡cáncer!, ¿me oyó? Y-y-y...

Alissa se interrumpió a sí misma. La señora Brown la veía con los ojos desorbitados, como si estuviera aterrada. Se llevó ambas manos a la boca y pensó en lo que había hecho; cayó en cuenta de que ella jamás levantaba el tono, nunca, por mucho que las personas le hicieran algo malo. Pero su vecina se había excedido, se dijo, ¿Sida?, ¿Chris? Era una locura.

Inhaló para calmarse y añadió en un murmullo:

—Lo... lamento...

Mary Brown se giró sobre sus pies, dando un zapatazo y se devolvió a su casa sin siquiera volver a verla. Alissa entendió que le había ofendido y se sintió terrible por ello.

Alissa no hizo más que suspirar resignada, y continuar con su camino. Ese día tenía que hacer algunas compras, más que nada para despejar la mente y respirar aire fresco, además de hacer devoluciones y poner en venta el vestido de novia que jamás usaría.

Estaba sintiéndose triste de nuevo, no obstante, llenó su mente de inmediato con pensamientos felices.

Alissa se detenía de vez en cuando frente a alguna vidriera, apretaba los labios y continuaba caminando hasta encontrarse con algo más llamativo. Por lo general camisas de escote sutil, faldas cortas y botines de tacón medio. Pensaba: «¿Y si...?», pero se decía de inmediato que no, que ella jamás sería capaz de usar algo como eso.

Lo que menos deseaba era llamar la atención.

Mientras caminaba, se encontró con Takehiko y su madre. Alissa solo había conversado con ella un par de veces, pero la consideraba agradable. Él llevaba una gran cantidad de paquetes, a diferencia de su madre que solo cargaba con su propio bolso y una caja blanca y poco voluminosa de tamaño mediano.

Takehiko iba distraído, pero tan pronto como Naori la vio lo hizo detenerse, a la vez que la señalaba y sonreía.

Él frunció el ceño, y se la quedó mirando algunos segundos. Alissa se sintió como sumergida en un lago helado a mitad de la noche, sola y desnuda. Tuvo un pensamiento infantil; se dijo que los ojos de Takehiko eran como el abismo en el que un monstruo esperaba para devorarla. Trató de sonreírle, mas no pudo.

Naori avanzó hacia ella. Alissa hizo lo mismo y, cuando estuvieron frente a frente, le extendió la mano para saludarla; pero Naori no la tomó, en su lugar colocó sus paquetes en el suelo y la abrazó diciéndole que se veía bonita. Takehiko continuaba rígido junto a su madre; Alissa le sonrió, sin embargo, él ladeó la cabeza y volvió a penetrarla con la mirada, después hizo una reverencia y escondió el rostro de ella.

Alissa los comparó. Naori no era alta, de poco más de un metro sesenta, y esbelta; tenía los ojos marrones, nariz cóncava y labios delgados; además de una espesa cabellera negra que se ondulaba ligeramente en las puntas. Takehiko se parecía mucho a ella, salvo porque tenía los ojos más grandes y negros; y claro, sus personalidades eran por completo distintas: Naori era amable y risueña; Takehiko indiferente y hasta cruel.

Iba a continuar su camino, pero Naori la detuvo insistiendo en que fuera con ellos a su casa, a comer de la tarta de queso que había hecho por la mañana. Alissa pensó en responder que no, en decir alguna mentira, pero se arrepintió al ver la mirada suplicante de Naori. De modo que, aspiró profundo, le obsequió su mejor sonrisa y caminó a su lado con dirección a la salida del centro comercial.

De todos modos, ella no compraría nada importante esa vez.

Cuando estuvieron en el automóvil, Naori se dirigió al asiento del piloto y colocó a su lado una gran cantidad de las bolsas de compras, mientras que Alissa y Takehiko se metían en la parte de atrás con el resto sirviendo de pared entre los dos.

En el camino, Alissa se percató de que Takehiko estaba escudriñándola con los ojos. Trató de sostenerle la mirada, mas no pudo. Jamás había podido con nadie, ¿qué la llevó a pensar que con él sí? Soltó una risita discreta y se recogió el cabello. Notó que él seguía sus movimientos, eso la confundió. ¿Qué tenía de extraño en la cara? Pensó en buscar el pequeño espejo que llevaba en su bolso, para verse, pero se detuvo cuando Takehiko Sakurai le sonrió.

Cerró los ojos diciéndose a sí misma que tal vez no era con ella, sin embargo, cuando los abrió, se encontró con el mismo gesto sutil.

Naori carraspeó llamando la atención de ambos. Takehiko volvió a tener la expresión seria de siempre, se cruzó de brazos y dirigió toda su atención a la ventanilla.

—¿Y cómo has estado, cariño? —dijo Naori—. Hace mucho que no te veía.

Alissa tuvo la impresión de que deseaba preguntarle por su reciente pérdida, y agradeció que no lo hiciera. Quiso decirle que tan bien como podía estarlo una viuda, pero que lo estaba intentando. Que a veces creía que estaba soñando, que lo que más deseaba era despertar y encontrarse con todo como lo había dejado antes de dormir. Sin embargo, ¿eso de que habría servido? Prefirió no arruinar el momento con sus problemas. Ya lo superaría, se dijo.

—Pu-pues bien..., ¿y usted, señora?

Naori rio por lo bajo.

—Solo Naori. —Suspiró, a la vez que decía «ay», y añadió—: Yo estoy bien, ¡de maravilla!, ahora que mi Hiko está de regreso. No sabes lo que me ha costado hacer que se quedara.

Alissa vio por el rabillo del ojo a su compañero; él parecía tranquilo. Se preguntó por qué su madre habría tenido que convencerlo de quedarse, ¿acaso no le gustaba Lago Púrpura? Quiso preguntar, pero Naori se le adelantó y continuó diciendo:

—Pero bueno, él es así. Si te contara, no me creerías lo obstinado que puede llegar a ser. Es como su padre, pero eso lo hace lindo a veces, ¿no crees?

—Bu-bu-bueno, eso...

—No me compares con Fudo, madre —interrumpió Takehiko.

Alissa frunció el ceño. De momento se sintió como en medio de una disputa familiar, de esas que se resolvían con silencios incómodos.

Naori se giró un momento para verlos. A pesar de sonreír, Alissa pudo adivinar que no estaba contenta. Sus ojos lo decían todo: «Ya, no seas así». Después volvió la vista al frente, y ellos continuaron en silencio.

Alissa se concentró en el paisaje: algunos árboles a los costados de la carretera principal, casas que se hacían más grandes o pequeñas, dependiendo de lo lejos o cerca que estuvieran... Respiró profundo y se dijo: «quisiera ser el viento».

—Bueno. —Naori se calló unos segundos—, ¿y por qué no le cuentas a Alissa algo sobre tu trabajo allá, en Japón?

Takehiko resopló fastidiado, pero soltó una risita suave al instante. Él y Alissa se vieron a los ojos unos segundos.

—Soy actor —dijo— y modelo..., a veces hago otras cosas, pero ese es otro tema.

—Ohhh... ¿D-de verdad?

—Sí.

—Y-ya. Pero ¿qué..., hum..., otras cosas?

—A veces me disfrazo de algún personaje (literatura, cómics, películas...), en las convenciones, y ese tipo de cosas. Nada del otro mundo, Collins.

—Eso e...

—Y hasta tiene su propio nombre artístico —intervino Naori—. Le dicen Ryū, que significa dragón. Takehiko, *Ryū*, Sakurai, ¿no suena como..., no sé..., atractivo?

—Eso c-c-creo.

Naori hizo un gesto exagerado, fingiendo estar ofendida, luego carcajeó.

—¿Cómo que crees? Eres demasiado tímida. Vamos, dilo, es atractivísimo...; lo de su nombre artístico, claro.

—S-sí... —respondió.

Naori volvió a reír, con picardía esta vez; Alissa quiso saber el porqué. Cuando se fijó en Takehiko, él de nuevo estaba viéndola con detenimiento y, entonces, le sonrió mientras le pasaba un mechón de cabello detrás de la oreja.

CAPÍTULO 7

Sentado en el suelo de la sala del pequeño apartamento, Takehiko se cruzó de brazos y se golpeó la piel repetidas veces con la yema de los dedos con suavidad, pero exasperado. Vio de reojo a Akihiro y a su esposa, quienes se encontraban abrazados sobre el sofá de gamuza roja, y suspiró. Después volvió el rostro hacia la pantalla del televisor e intentó prestarle atención a lo que estaba sucediendo.

Se trataba de una película de alquiler, de esas que recién se estaban estrenando en el cine, y que según las críticas era la mejor de la temporada; sin embargo, a él le parecía sosa, sobre todo porque la fantasía al estilo occidental no le gustaba demasiado. Aunque tuvo que darle crédito en algo: tenía buenos efectos especiales y, además, la actriz era talentosa y bonita. O al menos todo ese maquillaje la hacía lucir como un ángel immaculado que había caído del cielo.

Entrecerró los ojos. En la pantalla había una mujer de largos cabellos blancos, que ondeaban en el suave viento invernal, que miraba compasiva a un joven noble de piel morena. Él estaba de rodillas, con las manos extendidas, ofreciéndole la espada sagrada del cielo y la tierra, la gran *Edda*. Sin embargo, la mujer no hacía ningún movimiento.

Hubo un largo silencio. Luego ella se levantó de su gran trono de cristal, caminó por el pasillo de hielo hacia el muchacho, y le dijo:

—Me alaga, mi honorable señor, pero yo no puedo aceptarlo.

Por supuesto, ella no hablaba de la espada, sino del corazón del valeroso Príncipe Lobo.

Por un instante, el rostro de Ulf, que así se llamaba, fue velado por la tristeza. Ella le dio la espalda, entonces él respondió:

—Cwen, señora mía...

Takehiko rodó los ojos mientras bufaba.

«Qué mierda», pensó.

Aquello le recordaba los malos proyectos en los que solía trabajar antes de hacerse con un nombre. Hubo uno en especial que no le permitió dormir por un tiempo, una adaptación romántica de «El conde Drácula» que era bastante mediocre. Malos efectos, malos actores, malos parlamentos. Mala, completamente mala, de principio a fin.

Se fijó de nuevo en su hermano y cuñada. Susan estaba llorando, pero él no sabía las razones, aunque le causó cierta ternura ver cómo Akihiro

limpiaba con sumo cuidado sus lágrimas, a la vez que le murmuraba que él estaba ahí. Aspiró profundo diciéndose a sí mismo que le hubiera gustado ver más ese tipo de escenas entre sus padres (y no discusiones o las golpizas que Fudo le propinaba a Naori), pero casi nunca las hubo, porque Fudo no era de ese tipo de hombres. A él le gustaban el orden y la disciplina; las reglas imposibles de cumplir y las tradiciones; pero no el amor. Nunca el amor.

Akihiro había aprendido por su cuenta a ser amable.

Centró toda su atención en la película, que ya estaba por terminar: Ulf agonizaba en los fríos brazos de Cwen, la *Señora del Invierno*, y le juraba amor eterno. Ella lloraba gritando su nombre y, acto seguido, sucumbía sobre el cuerpo de su amado guerrero. Después, algunos lobos aullaban en algún lugar del reino y la pantalla se ennegrecía por completo, pero justo antes de los créditos se escuchaba el llanto de un bebé, lo cual indicaba que habría una continuación.

Takehiko se sintió perdido. ¿En qué momento Ulf y Cwen habían tenido un hijo, y por qué lloraba? Aún más, ¿por qué murieron? Quiso preguntar, no obstante, le pareció una mala idea. Susan no dejaba de gimotear y él sintió de repente que si sacaba a la luz sus absurdas dudas ella haría una escena dramática digna de un Oscar; así que se mantuvo sereno.

Akihiro se volvió a él por primera vez desde que inició la película y le suplicó con la mirada, pero Takehiko se limitó a curvar la comisura de sus labios y negar con la cabeza. Su hermano murmuró «por favor», luego él rodó los ojos y dijo al fin:

—Deja de llorar. Te pondrás fea y vieja.

Akihiro se golpeó la frente. Takehiko se encogió de hombros y lo ignoró. Él lo había pedido, se dijo, ¿por qué se quejaba?

Susan se limpió las lágrimas y lo vio con rencor, después le sacó la lengua y se echó a llorar con mucha más fuerza que antes.

«Y ahí vamos», pensó al ver cómo su hermano casi se arrancaba los ojos con sus propias manos.

—¡Eres un odioso insoportable, Takehiko! —dijo Susan—. ¿Por qué tienes que ser tan cruel, eh?

—Porque quiero y puedo.

—Y yo quiero y puedo tirarte los dientes, pero no lo hago —intervino Akihiro.

—Porque eres un tonto.

Akihiro se retiró la goma que le sostenía el cabello, el cual se desparramó

sobre sus anchos hombros desnudos, como gruesos hilos negros.

—Como digas, señor cara de hielo.

Takehiko bufó.

—Par de comadres quejicas.

—¡Mas respeto, que estoy embarazada!

Takehiko se la quedó viendo un largo rato. Susan tenía ambas manos sobre la boca y los ojos más abiertos de lo normal. Akihiro también estaba sorprendido, no por la noticia, sino por el hecho de que ella lo hubiera dicho de ese modo.

«Era por eso», se dijo Takehiko a sí mismo.

Se mordió el labio inferior y arqueó una ceja.

—Genial. Ahora estarás fea, arrugada y gorda.

«... y seré tío pronto».

—¡Hiko! —La voz de Akihiro se elevó más de lo usual.

A Takehiko le pareció que cuando su hermano hablaba de ese modo se parecía demasiado al padre de ambos. Eso le molestó.

—Yaaa, yaaa. Cállate. ¿Y qué se dice en una ocasión como esta? — Guardó silencio un momento, después se puso de pie y añadió al mismo tiempo que hacía una reverencia—: *Omedetō gozaimasu*^[3].

CAPÍTULO 8

Alissa se encontraba metida en la cama, en pijama y con los ojos inflamados por el llanto, viendo el viejo álbum fotográfico que Emily le había obsequiado como regalo adelantado de bodas. Le pareció increíble que capturase tal cantidad de imágenes sin que nadie se diera cuenta, sobre todo si consideraba que la fotógrafa era ella.

Deslizó los dedos con lentitud por los rostros de Christian, Emily y su padre. Suspiró secándose las lágrimas de los ojos y sonrió como un alma en pena. Consideró lo tonta que estaba siendo, ¿de qué le servía evitar que las lágrimas cayeran en ese instante si llevaba horas llorando? Pero nada tenía sentido desde la muerte de Christian, se dijo, y no volvería a tenerlo, porque la luz de su vida se había ahogado en aquel inmenso mar llamado eternidad.

Pensó en lo dramática y absurda de la situación, en lo dolorosa y horrible que era, sin comprender con claridad cuándo y cómo fue que el cielo se le tiñó de gris y el sol de su vida se murió. Se sintió de repente como en el centro de un camino pedregoso e interminable, en medio de la nada, perdida como cuando era niña. Sola, abandonada, sin esperanzas...

«Duele mucho», dijo para sus adentros.

Cerró los ojos. Recordó lo que su familia insistía que debía dejar a un lado para superarlo, mas ella no quería. No deseaba superar nada. Eso significaría abandonar a Christian en el olvido, no podía hacerlo. Lo que quería en realidad era morir para ir junto a él, sin embargo, no se consideraba valiente. No lo suficiente como para hacer eso que su hermana llamaba una estupidez. Se preguntó si Emily o cualquiera de los que la presionaban para que continuara con su amarga vida, sabrían lo que sentía. Seguro que no, se contestó a sí misma, porque nadie había perdido a su prometido faltando tres meses para la boda.

Una que llevaban planeando dos años.

Pero, por otro lado, tanto Emily como su padre habían pasado por algo similar con la muerte de Barbara, la madre de las dos.

—Eres una egoísta, Alissa —dijo.

Salió de la cama y caminó hacia el ventanal de la habitación. Su mirada descansó en la luna.

—Ellos también sufren. Chris... Chris no solo era tu novio, también era el hijo del mejor amigo tu padre, y el cuñado de tu hermana. ¿Crees que a ellos no les duele? Y el pobre Stephan..., Dios..., ese era su hijo. Y murió tan

joven. Nadie debería morir a los veinticuatro años... y menos de cáncer.

Calló. Tenía un doloroso nudo invisible en la garganta.

No se sorprendió de lograr pronunciar frases enteras. Era común cuando se encontraba sola. El tartamudeo nada más se hacía presente cuando estaba rodeada de personas o bajo mucha presión, aunque casi siempre se relacionaba con las personas. Era timidez, lo sabía, siempre lo supo y no había podido superarlo a pesar del paso de los años. Con todo, no era algo que le importara en ese momento de la vida, no era como si tuviese razones para esforzarse. No era como si poseyera motivos para respirar. Ese sencillo hecho dolía tanto como el tener que entender que él no volvería de la muerte y, en cambio, era ella la que podía ir a buscarlo.

Sí, quizá tenía que hacerlo.

Meneó la cabeza para disipar la cantidad de imágenes que le llenaban la mente. En cada una de ellas, Alissa se vio a sí misma hundida en un mar de sangre.

Se sentó sobre el marco de la ventana y continuó llorando su pena.

Alissa cerró los ojos e inhaló cuanto aire le fue posible; eso ayudaba controlar las emociones, los impulsos que se habían apoderado de ella en unas pocas semanas y que no sabía cómo dominar porque, más que una tortura, se habían vuelto un placer. Un recuerdo confuso le llenó la cabeza, era del sepelio de Christian: los labios cálidos de un desconocido sobre los suyos, transmitiéndole todo eso que necesitaba antes de esfumarse junto a su conciencia, antes de que se abandonara por completo en la oscuridad. Se le hizo absurdo, aun así, decidió creer que fue el mismo Christian que despedía de ella.

Se llevó la mano derecha a los labios y los recorrió con un par de dedos tratando de guardar esa sensación para siempre.

—Si estás ahí —dijo al cielo—, si de verdad estás ahí dame... dame razones para continuar porque no puedo. Duele, duele mucho. No puedo más.

Cerró la boca y esperó de una respuesta. Una sonrisa triste se le trazó en los labios reseca cuando todo lo que recibió fue un prolongado silencio que le heló el alma. Suspiró cansada. Dándole un último vistazo a la luna pasó un mechón suelto de cabello detrás de su oreja. Caminó de regreso a la cama y se metió bajo las sábanas para continuar llorando.

Alissa echaba de menos esos días de infancia: cuando no todo era amargura y aún era capaz de sonreír con esa gracia que la caracterizaba. Cuando, ruborizada por completo, jugaba a esconderse del hombre que le

gustaba porque le avergonzaba que él se diera cuenta de sus sentimientos. Echaba de menos la época en la que Noah le rompió el corazón en millones de fragmentos que tiempo después Christian se dedicó a juntar uno a uno, para hacer de aquel desastre una maravillosa obra de arte que, para su desgracia, se estaba despedazando de nuevo de forma irremediable y para siempre. Echaba de menos sus mimos y palabras alentadoras; eso hermoso que poseían y, como ingenuos, llegaron a creer que no tendría final.

Abrió uno de los cajones de la mesita de noche que se hallaba al lado de la cama y tomó una libreta que había guardado en él. Se mordió el labio inferior. «Diario», leyó un par de veces antes de buscar entre sus páginas una que estuviera en blanco. Hacía tres o cuatro años que no escribía en él; dejó de hacerlo cuando la madurez se hizo presente y Christian empezó a hacerle ver el mundo de otra forma.

Agarró el bolígrafo de tinta negra y escribió:

«Este sentimiento no se va.

Es una angustia constante, mezclada con mi amor. Es una unión confusa de emociones y deseos que no comprendo. Solo sé una cosa: quiero llegar a él, quiero ir junto a Chris. Pero él ya no podrá venir a verme, Chris ya no irá conmigo de paseo ni mucho menos podremos charlar durante horas sobre lo que se nos ocurra. Ya no, nunca más.

Sin embargo, yo todavía puedo ir a él, a ese vacío que llamamos eternidad, y en el que no sé si continúo creyendo.

Yo todavía puedo...».

Las pequeñas lágrimas que goteaban de sus ojos mojaron el papel y corrieron la tinta haciendo que las letras se difuminaran. Casi no lograba entenderse lo que estaba escrito, mas a ella le pareció mejor de esa manera. Así nadie sabría sobre sus sentimientos destructivos.

Alissa, en es momento, se dedicó a recordar cada instante de su vida pasada. Se acordó de cada cosa que creyó haber olvidado: la muerte de su madre, el amor de la infancia, los rechazos, las burlas. Incluso los detalles de aquel evento en el cual su mejor amigo apareció como un superhéroe para rescatarla de lo que sería una terrible tortura.

Reflexionó en lo complicada que había sido su existencia desde un inicio: siendo siempre la burla de todos los que la rodeaban y un desastre incluso para sí misma. Meditó en lo difícil que fue la niñez, ¡y qué decir de la adolescencia!, con los problemas afectivos, la falta de estima propia; las hormonas de los hombres... y el amor que parecía estar en su contra. Pero

para su fortuna, de una forma u otra, Christian estuvo ahí para ayudarla.

Se sorprendió al darse cuenta de que él no la dejó sola ni por un día.

Se preguntó, entre otras cosas, por qué no pudo mirarlo con otros ojos sino hasta que fue rechazada por Noah. Quiso saber cómo pudo llegar a ser tan ciega ante lo evidente. Comprendió, después de una larga reflexión, las palabras que Sarah le dijo en esa oportunidad, cuando la halló llorando en los baños de uso femenino, minutos antes de que Christian llegara para sacarla casi arrastrando.

«Si supieras lo que él siente por ti no estarías aquí llorando por Noah. No sabes lo que muchas daríamos por estar en tu lugar. ¡Ánimo, Alis!».

Pero ¿cómo supo, Sarah, sobre los sentimientos de Christian? Ellos no eran demasiado cercanos. Fuera como fuese, no tenía sentido luego de tantos años y con Christian muerto. Lo importante era que lo amó como a su propia vida.

Lo amaba más que a su vida.

Aun así, recordó cómo Noah, con suma delicadeza, rechazó su confesión amorosa el día de San Valentín, justo cuando le llevaba una carta y una caja de chocolates artesanales que se esforzó un día entero en hacer.

Era lunes, uno precioso. El sol irradiaba una luz sin igual o eso le parecía. Lo más seguro era que exageraba, pero ¿cómo no hacerlo si ese día se le confesaría a su amor secreto? Todo se lo debía a Tyler, uno de sus queridos amigos, sin él no habría sido capaz de animarse. Fue gracias a él y su curiosidad que se enteró de la maravillosa noticia que le tuvo en una nube toda una semana: Noah correspondía a sus sentimientos. No obstante, grande y penosa fue su sorpresa cuando la rechazó, cabizbajo.

—Alis, yo... yo —balbuceó—... Alissa, lo siento. No puedo corresponderte..., es que verás, yo... A mí me gusta Julie, estoy muy enamorado, ¿sabes?, y ella ha aceptado ser mi novia. Perd...

Alissa no le dio tiempo de terminar la frase. Se echó a correr, hacia el lugar más alejado, dejando atrás la vergonzosa carta que contenía sus sentimientos y los chocolates que tanto le había costado hacer. En el camino tropezó con Sarah y Takehiko, quienes estaban discutiendo, sin embargo, ella no se detuvo ni siquiera a saludarlos.

Se encerró a llorar en los baños, pensando que en ese sitio nadie volvería a hierla. Era una pésima idea, un poco infantil, lo supo de inmediato, pero consideró que no le quedaba otra opción fuera de esconderse. Noah jamás le iba a corresponder, su grupo de amigos había presenciado su rechazo y

seguro que no le permitirían olvidarlo al burlarse de ella. El llanto se incrementó hasta hacerse un coro de gemidos intensos; se estaba desgarrando el alma y la garganta, pero poco le importaba. Sus esperanzas inútiles e insignificantes habían muerto allá, en los pasillos del instituto, en las manos de Noah Green.

Minutos después, Sarah apareció frente a ella. En su rostro se evidenciaba un mezcla de sentimientos que Alissa no supo cómo describir. ¿Pena?, ¿lástima?, ¿dolor? Y ¿por qué habría de sentir algo como eso por ella? Eran amigas, excelentes amigas, y aun así...

—¿Estás bien, Alissa? —preguntó de pie, a su lado—. Me enteré de lo ocurrido, lo siento mucho. Noah es un idiota, pero jamás creí que sería capaz de rechazarte así, en pleno pasillo. Alis, sé lo que sientes, yo lo...

—¿Y cómo vas a sa-sa-saberlo? —respondió en un hilillo de voz triste, apagado. Le pareció que Sarah hizo un esfuerzo heroico para no llorar junto a ella—. No ne... necesitas mentir. ¿Cómo vas a saberlo si eres novia del chico que siempre has querido? Takehiko te corresponde, los he visto. Si-si-siempre están felices. Él te ama, en cambio a mí, Noah no.

Sarah exhaló tomando asiento a su lado sobre las frías baldosas del baño; la rodeó con su brazo, le atrajo hacia su pecho y dejó que llorara cuanto quisiera. Alissa ahogó sus amargos lamentos mientras se aferraba a su compañera. Sarah era muy buena, pensó en aquel tiempo, por permitirle desahogarse de esa forma; por consolarla como lo hacía.

Sarah la tomó de los hombros con suavidad e hizo que la viera a los ojos, después dijo con cierta angustia que Alissa no entendió:

—Si supieras lo él siente por ti no estarías aquí llorando por Noah. No sabes lo que muchas daríamos por estar en tu lugar. ¡Ánimo, Alissa!

Sarah sonrió con esa calidez particular, y le guiñó un ojo, a la vez que le mostraba el dedo pulgar como símbolo de victoria. Alissa la miró fijo preguntándose de quién estaría hablando.

—Sa-Sarah, ¿de qué hablas?

Su acompañante suspiró desviando la mirada. Separó los labios para hablar, sin embargo, Christian irrumpió en los baños con rabia. Él, agarrando a Alissa de la muñeca, la obligó a ponerse de pie y, no conforme con eso, la sacó casi arrastrando sin darle oportunidad de defenderse.

En aquel momento Alissa no se percató de ello, pero Christian no estaba furioso, sino dolido. Ella no lo sabía entonces, pero él ya le amaba.

Alissa exhaló inclinando la cabeza.

Increíble que hubiera transcurrido tanto tiempo desde aquel episodio. Nunca imaginó que después de eso su existencia se reduciría al mero hecho de respirar y ser acosada por algunas chicas de grado mayor; jamás imaginó que después de eso comenzaría una aventura con Christian que casi obtenía un final feliz. Aun así, se sentía agradecida. A pesar de la desgracia que cayó cual tormenta sobre ella, fue capaz de amar y ser amada sin medidas, sin dobleces ni condiciones. Eso le alegraba aunque fuera un poco y, pese a la momentánea alegría, no le fue posible evitar preguntarse por qué Sarah sabía sobre los sentimientos de Christian en aquél tiempo.

Porque le estaba hablando de Chris, ¿o no?

CAPÍTULO 9

Noah Green sonrió, bajo la luz del sol, mostrando la hilera superior de sus dientes. Así, sus medianos ojos azules se veían más pequeños y achinados, y se le formaban unos hoyuelos en las mejillas que le daban cierto aire infantil. Pero a Takehiko le parecía que más bien le conferían un aspecto zorruno que a él lo ponía nervioso porque, por lo general, el gesto precedía alguna travesura digna de un adolescente.

Luego, Noah se mordió la comisura derecha del labio mientras veía hacia arriba y se frotaba la barbilla. Takehiko se mantuvo indiferente, con los brazos cruzados sobre los pectorales y la mirada puesta en su mejor amigo. Se dijo a sí mismo: «si se le ocurre una estupidez, corre. Si se pone pesado, corre. Si hace cualquier cosa sospechosa, corre. ¡Corre!, corre y no te detengas. Te arrastraré consigo al infierno».

Pero él continuó tranquilo, en medio del jardín la casa.

Takehiko comenzó a impacientarse. Él estaba acostumbrado a los arrebatos de Noah, *atolondrado*, Green; y el que no hiciera nada le provocaba una angustia inexplicable que le hacía evocar los días del colegio, cuando justo después de aquellos silencios prolongados e inusuales él lo tomaba del brazo y lo llevaba por ahí a cometer travesuras. Eran momentos divertidos, claro, pero le causaban enormes problemas con Fudo porque un Sakurai jamás se comportaría de un modo tan deshonesto.

Pero las costumbres cambiaban e incluso en Japón los chicos eran más abiertos, Takehiko había vivido el tiempo suficiente allá como para saberlo; sin embargo, eso a su padre parecía no importarle. Para él el orgullo y las costumbres obsoletas lo eran todo, por eso se llevaban tan mal, por eso hasta el propio Akihiro se mantenía alejado. Pero, se dijo, era natural cuando lo único que hacía el padre de ambos era tratar a Susan como poca cosa por no ser «digna de llevar su apellido». No obstante, ¿qué significaba ser digno?, se preguntó. Para su padre se resumía en solo dos aspectos: títulos y dinero. Ese era el problema, Susan Wells no era más que una estudiante de Bellas Artes que se había casado —demasiado joven— con el heredero de los hoteles y viñedos Sakurai y que, para colmo de males, llevaba en su cuerpo a al hijo de los dos.

De momento Takehiko pensó en la reacción de Fudo. Sintió ganas de echarse a reír al imaginarlo con la cara roja de furia y los ojos desorbitados, gritando maldiciones y diciéndole a su hijo mayor que lo desheredaba.

«Como un perro rabioso», pensó.

Su padre podía llegar a ser contradictorio: por un lado, amaba demasiado a Akihiro como para perdonar a Takehiko por el accidente; pero, por el otro, no quería aceptar sus decisiones ni dejarlo ser feliz con la mujer que había elegido.

La mano de Noah, moviéndose de un lado a otro, lo hizo regresar a la realidad. Él lo estaba viendo con preocupación, de modo que Takehiko forzó una sonrisa.

—Hombre —dijo—, pensé que te me habías ido, ¿sabes? No me hagas esas cosas.

Takehiko movió el hombro izquierdo de arriba abajo.

—Sí, querida, lo que digas.

Noah ignoró su comentario y añadió:

—Te decía que deberíamos hacer una barbacoa, sabes. No sé, ¿cuándo fue la última vez que hicimos una aquí?

—¿Qué, ya se te olvidó cómo Fudo nos la arruinó? No, gracias.

—Ah, sí, verdad... —Noah suspiró recordando cómo Fudo había zarandeado a Naori aquella vez porque se atrevió a usar bikini, como el resto de las chicas—. Bueno, pero podemos hacerla en mi jardín, ¿sabes?, e invitar a los chicos.

—Define «los chicos».

Noah vio hacia arriba, fastidiado.

—¿Pues, quiénes van a ser? Qué molesto eres a veces, sabes: Sarah, Isabel y Ricitos..., los Gemelos del Terror, Gabriel... y Sebastian, Debra... y Alissa...

—¿Rohde? Ni de joda.

—Y Alissa...

—¿Collins?

—¿Conocemos otra? Al menos, yo no, sabes.

Takehiko bufó.

Los vecinos de al lado iban cerraban la puerta de la casa. Él levantó la mano para saludarlos, al igual que Noah, y después regresó toda su atención a su mejor amigo, quien de nuevo tenía esa sonrisa maliciosa en los labios; y los hoyuelos eran mucho más profundos ahora, lo cual le indicó a Takehiko que estaba en peligro de ingresar en uno de sus juegos.

—¿Por qué Collins?, ¿qué te traes?

—¿Yooo? —Noah se señaló a sí mismo, fingiendo estar ofendido—.

Naaaada, nada. Qué paranoico eres, sabes.

—Ajá. Como digas. ¿Y qué quieres que lleve?

—Pues, seguro que no es tu cara de asesino sanguinario. Ya, en serio, es una barbacoa, ¿sabes? Baarbaaacooooaaa. Lleva lo que quieras, sobre todo si es carne, mientras más mejor.

—Sí, sí, esposa, ya entendí.

Takehiko se vio invadido por los recuerdos. Las imágenes del pasado desfilaban una tras otra dentro de su cabeza, haciéndolo sentir nostálgico y confundido.

Isabel reía de una anécdota que había contado Raúl. Ella estaba sentada sobre las piernas de Sebastian, quien a final de cuentas había terminado yendo a la barbacoa. Llevaba el cabello suelto, el cual se ondulaba de forma ligera en las puntas debido a la humedad y le caía sobre los hombros como una cascada de oro, extendiéndose hacia sus pechos grandes y firmes. Sarah, por otro lado, se encontraba junto a su novio tirada sobre la hierba, y le decía a su mejor amiga: «no seas mala con él» mientras intentaba no reírse como lo estaba haciendo el resto.

Aquello le hizo pensar en las oportunidades en las que Noah se encargó de juntarlos a todos para hacer algo similar. Sin embargo, en ese tiempo Christian estaba vivo y él, por supuesto, salía con Sarah.

Pero sucedía exactamente igual: Isabel llevaba la parte de arriba del traje de baño y un pantaloncillo demasiado corto como para cubrirle algo; Sarah le pedía al grupo que no se burlara del bufón de turno, aunque ella también lo hiciera; Sebastian hacía algún comentario fuera de lugar, casi siempre relacionado con la anatomía femenina; y Alissa Collins se quedaba tan quieta y callada que llegaba a parecer una figurilla de cera.

Takehiko la miró por un largo rato. Ella tenía una camisa de mangas largas de color rosa pastel y un pantalón negro holgado de rayas blancas y verticales; además llevaba el cabello trenzado sobre su hombro derecho. Se veía bonita bajo la luz del sol, aunque su piel por lo general se quemaba demasiado rápido y la hacía parecer como si hubiera sufrido un ataque de asma, ganado una maratón o... como un camarón hervido. Esa idea le causó gracia. Aun así, le continuó pareciendo linda.

Alissa conversaba con Debra y Gabriel. Takehiko pensó que uno era

demasiado callado y la otra ruidosa, pero la combinación funcionaba, porque le permitía a Alissa seguir el ritmo sin perderse. Ella se volteó un momento y lo vio a los ojos, le sonrió e inclinó la cabeza, después se dirigió a Gabriel y continuó su plática. Ese solo acto provocó una revolución en su interior. Alissa le mostraba el mismo gesto a casi todo el mundo, pero a él le hacía sentir especial porque avivaba las esperanzas que se empeñaba en matar cada día. Sin embargo, trató de centrarse. «No pierdas el control», se dijo.

Cuando se giró para tomar una soda de la hielera, junto a la que estaba sentado de forma conveniente, se encontró otra vez con los hoyuelos de Noah. Él movió las cejas de arriba debajo de forma sugerente, a la vez que la sonrisa en sus labios se hacía más grande. Takehiko casi sintió miedo de esa mirada pícaro. Una voz, muy en su interior, le estaba diciendo que en efecto Noah Green se traía algo entre manos y que él tendría que irse con cuidado si no quería ser arrastrado por ese vendaval.

—Tienes cara de depravado, idiota —le dijo.

Noah ni se inmutó, sin embargo, giró la cara para ver a Alissa. Ella agitó la mano con suavidad, saludándolo; él hizo lo mismo y soltó un «ji, ji, ji» digno de una caricatura.

Takehiko también reconoció esa risa.

—¡Hey, Alis! —Noah batió los brazos en forma de equis—. Ven un momento, por favor.

Alissa se puso de pie y caminó hacia ellos, jugueteando con los dedos. Takehiko casi fue capaz de escuchar el tamborileo apresurado de su propio corazón.

Tum, tum, tum.

—¿S-sí? —murmuró Alissa.

Takehiko pensó que incluso en un momento alegre como ese, ella parecía triste. Aunque era lo normal, al fin y al cabo su prometido estaba muerto. Noah debió preverlo..., en tal caso, ¿por qué hacerle una cosa tan cruel?

Noah carcajeó llevándose una mano a la nuca. Otra vez, sus ojos lucían pequeños y rasgados.

—Lo olvidé... Je, je, je... ¡Ah, sí!, ¿sabías que Hiko es famoso, allá en la Tierra del Sol Naciente?

Alissa asintió con suavidad.

—S-sí, su madre me lo dijo el otro día.

Noah la vio sorprendido, luego a Takehiko y otra vez a Alissa.

—¿Ah, sí? Con que Naori te lo dijo, ¿eh? Qué interesante, sabes.

—¿P-por qué?

—Sí. —Takehiko resopló molesto—. Y también comimos tarta de queso y tratamos de ver una película, la del Panda que sabe *kung-fu*, pero conoces a mi madre...

—No me dijiste nada, sabes.

—Idiota, nunca me preguntaste.

—¿Y es que yo soy adivino o qué? No puedo ser guapo, inteligente y saberlo todo al mismo tiempo. Por si...

—¿Inteligente?, ¿tú? Permíteme reírme. Ja, ja... ja, ja... ja, ja, ja...

—¡No te burles de mí!

—Pero si eres un...

Takehiko se interrumpió a sí mismo, frunció el ceño y ladeó la cabeza mientras veía a Alissa. Noah lo imitó. Ella estaba riéndose, sin contenerse ni cubrirse la boca. Takehiko sintió como una especie de calor le recorría el cuerpo y lo hacía sentir aliviado.

«Ella es hermosa», pensó.

Noah también comenzó a reír. Él, sin embargo, se mantuvo callado, aunque con una sonrisa en los labios, una de verdad.

El aroma del asador se mezcló con la suave brisa de la tarde. Mientras Noah y Gabriel se encargaban de la carne, Takehiko y Alissa preparaban la ensalada. Ella se había ofrecido y él no pudo negarse, de modo que estaban trabajando juntos en algo simple que ella convirtió en sofisticado y maravilloso.

Takehiko no podía evitar verla por el rabillo del ojo. Alissa estaba concentrada en su labor: con las cejas juntas y los labios fruncidos, haciendo cortes rápidos y precisos. Él, sin embargo, solo se dedicaba a hacer el aderezo que consistía en jugo de naranja, lima y aceite de oliva con algunas hierbas perfumadas. Pero estaba bien de ese modo, se convenció de ello, porque —aunque no era nada fuera de un insignificante ayudante— estaban uno al lado del otro.

«Eres estúpido», pensó.

La voz de Gabriel se elevó sobre las demás, capturando su atención. Takehiko se volvió para verlo; a la luz mortecina del sol, su cabello se veía más naranja de lo usual. Él y Noah estaban sirviendo las patatas asadas y la

carne. Takehiko se acercó a Alissa y le murmuró a al oído:

—Creo que deberíamos darnos prisa, Collins.

Ella asintió seria.

—S-solo falta —respondió rayando con sumo cuidado la cáscara de una lima sobre los vegetales frescos y húmedos—... L-listo.

Luego, ella tomó el recipiente de cristal en brazos y se fue hacia el grupo de personas que esperaban por ellos.

Durante la comida, Takehiko se percató de una cosa: Alissa comía de forma abundante y acelerada. Él llevaba años sin verla, pero no recordaba ese aspecto de ella; aunque le pareció bueno de cierto modo, porque al menos no se había echado al abandono después de sepultar a Christian. Aun así, le pensó que lo hacía de forma automática, como si no estuviera disfrutándolo.

Sarah suspiró casi quejándose, se palmeó suavemente el vientre y dijo:

—De seguir así, creo que voy a explotar. Está delicioso, pero hay que cuidar la figura.

Takehiko y Raúl vieron hacia arriba, fastidiados; sin embargo, Raúl soltó una carcajada.

—Coño, mami, pero que te ves bien —dijo.

Sarah negó mientras chocaba la lengua contra su paladar.

—Sí, pero toda esa grasa y azúcar se va a las caderas, y después...

—¡*Oing, oing!* —Isabel rio.

Sarah la vio con los ojos entrecerrados y frunció los labios.

—Qué mala amiga eres.

—Toooda la vida —respondió, después le mostró la lengua mientras le guiñaba un ojo.

Takehiko se percató de que Alissa veía con interés el abdomen plano de Sarah. Se preguntó que estaría pensando, aunque lo vislumbró por su expresión triste. Quiso decirle: «tú también te ves bonita», pero eso habría sido inapropiado.

Ella dio un largo suspiro, soltando el aire por la nariz, a la vez que curvaba los labios en un intento de sonrisa que lucían más bien como una mueca de profundo dolor.

—N-N-Noah —murmuró—, ¿puedo usar tu baño?

Él asintió.

—Es todo tuyo, sabes. Está al fondo, hacia la derecha.

Alissa se levantó, se sacudió la camisa y se fue hacia el interior de la casa. Takehiko la siguió con la mirada hasta que ella desapareció en medio del

pasillo. De momento la preocupación lo dominó, no obstante, desechó los pensamientos negativos y se llevó un trozo de tomate a la boca.

III

CAMINO AL ABISMO

Hay una cosa peor que la tristeza. Hay un sentimiento como de no estar aún bastante triste, como si la poca alegría que aun nos queda fuera del pecado, cuyo castigo ya se nos está preparando.

Jean Giraudoux.

CAPÍTULO 10

«Déjame verte», pensó Alissa limpiando el espejo con la mano. Su imagen estaba borrosa, también se sintió de ese modo.

«Me he vuelto una sombra».

De repente, el rostro de Christian apareció frente a ella con una sonrisa dibujada en los labios y aquella expresión serena que lo caracterizaba, y tanto dolor le causó, tal como había muerto. Alissa estiró el brazo y trató de trocarlo con timidez, pero él se desvaneció como un fantasma.

«Y, además, estoy loca».

Se frotó los ojos para evitar llorar. Continuó estudiándose a sí misma, ante el vidrio opaco: estaba más pálida y delgada, llena de marcas y con unas horrorosas ojeras en el rostro. Lo normal en esos casos, en el suyo: cuando se enfrenta la muerte de un ser amado siendo una persona débil. Trató de persuadirse con ese pensamiento, mas no pudo. Sabía que no era verdad, ella no estaba luchando. Intentaba morir de una forma u otra.

Había elegido la más lenta y dolorosa.

Pero tal vez, continuó pensando, la hora de tomar una decisión radical se acercaba. Se sonrió como un alma en pena mientras se veía los pechos. Tenía al menos una docena de heridas frescas en ellos y otra más de cicatrices llenas de costras. Tomó una hoja afilada, la apoyó con suavidad sobre su mejilla y ejerció presión, mas no tanta como para cortarse.

—Solo así se irá —murmuró.

Llevó la pequeña cuchilla hacia sus senos e hizo una línea recta que iniciaba en el derecho y terminaba en el izquierdo sin ninguna pausa. La sangre brotó como un hilo delgado que se fue expandiendo con el paso de los segundos hasta mancharle la piel verdosa. Sintió algo parecido a la paz, aunque no duró mucho debido a la culpa. Siempre era igual: después de la momentánea calma, el remordimiento atacaba para recordarle que lo que estaba haciendo no podía ser catalogado como bueno. Pero ¿qué importaba?, ¿a quién, en realidad? Por como lo veía, estaba luchando sola contra el dolor que le llenaba el alma; por como lo veía, todos —incluso sus amigos— se habían olvidado de Christian; y ella no podía, no quería hacerlo. Tres semanas no le parecían suficientes.

Hizo una nueva herida. Contuvo la respiración. Otra y otra más. Una, dos, tres, cuatro, cinco... Las contó e inició el proceso de nuevo, haciendo danzar la hoja filosa sobre la piel de su abdomen y piernas. El pecho no le bastó.

«El dolor —asumió— es como una droga, mi droga, una que me libera y... a la vez me condena a un infierno que...».

Gimió de dolor. Se había excedido con una de las incisiones; desvió la mirada hacia su muslo, la sangre fluía con libertad, trazando caminos rojos sobre el macabro lienzo en el que acabó convirtiendo su piel.

«Es como un tatuaje, más bien. El dolor es un tatuaje que se lleva en el alma, ¿verdad, Chris? Una vez me lo dijiste, pero también que nos hacía fuertes, ¿por qué yo no lo soy? Si me vieras ahora, ¿continuarías amándome, aún sabiendo que soy esto? ¿Aún dirías que soy hermosa?, ¿querrías casarte conmigo todavía?».

Se dio un último vistazo en el espejo, y regresó a la ducha. Necesitaba limpiarse, más que el cuerpo, el alma. Dejar de sentirse sucia, esa era una buena idea.

La brisa cálida le acarició la piel. Alissa elevó la cabeza para ver el cielo: estaba azul, con pocas nubes, hermoso y brillante. Trató de sonreír, mas no le fue posible. Las piernas le escocían, pero no le dio mayor importancia, se debía a las heridas hechas horas atrás.

Echó un rápido vistazo a su alrededor; se encontró con infinidad de lápidas, que parecían brotar del la hierba, y solemnes figuras de mármol. Un ángel de rostro triste, que parecía llorar, capturó su atención. Se preguntó por qué la mayoría tenía rasgos femeninos. Puso su mirada en la de la estatua y la mantuvo fija; sabía que no haría ningún movimiento, aun así, se quedó quieta, viéndola. Después sonrió, al mismo tiempo que negaba, y se arrodilló para colocar algunos girasoles de color naranja dentro del jarrón que estaba junto a la tumba que había ido a visitar.

Leyó el nombre y el epitafio:

Christian Stephan Dunne.

«Las alas del Amor son llamas de mil tonalidades, y su cuerpo es del color del fuego. Sus labios son dulces como la miel, y su aliento es como la mirra silvestre^[4].».

Alissa recordó el empeño con el que su prometido le pidió que colocara en su tumba la inscripción. Las lágrimas le regaron el escaso maquillaje, que utilizaba para ocultar lo cadavérica de su apariencia. «Es mi preferido», le dijo Christian aquella vez, y ella sonrió con pena, sabiendo que el final se

acercaba.

—Son... son tus favoritos —dijo. Hizo una larga pausa, luego continuó—: Me hubiera gustado poder darte más girasoles, pero no pude. Y ahora no sirve de nada, no estás aquí para sonreír diciendo algo como: «me recuerdan a mi abuela». Pero si hay algo que me alegra es que ya no sufres, ¿verdad, Chris? Ese pensamiento me hace sentir mejor.

Inspiró hasta que no pudo más y, después de retener el aire algunos segundos, sopló con lentitud. Continuaba llorando, apretando las manos con fuerza, luchando para contener la impotencia que la llenaba por dentro. Quiso echarse sobre el pasto y gritar, mas no lo hizo; en cambio, extendió el brazo hasta la fría lápida y cerró los ojos para volver a verlo en su memoria, como un recuerdo dulce que se volvía amargo a veces. Delineó el nombre de su novio con los dedos, y pensó: «tienes que aprender a vivir con esto».

No obstante, descubrió que no sabía cómo.

«Creí que nada podría derrumbarme después de que perdí a mi mamá; siendo así, ¿por qué no puedo? ¿Por qué no soy más fuerte?».

—Stephan llamó el otro día, parecía tranquilo; realmente espero que lo esté. Dijo que había hablado con tu madre, que resolverían sus diferencias..., por ti. ¿Puedes creerlo? Ellos no quisieron antes, y lo harán ahora porque es una forma de pagar por lo que te hicieron; pero es algo bueno, ¿cierto?; imagino que te hace sentir feliz..., allá en el cielo. También dijo que Victoria comenzaba a reconocer el hecho de que tú ya... ya no estás. Supongo que Gareth le ayuda con eso. Yo también quisiera poder hacerlo, pero la verdad es que no quiero. Tengo miedo de traicionarte y... Dime qué debo hacer, cómo logro continuar con esta vida que odio.

Guardó silencio y se dedicó a oír el dulce murmullo del viento; por algún motivo le pareció que cantaba, quiso creer que se trataba de Christian respondiéndole; no obstante, entendió que no era una buena idea seguir pensando de ese modo.

«Demasiado infantil».

Se puso de pie y, a paso lento, abandonó el lugar.

Alissa estuvo meditándolo durante toda la semana, considerando posibilidades y los mejores métodos. Pensó, del mismo modo, en su familia. David, se dijo en algún instante, ya había perdido a su esposa, ¿qué derecho

tenía ella de robarle a una hija? Trató de convencerse que ninguno, pero no pudo. Él tenía a Emily, eso era suficiente, porque —le gustara o no admitirlo— su hermanita era mucho más importante que ella. Tal vez se debía al hecho de que Barbara había muerto trayéndole al mundo, o porque Emily se parecía más a él, y por eso... Sacudió la cabeza. No estaba pensando con claridad, se reprochó llenando de agua la bañera.

Se quedó viendo las tijeras que llevaba en las manos como si fueran lo más extraño del mundo y, luego de un rato, soltó una risita que se oyó como un lamento.

Estaba decidido.

«No volveré sobre mis pasos nunca más —pensó—. Este es mi camino».

Empezó a soltarse los botones de la camisa, se la quitó e hizo lo mismo con los pantalones. Se quedó descalza y en ropa interior. Emitió un suspiro y se metió en la tina; el agua estaba tibia, pero eso no la reconfortó como en ocasiones pasadas porque era un requisito necesario para la muerte. De nuevo vio las tijeras, ¿sería suficiente? Lo había leído en *Internet*, en «El rincón de los suicidas», por tanto, asumió que lo sería.

«Recuerda hacerlo de arriba hacia abajo y de un lado a otro en las muñecas, formando una “T”; sino serás solo un asqueroso sobreviviente más. Nadie quiere a los sobrevivientes», eso decía el dueño de la página. Obedeció.

Contuvo la respiración. Hizo una pequeña incisión y, hundiendo el filo de la tijera, avanzó.

«Uno...».

Se mordió el labio para no hacer ningún sonido que pudiera delatarla.

«Dos...».

Luego, consideró rendirse. Tal vez, si se esforzaba, conseguiría salir adelante con la depresión. Tal vez si...

«Tres...».

Se detuvo. Ahogó como le fue posible un gemido. Dolía muchísimo, pero estaba funcionando: las gotas de sangre resbalaban hacia el agua y la teñían de carmesí. De momento se sintió mareada; tenía que terminar, quiso hacerlo, mas no pudo. Al final, solo sonrió.

Estaba hecho.

«Espérame Christian..., espérame un poco más. Ya pronto iré hacia ti», pensó.

Y se abandonó en las sombras. Se dejó caer en el vacío interminable que

apareció para tragársela.

CAPÍTULO 11

El penetrante olor a medicamentos mezclado con antisépticos le inundó las fosas nasales. Era desagradable y confuso, sin embargo, un martirio necesario si pensaba permanecer en aquella inmaculada y deprimente habitación de hospital que tantas náuseas le estaba causando. Nunca fue fanático de ellas porque le traían malos recuerdos. La recorrió con la mirada. Había un televisor mediano de pantalla plana sobre una repisa y un pequeño armario al lado, además de lo usual: una cama incómoda y un par de sillas junto a ella. Aunque no existía ninguna ventana. Cerró los ojos, suspiró, y los abrió de nuevo. Antes ese sencillo acto se hubiera llevado los malos pensamientos y recuerdos, pero no fue así.

Creó ver por un segundo a Akihiro en la camilla, demacrado y lleno de mangueras. Dormido, en apariencia, mas al borde de la muerte en realidad; con el cabello largo y una barba modesta —la cual Naori se encargaba de cortar— que lo hacía lucir mayor, aunque solo tuviera diecisiete años en ese momento. Aquel fue un mal año. A pesar de ello, su hermano mayor había salido del coma y mejorado con una rapidez impresionante.

Takehiko parpadeó y regresó a la realidad de inmediato. Pensó que ya era hora de dejar ir el pasado. Ladeó la cabeza. El problema estaba en que el pasado lo perseguía: ahora, la hospitalizada era Alissa. Eso le dolió. Acercó la mano a su rostro, pero se detuvo dudoso. Ella continuaba dormida debido a los medicamentos, respirando de forma apacible; temió despertarla; con todo, se animó a sí mismo y la tocó. Le recorrió el rostro con lentitud, se detuvo en sus labios y sonrió considerando que —a pesar de todo— Alissa continuaba viéndose como una princesa.

«*La bella durmiente* —pensó—. Una figura de cristal que se rompe, una flor que se marchita, una estrella que se muere».

Quiso sentirse culpable, pero no pudo. Incluso después de todos esos años, él continuaba amándola, deseando que volteara a verlo. Que se fijara en lo que tenía delante de ella, en él, y no en el pasado y los tristes recuerdos que encerraba.

—Te has vuelto sentimental —susurró.

Se consideró ridículo y, aun así, no le fue posible evitar volver a pensar en un futuro junto a ella. ¿Cómo le hacía entender a su cerebro que Alissa Collins no era su dama de ensueños, que él no podía salvarla? Gimió en voz baja.

«Todo es culpa suya, ¿por qué tuvo que morirse?».

Takehiko quiso golpearse al percatarse del rumbo que tomaban sus pensamientos.

«¿Qué pasa conmigo?», se preguntó. Él no estaba en el derecho de quejarse. Desde un inicio supo que sería de esa forma, lo tuvo claro la primera vez que la vio llorar a escondidas por Noah; terminó de entenderlo cuando fue testigo accidental del beso que le dio a Christian en los labios, y de esa sonrisa modesta y brillante que le obsequió después de confesarle cuánto lo quería. Esa sonrisa llena de un calor que él anheló desde el principio para sí mismo.

Era un egoísta, lo sabía. Siempre quiso a esa chica retraída e insegura para sí mismo porque ella representaba todo lo opuesto a lo que era y siempre sería él, porque Alissa era encantadora y no tenía idea de eso; porque Alissa se había metido dentro de su alma sin pretenderlo y él llegó a quererla sin desearlo.

Un quejido muy bajo lo sacó con violencia de sus divagaciones mentales. Takehiko se paralizó al hallarse siendo observado por aquellos ojos claros, tan diferentes a los suyos, con cierto rastro de duda.

Pensó en lo incoherente de las circunstancias. ¿En qué momento la vida se le empezó a salir de las manos? No lo sabía, ya no importaba. Tenía que irse por su bien, por el de ambos. Ella hizo que su mundo perfecto y simétrico se tambalara, era como si el detonador de sus emociones estuviera en las manos de un bebé, lo cual resultaba peligroso. Él jamás había sido un hombre demasiado expresivo ni afectivo; los sentimientos se le hacían complicados, tanto como una carta en arameo y, si era franco, le aterraba el sencillo hecho de ser descubierto.

Otra cosa que sumar a la lista de secretos sensacionales que escondía bajo la alfombra de terciopelo negro que adornaba su corazón.

—¿Ta...Takehiko?, ¿qué pasó?

Él se irguió, tenso y asustado, al oírla.

Alissa desvió la mirada hacia un costado, y se encontró con un ramo de rosas, de diversos colores, metidas en un jarrón de cristal. Se mordió el labio mientras fruncía el ceño.

Takehiko sintió una especie de corriente eléctrica recorrerle la espalda cuando ella volvió a verlo.

—Rosas...

Él calló. Con el rostro duro como una piedra y los brazos cruzados, se

negó a decir cualquier palabra; prefirió que Alissa siguiera creyéndolo un despiadado y antipático ser humano, era lo más conveniente. No obstante, ella continuó observándolo, desnudándolo con la vista. Se sintió incómodo, mucho para su gusto. Alissa lo inquietaba al hacerlo sentir indefenso.

—¿Po-po-por qué no respondes? ¿Qué ha... hacemos aquí?

Él dejó escapar una risita mordaz. La función daría inicio, ¿y la atracción principal?: cómo destrozarse a la mujer que amas en dos sencillos pasos.

—No sé, Collins —dijo con toda la frialdad que le fue posible demostrar—, dímelo tú. Después de todo, fuiste precisamente tú quien trató de rebanarse las venas.

Los ojos de Alissa se abrieron de par en par. Pestañeó varias veces; las lágrimas brotaron de inmediato. Se vio los brazos, en efecto, los tenía vendados; gimió al moverlos.

—Ohhh... —Sollozó escondiendo la mirada—. Oh...

Takehiko sintió pena al oírle lamentarse, culpa. Casi pudo imaginar sus pensamientos. Entendió lo que trataba de preguntarle, pero ¿cómo le respondía? ¿Qué iba a decirle? Guardó silencio ante la muda insistencia de Alissa, viendo cómo recordaba poco a poco sus actos. Ella separó los labios. A Takehiko le parecieron más pálidos y resecos de lo usual. Una idea confusa le llegó como un rayo: «quiero proteger tu dolor».

—Ta-Ta-Takehiko lo lamento mucho. No quería... no quería. ¡Oh, Dios!, ¿qué quería? Di... Dios, ¡Dios!

Él rio entre dientes; después soltó una carcajada burlona y un silbido.

—¿Dios?, ¿es en serio, Collins? —Alissa trató de hablar. Takehiko negó—. No te atrevas a dar una maldita excusa porque no las tienes. ¡No, calla! ¿Sabes quién te encontró metida en la bañera, semidesnuda y ahogándote en tu sangre?, ¿no adivinas?: ¡Emily!

Alissa se quedó con la boca abierta durante algunos segundos, luego intentó defenderse otra vez. Takehiko, sin embargo, frunció el ceño y levantó la mano para indicarle que debía hacer silencio. Él continuó hablando, siendo consciente de que sus próximas palabras serían como una espada para Alissa:

—Solo los cobardes, escúchame bien porque no planeo repetirlo: solo los cobardes tratan de acabar con sus vidas cuando existe tanta gente que reza cada maldito día por un minuto más; cuando existen tantas personas que de verdad tienen motivos para renunciar y eligen seguir adelante porque «mañana saldrá el sol».

»Dime una cosa, ¿crees que eres la única, en este mundo, que sufre? Pues,

te tengo noticias: ¡no lo eres y nunca lo serás! Despierta, Collins, el mundo no es de color rosa.

—Yo lo...

Takehiko con una mirada hizo que se pegara más hacia la pared, temblorosa.

—¡Cállate! ¿Piensas que esto, lo ridícula de tu situación, se soluciona con disculpas estúpidas? —Él siguió hablando sin contener la frustración que estaba sintiendo—. ¡Madura, niña tonta! La vida no es así de simple, no es un ridículo juego de muñecas.

—¡Pe-pe-pe-perdón! Yo no... yo no quería..., solamente deseaba ir con Chris. —La voz de Alissa se quebró—. So... solo quería ir con Chris.

Takehiko creyó haber oído el corazón de Alissa romperse.

¡Crash!

Pero no era el de ella; se trataba del suyo. Aun así, respondió:

—Me das lástima.

Takehiko pateó la silla donde antes estuvo sentado y caminó hacia la salida. No podía continuar encerrado junto a ella, no debía; sentía que todas sus defensas podrían desbaratarse en un santiamén. Antes de cerrar la puerta, consiguió oír sus sollozos; el corazón se le arrugó dentro del pecho, ya era tarde para retractarse y, aunque pudiese, no lo haría. Alissa necesitaba abandonar el cascarón y volar de una vez por todas. Aunque no —nunca en la vida— fuera junto a él.

En el exterior, fue interceptado por Sarah a unos pocos metros de la habitación. Estaba molesta, pero a Takehiko le pareció poca cosa; Sarah siempre estaba enojada. Ella era como un volcán en erupción la mayoría de las veces o como una espina en la planta del pie, lo que fuera, de igual forma le fastidiaba. A él todo le molestaba desde hacía un tiempo.

Rogó en su interior que no se dedicara a reprocharle nada. Sabía que la única herida terminaría siendo ella.

«Como siempre», recapacitó.

Notó cómo la culpa se agrandaba en su interior cuando pensaba en ella. Sarah había sufrido mucho en aquella época, sin embargo, parecía haberlo superado. Deseó que fuera de ese modo mientras recordaba una vieja discusión que tuvieron antes de dar por terminada su relación. Ella había llorado entonces.

Sarah siempre lloraba cuando estaba junto a él. Aunque ya no era de esa manera, lo que le hizo sentir aliviado.

«Quisiera decir que no me afectaría en nada el que continuaras odiándome, pero no es así».

—Eres un imbécil, Takehiko —le reprochó tomándolo del brazo con brusquedad, y lo llevó a un rincón alejado.

Takehiko apenas tuvo tiempo de reaccionar. Se fijó en el grupo de personas que los veían con asombro; entre ellos se hallaban Isabel, Sebastian y Noah. ¿Desde cuándo estaban en la clínica? No se acordaba de haberlos visto cuando llegó la noche anterior.

«Ahí va mi reputación —dijo dentro de sí—. Y, ¿cómo no?, mi inexistente antipatía hacia Alissa: directo al caño».

Takehiko le sonrió con arrogancia y, a continuación, preguntó:

—¿Qué?, ¿ya no soy tu amor?

Ella rezongó un par de malas palabras nuevas para Takehiko. Él volvió a repetirse que, en efecto, Sarah Harden era un volcán.

—¿Crees que estuvo bien lo que hiciste?

Takehiko supo por su tono de voz que de no tratarse de él, Sarah hubiera intentado golpearlo para hacerlo entrar en razón. Ella resolvía las cosas de ese modo la mayoría del tiempo: un grito por aquí, una bofetada por allá. Un cocotazo, una patada en la entrepierna...

—¿El «qué»?

—No empecemos con este juego —suplicó—. Alissa nos necesita, ¿y tú la tratas de esa forma? ¡Qué pasa contigo, hombre! Creí que..., bueno..., tú la querías todavía.

Takehiko puso los ojos en blanco; en seguida, vio a Sarah de pies a cabeza y bufó. Conocía la rutina: ella preguntaba, él no respondía; ella afirmaba, él negaba; ella perdía los estribos, y él la dejaba discutiendo sola. Pero en ese minuto no habría podido porque, para desgracia de ambos, estaba de malhumor, indignado; furioso en realidad, y lo único que deseaba era liberarse de la presión sin importar el costo ni quién resultara herido.

Se cruzó de brazos y enarcó una ceja. Sarah tenía el rostro rojo por la rabia.

—¿Nadie te enseñó que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas? Maaal, muy mal; pésimo, señorita Harden.

Ella se mordió el labio, debatiéndose dentro de sí. Inhaló y exhaló, después repuso:

—No fue mi intención. La enfermera nos dijo que alguien había pasado la noche con ella, que su padre lo aprobó; pero todos nosotros estábamos aquí,

así que me asomé y te vi..., luego empezaste a decirle todas esas cosas horribles y... ¿Qué sucede contigo?, ¡demonios! Creí que ella en realidad te importaba.

Takehiko desvió la mirada por un momento hacia una pared; también era blanca. Todo era blanco en los hospitales, por eso los odiaba. ¿Qué tenía de bueno ese color? Devolvió su atención a Sarah; ella estaba viéndolo con súplica, diciéndole con su silencio: «no le hagas lo mismo que a mí», pero eso era imposible. Alissa y él no tendrían esa oportunidad.

Rio entre dientes.

—Permíteme poner las cosas claras, Sarah: esa niña mimada no es mi problema. Alissa Collins no me importa. No somos amigos, ni siquiera conocidos, ¿por qué habría de ser distinto con ella? ¿Qué te hace creer que la quiero? Yo no voy a ser amable con nadie y menos con alguien que no respeta su propia vida. Así que no pienses nada, eso no es lo tuyo; a ti solo se te da bien gritar como maníaca: «¡Hiko, Hiko, llévame contigo. No me dejes sola, Hiko!»; y pelearte con Isabel como si tuvieras cinco años. Déjale el trabajo difícil a la gente inteligente; dedícate a ser bonita, y no te metas en lo que no te importa. ¿Fui claro o debo ser más específico? Tú dime, hoy tengo unas ganas increíbles de jugar al amable maestro de preescolar.

Sarah negó. Tenía cierto brillo en los ojos producto de las lágrimas que trataba de contener. Takehiko sintió remordimientos de nuevo.

«No tú, no otra vez. ¡Mierda!».

—Sarah... —Calló unos segundos, le acarició la mejilla, y dijo en tono suave—: Lo lamento, no quería descargar me contigo.

«¡Mierda!».

Sin tomarse la molestia de esperar una respuesta, Takehiko abandonó el centro de salud, deseoso de respirar aire fresco.

«¡Mierda, mierda, mierda!».

La situación de Alissa: su dolor y esa recién adquirida tendencia suicida lo estaban matando. Era como si millones de agujas se le clavaran en el pecho, pero no tenía idea de cómo arrancarlas sin sangrar. No se trataba de que fuera un cobarde o que le quitara el sueño su propia seguridad; se trataba más bien de ella y lo que representaba para él, de su tormento. De Christian, de Noah —quien a pesar de lo sucedido seguía considerándolo su mejor amigo—, de Sarah. De todo. Más que nada, de Noah, se dijo; si él se hubiera enamorado de Alissa y no de Sarah o Julie, la historia habría sido otra, y ella no se encontraría internada en el hospital con los brazos llenos de cicatrices.

Si Noah la hubiese amado como mujer y no como amiga, Alissa Collins, no se hallaría sumergida en ese mar de impotencia y culpa.

Él no era importante, aceptó, no pintaba nada en esa historia, lo tuvo presente desde el principio —aunque se negó a creerlo hasta que se hizo oficial su relación con Christian—; desde que vio por primera vez a esa muchachita insegura, escondida detrás una pared, viendo a Noah con esos grandes ojos grises, enmarcados por gruesas pestañas negras.

Le dolió aquel pensamiento, no obstante, el dolor formaba parte de su vida.

Takehiko refunfuñó un par de maldiciones al darse cuenta de que se había quedado clavado en el suelo frente a su motocicleta.

«El pasado es como un *boomerang*, Hiko», le dijo Akihiro a modo de despedida cuando él tomó la decisión de regresar a Japón porque quería olvidar. En ese momento no lo entendió, mas en el presente lo hacía: su relación con Sarah duró menos de lo esperado, y Alissa dejó de ser un fantasma con la muerte de Christian.

«Sí, bueno..., todo es culpa del muerto», insistió dentro de sí, colocándose el casco. Encendió la motocicleta.

Los recuerdos continuaron atormentándolo. ¿Quién iba a pensar que después de tantos años continuaría amándola como el primer día? Pero lo peor resultaba el hecho de no ser correspondido. ¿Así se habría sentido ella por culpa de Noah?, ¿así se habría sentido Sarah? Era probable y, a pesar de tenerlo presente, procuró ignorarlo. No valía la pena estar con el alma en un hilo por situaciones que sanarían por sí mismas... un día.

El viento le dio de lleno en la cara, y los remordimientos huyeron junto a una canción de *metalcore* que sonaba en su reproductor, a todo volumen en los auriculares. Takehiko se quitó el casco y aumentó la velocidad. El cabello negro, que ahora le llegaba a las clavículas, fue movido por el aire de un lado a otro. Se sintió libre, sin embargo, un lamento brotó de sus labios, a la vez que las lágrimas le mojaron el rostro.

Era una situación ridícula, pensó; pero al menos nadie lo veía llorar, lo cual le pareció una ventaja.

«Alissa...».

Ella le dolía de una forma particular. Era como si una mano invisible le comprimiera el pecho hasta quitarle la respiración y las fuerzas, las ganas de continuar siendo quien siempre fue. Ella le hizo descubrir sentimientos, los cuales creyó inexistentes, que lo atormentaban.

«Alissa...».

No terminaba de entenderlo. ¿En qué minuto de su vida decidió amarla?, ¿por qué? Creyó que fue aquel día, con una mirada. Aun así, no se permitía a sí mismo admitirlo, y era eso lo que lo estaba matando. Fue eso lo que lo llevó a herirla con palabras y querer, al mismo tiempo, esconderla del sufrimiento.

Se odiaba por ser tan cobarde.

«Libérame».

¿Por qué ella no podía ver a través de su dolor?, ¿cómo era que no terminaba de darse cuenta que él estaba ahí? La realidad se había vuelto paradójica, como una obra de Shakespeare adaptada por Edgar Allan Poe. ¿En qué momento aceptó el papel de mártir? Deseó volver a ser el de antes: el Takehiko Sakurai al que nada le afectaba, el que a nada le temía; ese cruel y antipático ser humano que gustaba de verlos a todos por encima del hombro. El *caballero Corazón de Hielo*, ¿dónde estaba? ¿Cuándo se permitió a sí mismo cambiar?

Aunque, en ese instante, se dio cuenta de que vivía aparentando una cosa que no era.

«El pasado es como un *boomerang*, Hiko», retumbó dentro de su cabeza.

Akihiro siempre tuvo razón, admitió. A lo mejor ya era hora de hacer caso al consejo que le dio antes de marcharse a Japón. Tenía que portarse como un hombre y asumir las dificultades como tal.

CAPÍTULO 12

Alissa se vio un largo rato los brazos. Estaba buscando un rastro, una respuesta, algo que le dijera el verdadero motivo por el que trató de ponerle fin a su vida; mas no los halló. Cerró los ojos unos minutos, volvió a verlo, Christian le sonreía esperanzado; como diciéndole: «¡hey, todo está bien!», pero no lo estaba. La espesa melena castaña oscura había desaparecido entonces, sin embargo, él continuaba sonriendo. Ella llegó a preguntarse por qué; nunca lo supo.

Un par de lágrimas le mojaron las mejillas. Aquel recuerdo quemaba, era como una hoguera en su pecho que no conseguía apagar, y que solo la muerte detendría. Abrió los ojos de súbito; ahí estaba ese pensamiento otra vez, la intensa necesidad de morir.

«Pero no sería justo hacerlos pasar por algo como eso», recapacitó.

Se mordió el labio. ¿Y qué si no? Pero incluso ese pensamiento era despreciable. Desde lo de Christian, se dijo, se había vuelto una mala persona; una egoísta que solo pensaba en sí misma. Regresó la mirada hacia las heridas cubiertas por vendas blancas y sonrió pesarosa.

«Solo los cobardes tratan de acabar con sus vidas». El eco de la voz de Takehiko le llenó la cabeza, como un reproche que le hizo querer volver a llorar. Se contuvo. «¿Crees que eres la única, en este mundo, que sufre? Pues, te tengo noticias: ¡no lo eres y nunca lo serás!», le dijo aquel día. Alissa recordó haber creído ver amargura en sus ojos, una similar a la suya. Quiso saber el porqué, ¿sería por Sarah?

Negó. Él no la quería, lo sabía porque Sarah solía contrale lo malo que fue con ella durante el tiempo que estuvieron juntos. Aunque Sarah solía defenderlo diciendo que no era malo en realidad, sino que no la quería. «Él ama a alguien más», sollozó la primera vez que se vieron después de su regreso de Japón. Incluso durante aquella plática, ella tuvo la sensación de que Sarah quería decirle algo importante, como cuando Christian interrumpió su conversación en los sanitarios.

—No soy la única que sufre —murmuró—. No soy la única...

Se extravió en esa idea.

Alguien llamó a la puerta. Alissa se acomodó en la cama y se peinó los cabellos, después indicó al inesperado visitante que pasara. No se sorprendió al encontrarse con el rostro compasivo de Noah. Él le sonreía con dulzura, y tenía una pequeña caja de golosinas —adornada con un nudo mal hecho de

color violeta— en las manos. Alissa le devolvió el gesto, tímida, sintiéndose desnuda ante su mirada, y le indicó con la cabeza que pasara. Él ensanchó su sonrisa entonces y, como en la adolescencia, saltó para costarse junto a ella.

Se mantuvieron en silencio, viendo el techo. Alissa jugó con los dedos, sin embargo, Noah la detuvo. Ella frunció el ceño sin entender, él le guiñó un ojo y le dejó un pequeño bombón en la mano; también se llevó uno a la boca. Alissa lo imitó.

Carcajearon como un par de niños.

—Te ves bien, Alis—dijo. Calló unos instantes y, después de haber exhalado, continuó—: ¿Has considerado ser modelo? Como Hiko, o algo así, sabes.

Ella negó con un ligero movimiento de cabeza. Se sentó, Noah hizo lo mismo y se la quedó viendo. Alissa consideró que en el pasado eso le habría hecho feliz, pero ya no. Él no era Christian. Aun así, se sintió agradecida de que no la tratara como a una enferma mental. Él estaba siendo natural, actuando como si no hubiera pasado nada, eso le gustó.

—Soy demasiado..., hum..., tímida para eso. Además, no soy tan bonita.

Noah rio con suavidad.

—¿Cómo que no? A ver. Tienes una larga y lacia cabellera, hermosos ojos, sonrisa encantadora... Eres perfecta, ¿sabes?, aparte de amable y tierna. Como un panda.

Alissa frunció los labios, confundida.

—¿Un panda?

—Pues, sí, un panda. ¿No has visto esos videos en los que se los ve hacer tantas cosas adorables? A Julie y a mí nos encantan, ¿sabes?, nos parecen simpáticos. A todo el mundo le gustan los pandas, sabes.

—A todo el mundo...

—Lo que digo es que son taaan lindos y hacen esas cosas taaan fascinantes, y una vez que los has visto, te enamoras de ellos, ¿sabes? Es inevitable.

—In... Inevitable...

—Sí, y todos decimos, una vez que los vemos: «¡oh, me gustaría tener uno en casa!»; pero no podemos... porque son únicos y están protegidos, y eso, sabes. Aun así... Lo siento, estoy diciendo tonterías.

Alissa negó con una sonrisa en los labios.

—No, no. Creo que entiendo lo que dices, pero... pero si soy como un panda... —Se detuvo y pensó «¿por qué nunca te fijaste en mí?», sin

embargo, prefirió añadir—: ¿Eso quiere decir que estoy regordeta?

Ella soltó con terror una de las golosinas que estaba a punto de entrar en su boca. Noah carcajeó.

—Nooo, no, no, no, no. Aunque..., ¿eso importa? Para mí, no. Creo que la belleza es como un huevo: el caparazón cuenta, pero lo que realmente vale está en el interior, sabes.

—Entonces..., hum..., ¿soy como huevo?

Noah inhaló llevándose la mano al mentón.

—Como uno de Pascua. Esos son los más bonitos, ¿sabes?, porque son coloridos.

Alissa afirmó.

«Pero los huevos también son regordetes», se lamentó dentro de sí.

—Ya... ya entiendo.

Su voz se le antojó falsa y áspera. Esperó que Noah no se percatara de ello, del hecho de fingir estar bien cuando en verdad deseaba morir; cuando empezaba a acariciar la posibilidad, así como aquella noche.

—Sé que no viniste solo para decirme que soy... un huevo de Pascua —se atrevió a decir.

El silencio de nuevo se había apoderado de ellos.

Noah la miró a los ojos de repente, un largo rato; entrecerró los propios y exhaló con lentitud. Alissa se sintió confundida.

—Tienes razón, Alis, no vine solo por eso.

—¿Y ...?

—La verdad es que vine a suplicarte que no vuelvas a hacerlo, Alis, por favor. Chris no lo querría así, sabes, ¿y qué hay de tu padre o Emily? Piensa que muchas personas sufrirían si tú te vas. Sé que la idea de encontrar la paz en la muerte es tentadora, sabes. Pero ¿vale la pena?, no lo creo, porque te privarías a ti misma de las cosas hermosas que...

—¿Cu-cuáles?

—Muchas. Como un sencillo amanecer, ¿tienes idea de lo que muchos darían por algo así? Mis padres, por ejemplo. Mamá los amaba, ¿sabes?, le gustaban tanto..., y a mi padre le encantaba verla sonreír mientras tomaba un lienzo, acuarelas y pinceles, y hacía su magia. Tú has visto sus pinturas, las que me quedaron después de... Y Chris. Él era casi, casi, caaasi tan insoportable como Hiko, pero yo podía ver las ganas de ser feliz que tenía. Pienso que si alguien le ofreciera la oportunidad de vivir, no la rechazaría; y créeme, él sí que estaba en el derecho de acabar con el sufrimiento, pero

eligió luchar hasta el final.

—Pe-pero todo lo que quiero es...

—Ir con Chris, ya lo sé. ¿Crees que yo no lo pensé cuando mis padres murieron? Yo te entiendo, Alis. Pero esa no es la solución.

»Por otro lado, hay personas interesadas en ti, personas que sufrirían si tú te vas así, de esa forma, sin... sin pensar en nosotros, sabes.

Alissa soltó el aire por la nariz con pesadez.

—¿Có... cómo quiénes? Emily estaría mejor si ya no estoy, ta...

—¿En serio? Por supuesto que no. Además, ¿qué hay de tu padre? A él le dolería más que a nadie. Luego está el resto: Sarah, Isabel. Dylan y Tyler. Todos nuestros amigos. ¿Crees que ellos no sufrirán si te mueres?, ¿y qué hay de mí, eh?

—Ustedes...

—Sí, nosotros. Y Hiko también, aunque no lo parezca.

—¿Takehiko? No, él me odia por ser una sui-sui-suicida.

Noah emitió un suspiro.

—Claro que no. Hiko es un amargado de mierda, ¿sabes?, un egocéntrico que se cree el centro del puto mundo; pero no es mala persona. Y no te odia, Alis. Es solo que a veces no sabe expresar lo que siente. —Noah frunció los labios y permaneció pensativo un rato, después continuó—: Él tiene esa falsa idea de que debe ser duro, cruel..., un indiferente con cara de vieja con hemorroides, por ser asiático o algo así. «¡Honor, idiota, honor!», me dice siempre con su mejor cara de mafioso sanguinario, luego se pone triste y agrega algo como: «el honorable honor de un Sakurai».

Alissa ladeó la cabeza.

—¿Ah?

Noah carcajeó débilmente y dijo:

—¡Anda tú a saber qué significa eso! Yo aún no lo entiendo; aunque es por su padre, creo, y esa extraña relación que tienen desde lo de su hermano.

—¿S-su hermano?

Noah tomó aire por la boca, lo soltó y se lamió los labios. En seguida, entrelazó los dedos debajo de su barbilla y respondió con seriedad:

—Bueno..., a Hiko no le gusta hablar del tema, pero... creo que sería bueno para ti saberlo. Verás, de niños él y su hermano eran unidos. Akihiro era muy bueno con Hiko, ¿sabes?, lo cuidaba de cualquier cosa. Si Hiko lloraba, ahí estaba Akihiro; si reía, ahí estaba Akihiro..., pero también había cierta rivalidad entre los dos porque su padre..., ¿cómo decirlo?..., era

estricto, aunque solo con Hiko. Lo trataba muy mal por «no ser digno», o algo así, sabes.

—¿Y..., qué pasó?

—Pues, que un día hubo un accidente en el que Akihiro resultó herido, estuvo a punto de morir, ¿sabes? De hecho no le daban esperanzas a la familia. Pero sobrevivió, fue un milagro; lo que no sirvió de nada, si me lo preguntas, porque Hiko se volvió diferente: frío, arisco, cruel..., pero solo en apariencia. Lo hace porque se culpa por lo que pasó y, también, porque su padre se lo echaba en cara siempre que podía. «¡Casi matas a tu hermano!», le dijo más de una vez, ¿sabes? Yo mismo vi llorar a Takehiko por lo de su hermano en tantas oportunidades que... Bueno, lo que digo es que él...

—Des-desprecia a los que no respetan sus propias vidas, así como yo.

—Sí, pero no es nada personal, sabes. Él solo está muy liado por dentro. En fin..., no me hagas caso, el hecho es que Hiko jamás podría odiarte.

Alicia asintió con lentitud.

«No me odia», pensó.

Ese pequeño detalle le proporcionó algo de paz, pero una pena profunda se apoderó de ella al instante, cuando vio en su memoria los ojos vacíos de Takehiko Sakurai.

«Pero, al igual que yo..., él está sufriendo».

El sol asomó sus rayos. Alicia había perdido la noción del tiempo, y no alcanzó a entender en qué instante amaneció. Vio el reloj en la pared, eran poco más de las siete; tenía que ir al despacho de Karel Laforet, el abogado de Christian, para la lectura de su testamento, y su presencia resultaba indispensable. Eso, aquel hombre de voz monótona, se lo había dejado más que claro.

«Postergaré la lectura las veces que sean necesarias», enfatizó.

Una duda le asaltó de momento: ¿qué podría haber dejado Christian que ella no supiera, si los cambios requeridos los hizo un mes antes de su muerte, según tenía entendido? Dudó preguntándose qué otras cosas podría haberle ocultado. ¿Una doble vida?, ¿un hijo con Debra...? Apretó la mano formando un puño y se enterró las uñas en la palma. No, nada de eso, Christian no era de ese tipo de hombres.

«¿Y de cuál era?», se preguntó con la mirada fija en una fotografía de la

infancia en la que salían juntos. La que estaba sobre la cómoda y a un costado del espejo, junto a su cama. Tenían ocho años en ese momento y en sus ojos ya se evidenciaba la melancolía; pero en los de Christian, consideró, había otra cosa. Siempre fue de esa forma, mas ella no lo supo hasta que él se lo expresó con palabras.

«Porque te amo», le dijo aquella vez, tomándola con delicadeza del mentón y, después de mirarle a los ojos tan solo unos segundos, la besó.

Se llevó los dedos a los labios. El calor de los de Christian aún estaba presente, recordándole lo que nunca tendrían, lo que el cáncer les arrebató sin piedad. Pero no importaba, se dijo mientras entraba al cuarto de baño, nada le devolvería la vida.

El agua tibia le mojó la piel; Alissa suspiró de placer cuando la sintió llevarse lejos el dolor. Era un pensamiento infantil, quizás, pero le hacía sentir de ese modo. Y libre. Cerró los ojos; los recuerdos le llenaron la mente.

«El dolor es como una droga —repetió dentro de sí—. Cuando te haces adicto, no puedes escapar..., por mucho que lo quieras. Por mucho que entiendas el daño que te hace».

Suspiró con pesadez. La pequeña hoja de afeitar de nuevo danzaba entre sus dedos.

«Hola, mi vieja amiga».

Hizo un corte sobre otro que ya había sanado. Uno más, otro, otro, y otro... Pequeños, discretos. Y, con todo, la sangre coloreó ligeramente el agua. El dolor se había convertido en una necesidad; en un contradictorio placer que se llevaba consigo el otro dolor.

«Das asco».

Presionó el filo contra la palma de su mano.

«Te odio».

E hizo una herida.

«¿Por qué continúas respirando?».

Lloró tragándose los gritos que se le acumulaban en la garganta. Nadie podía enterarse, nadie podía saber que, incluso después de haber estado hospitalizada al borde de la muerte, ella seguía haciéndolo; nadie podía ver la macabra obra de arte en la que había convertido su piel; nadie podía verla desnuda, ni siquiera su hermana o el doctor al que solía ir. Nadie, nunca, ni aunque estuviera a punto de morir..., otra vez.

Se golpeó repetidas veces en el abdomen, frenética, insultándose a sí misma entre dientes.

«¡Muere, muere, muere!».

Se jaló el cabello, chilló tan bajo como pudo. Tenía un pequeño mechón en la mano. Se sintió complacida. Estaba castigando al monstruo.

«No supliques más, solo muere, maldito cerdo. ¡Muere!».

Salió del baño envuelta en una toalla. El corazón le palpité con furia cuando se encontró con Emily sentada en el borde de su cama.

—Sangras.

La voz de su hermana se le antojó uniforme, como si no poseyera ninguna emoción. Pero ella era así: serena, distante, igual que David.

—E-e-e-es que me...

—Lo he oído todo —prosiguió sin permitirle dar una excusa—, no tienes por qué mentirme.

—Yo...

—¡Por favor, detente!

Alissa estuvo segura de que el grito de su hermana resonó en toda la casa, sin embargo, eso no fue lo que le impresionó, sino verla llorar como cuando eran pequeñas y Lunares, el perro de la familia, murió. De eso ya hacía nueve años, desde ese día no la vio derramar una sola lágrima nunca más.

Desde ese día, Emily, se negó a tener una nueva mascota.

De camino al despacho del señor Laforet, Alissa evitó toda clase de conversación con su familia, quienes habían insistido en acompañarla para evitar que intentara alguna cosa peor, como lanzarse a los rieles del tren. No tenía nada en contra de ninguno de ellos, pero sentía vergüenza por su intento de suicidio; aún más, no podía ver a Emily a la cara sin recordar sus lágrimas y la súplica que las acompañaron. No quería verse reflejada en sus ojos, no quería que ella advirtiera sus verdaderas intenciones ni, mucho menos, continuarla lastimando.

No fue difícil mantener el silencio, a pesar de que David quería hablarle y se esforzaba en llamar su atención. Alissa recordó sus palabras con tristeza, las que le dijo después de haberse calmado y entendido lo cerca que ella estuvo de morir: «Ya sepulté a tu madre, y al hijo de mi mejor amigo. Ya he perdido a demasiados seres amados, no quiero perderte a ti también». Se sorprendió de que su abrazo le ardiera en el alma; pero era así con todo.

Ellos le dolían demasiado, admitió, todo dolía más de lo que creyó poder

soportar. Nada tenía sentido. David la llamó un par de veces, mas ella no respondió; no deseaba hablar, solo desaparecer para siempre, esfumarse como la bruma y ser un recuerdo en las vidas de aquellos que decían apreciarla.

Pero no podía.

Al entrar a la oficina del señor Laforet, Alissa vio con suma sorpresa los rostros de sus amigos de la escuela. Estaban todos conversando sobre cualquier cosa, junto al abogado, esperándola. Incluso Takehiko se encontraba sentado, con las piernas cruzadas, perdido en la brillante pantalla de su *smartphone*. Él elevó la vista para fijarla en ella, Alissa sintió una ola de calor golpearle el cuerpo de momento al recordar las palabras que le dijo en la clínica. Su rabia, la impotencia; el brillo en sus ojos que confundió con odio.

Tragó con dificultad su propia saliva cuando él, inclinando la cabeza, le saludó. Correspondió, rígida, sin saber cómo reaccionar o qué hacer. Pensó en acercarse para estrecharle la mano, sin embargo, él volvió a lo suyo, y el abogado interrumpió sus pensamientos al carraspear.

El señor Laforet sonrió. Alissa le regresó el gesto.

Era un hombre de ojos oscuros, nariz aguileña, cabello canoso y piel clara. Bastante común, no obstante, lo que más le hacía resaltar era la enorme cicatriz que le cruzaba el párpado derecho, casi extendiéndose hasta los labios. Por alguna razón, su peinado hizo que Alissa pensara en el espantapájaros del cuento que tanto le gustaba de niña. La imagen se dibujó dentro de su cabeza: lo imaginó vestido como un vagabundo, y rio muy bajo ante la idea. El señor Laforet no era un hombre feo ni mucho menos desaliñado, pero ella no pudo evitarlo.

—Esperábamos por usted, señorita Collins —dijo el abogado con pesadez.

Le indicó que tomara asiento frente a él. Ella obedeció jugueteando con los dedos dentro del abrigo.

—Pe-pe-pe-perdón, señor Laforet...

—Karel, por favor —corrigió echándole un vistazo a los papeles que tenía en la mano—. Y no te preocupes, Alissa. Puedo tutearte, ¿verdad? ¿Sí?, ¡maravilloso! Bueno, como decía, no debes preocuparte. Entiendo el proceso por el que estás pasando y, además, Christian me dijo alguna vez que debía tenerte paciencia.

Alissa se ruborizó con violencia. Asintió en silencio.

—Te preguntarás qué haces en mi oficina, ¿verdad? Es decir, Christian ya

hizo los trámites necesarios para que todos sus bienes fueran tuyos: desde sus posesiones más insignificantes, como el auto o las joyas de su difunta abuela; hasta las más valiosas, como su colección de fotografías familiares, en las que apareces tú por supuesto. Y todos los detalles que alguna vez le diste; también el suéter que le tejió su, ya mencionada, abuela; y otras cosas importantes. Te preguntarás, asimismo, por qué están tus amigos aquí. Corrígeme si me equivoco.

—Co... correcto.

—Eso es sencillo: forma parte de la última voluntad de Christian Stephan Dunne. Verás, tan pronto como supo que lo de su enfermedad era irreversible, él...

Takehiko se estremeció apenas la oyó hablar. La voz de Alissa, que siempre fue como una caricia al oído, le apreció diferente, cargada de algo que no sabía reconocer. Tal vez desánimo mezclado con otra cosa. La vio durante un momento: ella buscaba algo en el cielo que lograba apreciarse a través de la ventana. Estaba más delgada, tanto que parecía una frágil figurilla de cristal que podía romperse con el soplo del viento; tenía, además, los ojos enrojecidos por el llanto, y la mandíbula le temblaba. Takehiko se dio cuenta de que estaba tratando de esconder algo, mas no supo qué.

Alissa se llevó la mano al cabello para soltarse la cola de caballo con la cual llegó al lugar; él frunció el ceño apenas distinguió las marcas de su intento de suicidio. Aunque estaban sanando, dejarían cicatrices. Agudizó la vista: había otras, unas nuevas que todavía sangraban.

«Ella no puede... ¡No de nuevo!», pensó.

La furia lo invadió. Sintió la necesidad de jalarla del brazo para sacarla de ahí, de gritarle sus verdades en la cara y de abrazarla inmediatamente, diciéndole que podía contar con él. Pero, lejos de hacer eso, volvió a concentrarse en el aparato que vibraba entre sus manos debido a un mensaje de texto entrante de Jun, su mánager; y fingió no estar escuchando lo que el señor Laforet parloteaba sin cesar.

Pero sí lo estaba haciendo.

Hablaba de la última voluntad de Christian Dunne. De una casa de campo en un pueblo del que Takehiko nunca había oído nada, de una carta y de recordar los viejos tiempos: cuando eran amigos inseparables. Sin embargo, él no había sido amigo inseparable de nadie, se dijo, excepto de Noah. Tal

vez su nombre estaba en el testamento por error. Por otro lado, tenía el dinero suficiente para comprarse lo que le viniera en gana, pero Christian —según Karel Laforet— le había dejado algo que el dinero no podía comprar. Eso, aunque le causó curiosidad, también le hizo soltar una discreta risita burlona.

«No sé qué demonios hago en este lugar si Christian y yo no nos soportábamos», insistió para sí mismo. «Creo que el único momento que compartimos..., como lo que fuera que llegamos a ser..., fue cuando se acercó para saber...».

Gritó en su mente un enorme grupo de maldiciones. Ya sabía por qué lo habían citado.

Al fin empezaba a entender qué era eso que el dinero no podía darle.

—Y esas son las condiciones —finalizó el abogado.

Alissa parpadeó sin entender lo que le decía. Se había extraviado en medio de sus pensamientos.

—¿Y qué pasa si me niego? —preguntó Takehiko consiguiendo que todas las miradas se posaran en él—. Perdóneme, pero no entiendo. ¿Por qué se supone que debo pasar cuatro semanas encerrado en quién sabe qué lugar para que Collins pueda obtener una maldita carta? ¡Una carta, por favor! Es absurdo.

Alissa lo vio asombrada. Tenía los ojos abiertos como platos y el labio inferior le temblaba. Una gruesa gota de sudor le recorrió la sien. ¿Qué era todo ese alboroto? Necesitaba entender qué ocurría, sin embargo, nadie parecía estar dispuesto a darle una explicación.

Los murmullos subieron de intensidad. Alissa pudo ver el desconcierto en los rostros de sus amigos, excepto Takehiko, por supuesto; él estaba furioso.

—¿U-u-u-una carta?

Le pareció que su voz había salido como un murmullo parecido al quejido de un animal.

Takehiko, viéndola con rencor, guardó silencio. Alissa quiso lanzarse a sus pies para suplicarle que le respondiera, pero supo que eso habría sido inútil. Él era de ese tipo de hombres que no cambiaban de opinión.

—¿Q-q-q-q...? —Aspiró profundo, hasta calmarse, exhaló, y dijo—: ¿Qué carta?

Nadie dijo nada. Miró a Karel directo a los ojos, en espera de una

respuesta; él exhaló despreocupado, como si nada en el mundo pudiera perturbarlo. Se rascó la cabeza, tomó el testamento y se dispuso a leerlo por segunda vez. Alissa tragó con dificultad la saliva que sintió más espesa de lo común. Estaba desesperada, necesitaba una luz, una salida. Lo que fuera. Algo que le hiciera entender lo miserable de su existencia y los planes ocultos de Christian que recién se descubrían.

—Básicamente, Alissa —dijo. Su voz era monótona y cansina—, la última voluntad de Christian es que te quedes con una casa de campo que está como a cinco horas de viaje desde aquí. Ya la he visto, es la que le dejó su difunta abuela, es preciosa te lo aseguro. Sin embargo, hay una condición: que tus viejos amigos y tú convivan en ella por al menos cuatro meses..., digo, semanas. ¡Semanas!, qué cabeza la mía, perdona.

—N-n-n-no entiendo, ¿por qué Chris haría algo como eso? No tiene sentido, señor La... Laforet.

Él bostezó.

Alissa frunció el ceño y vio a su alrededor buscando sonrisas burlonas en los rostros de sus amigos, mas no las halló. Solo se encontró con la duda en los ojos de Sarah. Ella veía a Takehiko, pero ¿por qué a él? Le pareció que estaba a punto de llorar.

«No es una broma —se dijo— no es una broma. Ellos no están riendo».

—Karel. Pues si tiene sentido o no, es la última voluntad de mi cliente y única forma en la que podrás obtener la carta que escribió para ti cuatro meses antes de morir. Claro, sin contar el hecho de que ha dejado como obsequio algo para cada uno de sus viejos compañeros. No obstante, todo depende de la buena disposición de tus... ¿amigos? Si aceptan, estaremos partiendo para allá tan pronto como inicien las vacaciones de Navidad, es decir..., dentro de dos meses, más o menos.

—¿Estaremos? —preguntó Noah, receloso—, ¿cómo que «estaremos»? No entiendo, sabes.

—Debo asegurarme de que no hagan trampa, señor Green. Véanlo por el lado amable: cada uno de ustedes podrá llevar uno o dos acompañantes: pareja, familiares..., qué sé yo. Y podrán revivir los viejos tiempos. Será divertido, ¡a que sí!

Alissa siguió sin entender. ¿A qué estaba jugando su difunto novio para hacer una locura como esa? Tenía que negarse; no podía someter a sus amigos a tal cosa. Pero si renunciaba, ¿cómo conseguirá la carta? Necesitaba saber qué decía. Eran las últimas palabras de su amado, tenía que ser suya.

Vio por el rabillo del ojo cómo sus amigos se juntaban para discutir la situación. Todos susurraban cosas; excepto Takehiko, por supuesto, quien continuaba fulminándola con esos ojos que parecían verse purpúreos bajo la luz artificial. Sintió miedo e incluso culpa. A leguas podía verse que la situación le desagradaba, que ella le incomodaba, y que por su causa tendría que hacer algo que no quería para no obtener nada que pudiera considerar valioso a cambio.

—¡Iremos! —chilló Isabel— Todos iremos. Una amiga nos necesita y es nuestra responsabilidad ayudarla, ¿verdad, Ta-ke-hi-ko? Así como aquel día, cuando fuiste taaaan amable y taaaan caballero, y te ofreciste a llevar a Alisal automóvil, ¿te acuerdas? Sí, sí, sí..., cuando después de túúúú sabes quééééé, la...

—¡Iré, Lawler! Iré, pero ya cierra esa estúpida boca —gruñó él, y giró el rostro hacia la ventana.

Alissa arrugó el entrecejo confundida. Buscó la mirada de Takehiko, mas él la escondió de la suya. Por un instante, creyó ver temor en su rostro; pero eso era absurdo, se dijo, él no lo sentía. Takehiko Sakurai era duro, tan fuerte como ella no lo sería jamás.

—¿D-d-d-de qué hab...?

Las palabras murieron en su boca cuando Takehiko abandonó el despacho del señor Laforet dando un portazo, yéndose vuelto una furia.

Isabel se limitó a sonreír.

—¡Oh! —Karel suspiró desplegando una hoja de papel—. Ni siquiera esperó que llegara la mejor parte. Bueno, tenderé que explicarles solo a ustedes, ¿qué le vamos a hacer? Cito: «Queridos amigos:

Si mi abogado está leyendo estas líneas, quiere decir que no lo logré. La verdad, sabía que este día iba a llegar. Muchos mueren a diario gracias al cáncer, ¿qué evitaría que yo lo hiciera? Es el destino maldito que llevamos como un tatuaje en la frente, que nos enjaula como pájaros y, cuando creemos poder volar, nos sorprende con la desgracia. Aunque, bueno, Noah me dio hace mucho tiempo una importante lección sobre eso del destino, por lo cual me esforcé en luchar; pero el final no fue el esperado. Al menos lo intenté. No me rendí incluso cuando las probabilidades de sobrevivir fueran nulas; así que... si me recuerdan, háganlo de esa forma: como alguien valiente que luchó hasta el final, por sí mismo, por las personas que amaba, por sus amigos...

»Ahora mismo, mientras le dicto mis últimas palabras a Karel, puedo

imaginar sus rostros, en especial el tuyo, Alis. Debes de estar conteniendo el llanto, y no sabes lo mucho que me hiere no poder consolarte.

»Sé que han de estarse preguntando por qué alguien como yo haría una cosa tan... digna de Noah como lo es esta (amigo, no te ofendas ni te enojas con un muerto, pero eres un idiota. Y esta es una idiotez digna de ti, lo sabes; yo lo sé, todos lo sabemos. No tiene caso negarlo). Ni siquiera yo tengo la respuesta. Lo único que puedo decirles es que los necesito: necesito de su ayuda para lograr mi propósito. Perdonen si nos les digo cuál, pero eso arruinaría la sorpresa...

El señor Laforet hizo una larga pausa, vio durante un momento al grupo de personas que estaban en su despacho; se aclaró la garganta y continuó:

—«Solo quiero pedirles que cuiden de Alissa durante estas semana y que traigan a sus memorias la época en la que éramos adolescentes y nada nos importaba más que lograr nuestras metas. En la que Noah era el dolor de cabeza de todos los profesores; Sarah siempre sonreía y discutía con Isabel por cosas tan absurdas como un par de tacones o la ensalada, y aun así... siempre estaban una para la otra. Incluso acuérdense cuando Takehiko el chico nuevo, *cool*, que nunca sonreía; pero que cuando estaba junto a su mejor amigo, él... se transformaba por completo y nos acompañaba en cada locura que hacíamos, aunque eso le trajera problemas en su casa, con su padre...

»Sobre eso. Todavía tengo presente nuestra plática, Hiko. Permíteme llamarte así, aunque sea un minuto. En aquel momento no entendía el porqué de tu actitud; pero ahora, estando cerca de mi muerte, puedo verlo. Recién logro entender esos motivos. Siempre creí que eras un ser humano despreciable que no sabía valorar la amistad de quienes lo querían. Me equivoqué, hoy lo sé.

»Sebastian, tú deseabas formar parte de algo que hallaste en nosotros. ¿Ya has descubierto cómo se siente el amor? Puedo imaginar que tiene aroma de flores y caderas de mujer. Siempre es así. Aunque la tuya, chico raro, tiene unos encantadores ojos azules, ¡ya lo creo!

»Dylan y Tyler, ¿qué pasó con sus sueños? ¡Ánimo, aún hay tiempo!, la vida es hermosa y tan corta, no hay tiempo para desperdiciar, no hay tiempo para ser vagos o tímidos. La vida es demasiado corta como para no creer en el amor o como para dejarse intimidar por ser demasiado altos o delgados; para pensar en el qué dirán. La vida es demasiado hermosa como para desperdiciarla, no lo olviden.

»Raúl, sigues siendo impulsivo e insoportable. No entiendo una palabra de lo que dices la mayoría del tiempo ni qué es un “chamo”, “pana” o a qué sabe una “arepa”; pero admiro el que conserves íntegro tu espíritu. Eres y serás siempre el mejor de los amigos. Nunca pensé llegar a decirlo, sin embargo, eres el hermano que siempre deseé. Creo que puedo comparar nuestra relación con la de Takehiko y Noah. Me habría gustado que fuera eterna.

»Y tú, mi querida Debra. Ay, Debra... Esto es difícil para mí, sé que también para ti. Solo puedo decirte una palabra: gracias. Gracias por todo, sigue adelante. Continúa siendo tú, sé feliz, muy feliz».

El silencio se hizo presente. Por algún motivo ninguno pudo contener el llanto. Christian siempre había sido directo, tranquilo y reservado; pero en aquel corto escrito dejó plasmado más de lo que dijo en su vida. Christian los apreciaba más de lo que llegó a demostrar, incluso a Takehiko, lo cual era admirable. No hubo más dudas en ellos.

A pesar de todo, Alissa no estaba segura. Una voz interior le gritó que nada saldría como lo esperaba y que, más que tener respuestas, abandonaría la casa de campo con un millón de dudas que nadie respondería.

IV
EL DILEMA DE TAKEHIKO
SAKURAI

El que sacrifica a sí mismo nunca yerra.
Edward Bulwer Lytton.

CAPÍTULO 13

Takehiko se perdió en medio de sus pensamientos, que se le antojaron tormentosos, con la vista puesta en el cielo. Estaba azul y despejado, sin embargo, el suelo se hallaba cubierto en gran parte de nieve, y hacía frío. Era noviembre apenas, pero ya podía sentirse al invierno llegar. Takehiko casi había olvidado que en las zonas de norte de Canadá era así la mayoría del tiempo.

Suspiró tan pronto como oyó las risas de los niños que jugaban en los columpios. Desde hacía tiempo solo iba a parques infantiles cuando quería dejar de pensar en Alissa, pero el problema era que terminaba recordándola con más fuerza, deseando más que nunca poder estar a su lado y tener hijos con ella, niños como esos que reían por cualquier cosa en ese instante. Permaneció en silencio, con los labios apretados, pensando en lo sucedido días atrás. Le pareció demasiado lejano.

Cerró los ojos, se preguntó por qué continuaba en Lago Púrpura. La pena en el rostro de Naori le volvió a la mente como un rayo, recordándole el verdadero motivo: ella, y las palabras que le dijo cuando lo vio ordenando sus maletas: «quédate un poco más, por favor». Solo eso bastó para hacerle desistir pensando: «una semana», no obstante, de eso ya hacían varios meses. Más de los que se debió haber permitido.

Últimamente los momentos de introspección se estaban volviendo frecuentes, pero no le pareció inusual. Solo se trataba de un viejo hábito que regresaba después de años y años. Soltó una risita burlona, y regresó la mirada al frente. Los niños ya no estaban, en su lugar se encontraban juegos infantiles y algunos árboles, la nieve..., el silencio y la soledad. Aquello también se había vuelto habitual. Aunque ¿no fue así toda la vida? Tuvo que reconocerlo: sí.

Pero hacerlo dolió.

Quisiera admitirlo o no, él también tenía un corazón, uno sensible, que amaba y sufría. Alguien tomó asiento a su lado, Takehiko no le puso atención; continuó viendo hacia el frente. Nada, todo. Pensando. No obstante, el peso de la insistente mirada de su silencioso acompañante le hizo girar el rostro hacia la derecha; se sorprendió de ver al abogado de Christian, sonriéndole.

Bufó. Se cruzó de brazos, considerando el auge de su mala suerte, y lo vio a los ojos. La sonrisa en el rostro de Karel se ensanchó.

—Señor Sakurai —dijo—, pero qué agradable sorpresa.

A Takehiko su voz se le antojó falsa y carente de emociones, además de fastidiosa por su acento francés. Consideró no responderle, ponerse de pie y abandonar el parque con la más arrogante de sus actitudes; pero eso habría sido vulgar. Un insulto a sus raíces, una nueva vergüenza para la familia.

—Señor Laforet.

El abogado suspiró.

—Karel, por favor.

Silencio. Takehiko no respondió. El abogado inhaló y exhaló, arqueó una ceja y ladeó la cabeza.

—¿Y..., dime, qué harás? —preguntó.

—¿A qué se refiere?

—Alissa..., Christian..., su última voluntad...

—¿Y a mí qué? Esa mujer...

El abogado rio en un tono bajo, suave. Casi añorado.

—¡Ah!, ya veo. Supongo que no es tan amiga tuya como mi cliente me dijo. Lástima, según entiendo, las personas que padecen de bulimia necesitan a sus amigos más cerca que nunca, supongo que entiendes, para poder...

—¿Bulimia? —interrumpió viéndolo a la cara. Karel asintió tranquilo y él continuó—: ¿Cómo que bulimia?

—Takehiko..., ¿cómo decirlo? Cuando empiezas a comer en grandes cantidades solo para vomitarlo después..., bueno, pues..., sufres de bulimia. Aunque, la verdad, no estoy familiarizado con los síntomas; repito lo que David me dijo hace unos días. —Karel chasqueó la lengua varias veces, después dijo con cierta burla—: Pobre hombre, está angustiadísimo, yo también lo estaría si...

—¡No juegues conmigo, Karel!, ¿qué mierda tiene Alissa?

—Creí que esa mujer...

—¡Respóndeme, maldita sea!

—Sabes —prosiguió el abogado usando ese timbre latoso que lo caracterizaba—, Christian temía que algo parecido sucediera. ¿Cómo decirlo? Pues, bueno, imagino que diciéndolo, ¿no? Alissa nunca presentó signos de padecer ningún trastorno; pero siempre fue bastante insegura y solitaria. A veces dependiente y con tendencias depresivas. Eso, por supuesto, cambió en los últimos años. Aunque igual Christian tenía miedo de que después de su muerte ella se echara al abandono. Por ello, estando al tanto de lo irreversible de su enfermedad, me pidió ayuda. Su idea era reunirlos a todos en otras

condiciones, en otras circunstancias. Él quería celebrar la vida y recordar los viejos tiempos, imagino. Sin embargo, con lo apremiante de la situación, ideó lo de la casa de campo, pero él sabía que tú no ibas a acceder con tanta facilidad. Lo tenía todo previsto. Así que me pidió que, llegado el momento, te dijera solo tres palabras: ella te necesita.

»Y ahora que he cumplido, puedo continuar mi vida con la conciencia tranquila. *Sayōnara*^[5], señor Sakurai.

Takehiko se paralizó al escuchar sus últimas palabras. No podía ser posible, ¿por qué Christian le habría enviado a decir que Alissa lo necesitaba? Le pareció absurdo, sobre todo cuando se acordó de su última conversación con él. Christian no podía. Él sabía que Alissa era su perdición, el cielo que le estaba prohibido, el amor que no tendría en esa ni otra vida.

El abogado siguió su camino ignorándolo, no haciendo caso al pequeño temblor que se había apoderado de su mandíbula. Takehiko quiso detenerlo, gritarle, decir algo, pero no pudo. Estaba demasiado impresionado como para conseguir mover un solo dedo.

Karel volteó para verlo un instante. Takehiko continuaba sentado en el banco de madera.

—¡Dime, Takehiko Sakurai! —exclamó llamando su atención—, ¿qué harás? ¡El tiempo corre! *Tictac, tictac...* Si te decides, si aceptas darle una mano a tu amiga, te estaremos esperando en mi despacho. Trae ropa cómoda y abrigos, ¡este será un invierno bastante frío!

Karel se fue dejándole solo, con un sabor amargo en la boca y un vacío estomacal que desde hacía mucho no sentía.

Takehiko soltó un chillido ahogado.

«Más extraño que la ficción», pensó.

Y lo decidió: ayudaría a Alissa tanto como le fuera posible.

Lo primero que vio al entrar en la habitación fue a Jun, su mánager, sentado con las y con rodillas juntas, revisando algo en su propio computador portátil. Se sorprendió de encontrarlo en la casa de sus padres, supuso que Naori lo había dejado entrar. Decidió ignorarlo. No estaba de humor como para recibir reproches o noticias de trabajo. Tenía algunas maletas que hacer y una vida que poner en orden. Lo que fuera que quisiera decirle tendría que esperar hasta que terminara o estuviera más calmado, lo que sucediera

primero.

Sin embargo, Jun habló antes de que él hiciera cualquier movimiento, sin dejar de teclear en su *laptop*.

—Genji-*sama*^[6] ha estado preguntando por ti.

Takehiko resopló incomodo. El sencillo hecho de escuchar ese nombre le molestaba. Era repulsivo, a su parecer y, además, aquel hombre no merecía el respeto que Jun le manifestaba. El honorífico, se dijo, salía sobrando. Con todo, podía llegar a decirse que Yamaguchi Genji era su dueño, de modo que no le convenía evitar el tema.

—¿Y...?

—Exige que regreses a Japón. Empezará a producir una serie para adolescentes, o eso entendí, te quiere en ella.

—¿Y quién se cree esa serpiente asquerosa para exigirme nada? No pienso irme todavía. Tengo un asunto pendiente. Aparte, ¿no eres tú mi *mánager*? Haz tu trabajo.

Jun elevó el rostro para verlo; sus pequeños ojos marrones se lo estaban diciendo todo: «hazme caso», Takehiko le sostuvo la mirada desafiante. Él, en ese momento, rodó los ojos y preguntó severo:

—¿Collins Alissa? —Takehiko permaneció en silencio—. Como sea, soy tu *mánager*, y creo que he hecho mi trabajo de maravilla. La cosa es que Genji-*sama* ha preguntado por ti (de hecho llamó hace un momento). Quedó muy contento contigo después de tu último trabajo, tu índice de popularidad se disparó y, aunque Ichigo lo está haciendo bien, los fanáticos te quieren de regreso en la banda. Pero Genji-*sama* desea algo más de ti, dice que tienes demasiado potencial como para desperdiciarlo en una banda de rock. Él quiere llevarte a lo más alto, eso es un logro. Sabes bien que jamás hace esas cosas. —Jun bostezó mientras se peinaba los lisos cabellos castaños—. Además ha estado diciendo algo sobre un proyecto, una serie televisiva. Es algo así como una nueva versión de *La Bella y la Bestia*, pero para adolescentes, como te dije. La protagonista no es la típica damisela sumisa y encantadora, para nada, es más bien... rebelde y masculina, pero de buen corazón. Bella y Bestia se enamoran y... todas esas patrañas que hacen dinero.

Takehiko sonrió. La idea era buena. Jun tenía razón, vendía, pero a él no le importaba.

—¿Y tiene nombre? Digo, el proyecto del viejo lunático.

Jun se lo pensó un minuto.

—La valiente Bella y el príncipe Bestia.

—No es tan ingenioso, pero sí lucrativo, como todo lo que Genji produce —contestó sacando ropa del armario—. Aun así, dile que se busque a otro. No voy a volver a Japón por ahora.

—¡Pero Takehiko! Yamaguchi no acepta un «no» como respuesta. Además, Ishida Mitsuko y tú compartirán roles protagónicos. Deberías considerarlo, es talentosa y, creo que te habrás enterado, en Japón se los ha vinculado..., como pareja..., desde que trabajaron juntos en la adaptación televisiva de La Princesa Conejo. Los diarios de farándula los alaban, Takehiko. Incluso en portales internacionales, como *Yumeki Magazine*, se habla sobre ustedes. «La pareja del momento», les dicen. Y a ti te llaman «el Príncipe Dragón», no solo Ryū; y «el joven talento más prometedor desde el retiro de Yokoyama Masao», te han comparado, incluso, con Kamijo^[7]. ¿Sabes lo que es eso?

Takehiko giró la cabeza para verlo solo un momento. Jun estaba al borde de un ataque de nervios, de modo que le sonrió para tranquilizarlo, su mánager lo imitó. Entonces Takehiko continuó escogiendo prendas de ropa, suspiró, y dijo:

—Lo sé, Jun, y me siento halagado, créeme. Ser comparado con Kamijo, después de lo de La Princesa Conejo, es fascinante..., pero no me interesa. Mi respuesta sigue siendo la misma: no.

—¡Maldita sea, Takehiko!, piensa que...

—Dije que no. Cuando salgas, por favor pídele a mi madre que llame a Akihiro —ordenó restándole importancia al tema de la conversación. Para él ya había finalizado—, que le diga que necesito verlo, aquí, hoy. Es urgente. Imagino que Yutaka vino contigo, búscalos, llámalo, lo que sea. Tengo un encargo para él.

Jun asintió silencioso y abandonó la habitación dándole un último vistazo a Takehiko, esperando que cambiara de opinión, mas no sucedió. Él ni se inquietó, continuó sacando ropa del armario y metiéndola de manera ordenada en las maletas. Así que, rindiéndose, Jun se fue directo a la cocina para hablar con Naori.

Takehiko se permitió exhalar con pesadez nada más al escuchar la puerta cerrarse; solo en ese momento se dejó caer sobre el colchón sin importar lo que estuviera en él. Cerró los ojos y maldijo entre dientes, frustrado, lleno de los sentimientos que se rehusaban a desvanecerse por completo. No tenía claro en su totalidad lo que haría; nada más fue consciente de que había

tomado una decisión precipitada, y necesaria, que con un poco de suerte terminaría con sus dificultades, con eso que sentía por Alissa Collins.

—No pude en años —susurró sentándose—, ¿qué me hace creer que será distinto ahora?

«¿Orgullo?».

Dudó. Cuando se trataba de ella, no lo tenía.

«Tal vez...».

—Das vergüenza, Takehiko.

Volvió a lo que estaba haciendo. Cuatro semanas era bastante tiempo, uno que otros en su lugar no resistirían. No obstante, y para su fortuna, el tenía una fuerza de voluntad inquebrantable. Trató de consolarse con esa idea.

«Y entonces, el adiós».

Con todo, algo le dijo que era una nueva mentira. No podría despedirse aunque lo quisiera con cada fibra de su ser. Lo sabía, lo presentía, y lo ignoraba con toda la intención del mundo, se le hacía mejor de ese modo.

Aquello era incoherente, humillante. Ya podía imaginar a su hermano mayor riéndose en su cara, recriminándole —con esa petulancia exclusiva de la familia Sakurai— sus errores. «¡Te lo dije, hermanito tonto!», ya casi podía escucharlo.

«Hermanito tonto».

Tonto...

Tonto...

Tonto...

¿En cuántas oportunidades llegó a decírselo de niño?, ni hablar de la adolescencia. Pero él sabía que era solo una forma de expresarle su cariño. Aunque, reflexionó, estaba en lo cierto: era el idiota más grande del mundo.

La puerta fue cerrada con más fuerza de la requerida. Takehiko volvió la cabeza hacia atrás y se encontró con la sonrisa burlona de su hermano mayor. Rechinó los dientes, de pura impotencia, preguntándose qué le parecía tan chistoso.

Lo aceptaba: él siempre estuvo en lo correcto; nunca debió irse a Japón, tuvo que haber enfrentado la situación antes de hacerlo, si es que eso quería en verdad. Debió haberse sincerado con sus amigos, con Alissa, y después marcharse sin Sarah; pero ella insistía y él se estaba derrumbando. Necesitaba un apoyo moral, alguien que lo hiciera olvidar. Fue una decisión desesperada, infantil e improductiva, ¿qué más hacía?

Tenía dieciocho años, todavía no sabía cómo se enfrentaban esas

situaciones. Los sentimientos amorosos eran nuevos para él, eso Akihiro lo supo desde el inicio. No era como si lo hubiera planeado o sido muy fácil. El amar a una de sus amigas, que —para colmo de males— vivía enamorada de alguien que no era él (y que cuando logró superar esos sentimientos, empezó una relación con otra persona), no era algo que estuviera en sus planes; así como tampoco el hecho de actuar como un cobarde ni ser la burla de los demás.

—No quisiera hacer esto, hermanito idiota... —La voz ronca de Akihiro rompió el silencio—, pero te lo dije. No puedes negarlo.

Takehiko se clavó los dientes en el labio inferior para no gritarle. Akihiro era como un grano en los... Era irritante.

—Si no vas a ser parte de la solución, tampoco lo seas del problema.

—Uy, qué sabio. ¿De dónde lo sacaste?, ¿de una galletita de la fortuna?

—Akihiro —gruñó.

Su hermano soltó una risita jovial.

—Con razón esa chica ni te mira, ¡eres insoportable, Hiko! ¿Has probado sonreír alguna vez? Es bueno para el alma, te lo aseguro. Y bien, ¿qué sucede? ¿Cuál es la urgencia? Tuve que dejar a Susan sola, no sabes lo sensible que está con lo del embarazo. Me vuelve loco.

—Pooooobrecita, no sabes cuánto me importa.

—Pues debería, lleva en su vientre a tu sobrino.

—Ya, ya. Lo siento. Estoy molesto, es todo.

—¿Quién eres y qué hiciste con el adorable señor Cara de Hielo?

—Hermano... —dijo, y se sentó.

Akihiro adoptó una postura más seria e imitándolo, le rodeó los hombros con su brazo. Takehiko agradeció en silencio aquel gesto amable.

—Bueno, bueno, ¿qué pasa?

—Es que necesito un favor..., uno enorme.

—Ya entiendo. —Akihiro suspiró colocándose unos cabellos sueltos detrás de la oreja—. ¿Qué tal si vamos por un helado? No quiero que Fudo vuelva y me encuentre aquí, para ofender a mi mujer de nuevo.

Takehiko asintió en silencio.

—Bien, y de paso te compro una Cajita Feliz.

V
INVIERNO

La manera más profunda de sentir una cosa es sufrir por ella.
Gustave Flaubert.

CAPÍTULO 14

Tenía un sueño aterrador.

Se veía a sí misma vestida de novia, con un hermoso ramo de flores del campo en las manos. Estaba en una pradera como de fantasía y Christian se encontraba frente a ella, esperándola, con aquella sonrisa que tanto amaba, llamándola. «Ven», le dijo. Alissa caminó segura, con el corazón acelerado, sintiéndose feliz; pero el cielo azul, de cuentos de hadas, se oscureció hasta sumirla en la más horrible penumbra en la que solo podía distinguir la figura de Christian. Un relámpago rasgó el cielo de súbito, fue seguido por un espantoso trueno; se hizo un silencio profundo y, en aquel momento, él cayó suelo herido como en cámara lenta.

Sangraba.

Su primera reacción fue correr en su dirección, para socorrerlo, pero no pudo. Miró hacia abajo, el verde pasto en el que estuvieron caminando sus pies descalzos se transformaba a paso lento en una enorme trampa de arena que se la tragaba. Gritó, sin embargo, la voz no le salió. Lo intentó de nuevo, una, otra, y otra vez; pero el resultado fue el mismo. Sintió la garganta seca. «Me he quedado muda», pensó tratando de llevarse la mano al cuello. No le fue posible; estaba paralizada.

Buscó con la vista a Christian. Él continuaba brillando en medio de la oscuridad, tendido en el suelo, desangrándose.

«¡No de nuevo!», dijo dentro de ella.

Él moría otra vez.

«¡No te vayas!».

En su sueño, Christian comenzó a desvanecerse en medio del silencio y las sombras, dejándola sola, perdida como una niña indefensa, igual que la última vez.

«¡Chris!».

Pero lo que más le preocupaba era su padecimiento, el hecho de no poder ayudarlo. De no conseguir salvarlo. Pensó: «sé fuerte. Muévete. Alissa, haz algo. ¡No lo dejes morir!». Mas no pudo. Christian convulsionó como en aquella oportunidad, pero ahora lejos de sus brazos, y la vio con amabilidad mientras murmuraba las mismas palabras: «te amo».

«¡No me dejes!».

Consiguió liberarse. Se apresuró a salvarlo, pero era demasiado tarde, Christian no estaba.

«¡Vuelve!».

Alissa se agitó en la cama y despertó de pronto, bañada en sudor y con las lágrimas recorriéndole las mejillas. Se las limpió enfadada y contuvo los sollozos. Vio la hora en el reloj que se encontraba sobre la cómoda, eran las cuatro. Se preguntó si alguna vez dejaría de tener pesadillas; aunque consideró que su vida se había convertido en una desde lo de Christian. Cerró los ojos; él apareció en su memoria: con la piel de aquel color bronce que tenía antes de morir y los ojos brillantes, sonriéndole; lleno de vida. Alissa se negaba a recordarlo como la última vez que lo vio; no le gustaba pensar en él como el ser cadavérico de piel cenizosa y ojos muertos, que había perdido todo el cabello gracias a una enfermedad que acabó con su vida en menos de un año.

Se cubrió la boca con las manos. ¿Sus amigos y conocidos habrían notado el maquillaje y la peluca? Deseó que no, pero a lo mejor por eso habría llorado Debra después de verlo en el féretro. Rogó que no. Pero ¿de qué le habría servido guardar las apariencias? No fue idea suya, sino de Stephan y su exesposa. Ellos eran del tipo de personas que anteponían el qué dirán.

Suspiró sabiendo que no le sería posible volver a dormir, de modo que se levantó y caminó hacia la ventana. Continuaba oscuro, pero las luces que iluminaban la parte frontal de la casa le permitieron admirar el paisaje. El invierno recién había comenzado. La nieve caía de forma dramática: como pequeñas bailarinas vestidas de blanco que interpretaban *El lago de los cisnes* o *El cascanueces*.

Se mordió el labio al acordarse de la época en la que, pese a ser una adolescente tímida, terminó siendo elegida como protagonista de una obra teatral en la que interpretaba a una bellísima princesa. Takehiko era el dios del mar, las tormentas y las batallas, Susanō. Isabel se había encargado junto con un grupo de estudiantes de confeccionar los trajes, y Sarah del maquillaje. Recordó haberse visto en el espejo y pensar: «esta no puedo ser yo». También la expresión en el rostro de Takehiko: «no puedes ser tú».

«Siempre me ha visto de ese modo», pensó. «Siempre me ha visto como si le desagradara».

Meneó la cabeza para alejar ese pensamiento. Takehiko solía ser así con todo el mundo, incluso con Noah, aunque la relación que tenían ellos dos era envidiable. Complicada y a veces perturbadora, pero envidiable al fin y al cabo.

Cerró los ojos. Se vio a sí misma vestida como la encantadora princesa

Kushinada, sonriéndole con timidez al grupo entero de teatro que se empeñaba en decirle lo linda que estaba con aquel traje y peinado, con el maquillaje que Sarah le puso. Christian, quien solo era su amigo en ese momento, se acercó para saludarla. Alissa casi fue capaz de oír de nuevo sus palabras: «te ves preciosa, Alis, como una reina oriental». Él estaba lleno de vida entonces y contento.

Los recuerdos agradables fueron sustituidos por las imágenes amargas del sueño que la despertó. Era como tener el infierno en su interior, ardiente, sofocándola, y mil demonios castigando sus pecados, incitándole a terminar con su vida miserable.

Consideró lo débil que continuaba siendo, incluso con el paso de los años, miedosa; tan insegura.

«Niña tonta», dijo para sus adentros. Después de todo, Takehiko tenía razón, aún lo era.

Los rayos débiles del sol le calentaron el rostro. Alissa continuó viendo la blanca escarcha caer a través del cristal de la ventana. Cuando eran niños, Christian y ella jugaban a hacer ángeles en la nieve. En otras, sin embargo, ella era una princesa cautiva; una frágil damisela secuestrada por un horrendo monstruo al que Christian tenía que asesinar para liberarla. Inhaló. Pero ya no eran niños, ¿por qué el ogro no se iba? Su novio ya no estaba para salvarla. Se paralizó ante aquel pensamiento. Ahí estaba el problema: ella continuaba esperando al príncipe, a pesar de haberlo sepultado meses atrás; seguía esperando que apareciera sobre su caballo blanco, vestido de dorado y azul, con su larga melena castaña, para llevarla lejos del dolor.

—No has aprendido nada —murmuró para sí—, nada en absoluto. Tienes que salvarte sola, pero... ¿cómo?

Se acordó de la última voluntad de Christian. No supo si sentirse contenta o echarse a llorar lamentando su propia debilidad. Incluso después de muerto él se esforzaba para protegerla. Al fin lo entendía.

«El problema es que —asumió— no sé si quiero salvarme».

Giró sobre sus pies. Christian volvió a sonreírle desde la vieja fotografía que le arrancó lágrimas cada día después de su muerte. Un calor desconocido le invadió el pecho.

«Sí, sí quiero».

Río, al mismo tiempo que lloraba.

«¡Sí, sí quiero!».

—Hermana.

Alissa se detuvo al oír la voz de Emily, dejó el suéter de lana que tenía en las manos y dio media vuelta para verla. Ella tenía los ojos cristalizados. Alissa pensó en lo frágil que era su hermanita en realidad, a pesar de esmerarse en mantener aquella faceta de niña fuerte que su padre se creía. Indiferente, lejana, casi fantasmal. Pero esa no era la verdadera Emily, Alissa recién lo descubría. Le alegró muchísimo.

Ella tenía ahora el cabello corto, como Alissa solía usarlo durante la infancia, hasta la mandíbula y con el flequillo dividido a la mitad; y una figurita de plástico, que simulaba una muñeca de trapo, recogía la parte derecha.

«Ahora eres una adolescente de catorce años».

—Dime.

—Promete... —Emily calló cuando la voz se le quebró. Inhaló profundo y luego expulsó el aire con lentitud. Continuó—: Prométeme que te vas a cuidar.

Alissa le sonrió con dulzura, se acercó a ella y le acarició las mejillas. Sabía que Emily detestaba el contacto físico, pero no la sintió incómoda.

—Lo prometo.

—Júramelo.

—Te lo juro.

—Por favor...

De nuevo se quebró. Alissa consideró que desde la muerte de Christian todos en su familia se habían vuelto más sensibles, humanos, frágiles. Tal vez se debía al hecho de que la muerte siempre despertaba los sentimientos dormidos, esos que las personas creían que no existían, y los acercaba a la única realidad: todos somos efímeros. Todos moriremos en algún momento.

Le apretó con fuerza contra su pecho, en un abrazo cargado de sentimientos, y la besó en la cabeza. Emily tembló llorando. Alissa se dijo a sí misma que tenía que ser fuerte y no desmoronarse ante su hermana menor, pues la necesitaba en ese momento. Pensó: «ahora es mi turno». Y le abrazó con más fuerza.

Emily ahogó algunos gemidos en su pecho.

—Eres lo más cercano que tengo —dijo elevando el rostro, viéndole a los ojos con amor—... lo más cercano que tengo a mi mamá. No quiero...

perderte también, hermana. ¡No quiero! Eres mi única hermana, todo lo que tengo después de papá. Ya hemos perdido personas queridas.

—Emily...

Ella negó y continuó diciendo.

—Chris también era mi amigo, lo quería muchísimo, y cuando murió yo sentí que se llevaba mi corazón. Pensé: «¡no te vayas, por favor!», pero luego te vi a ti y supe que lo que se llevaba con él no era mi corazón, sino a ti. Entonces le supliqué aquella vez que no te llevara con él. Pero... ¡pero tú quieres irte con Chris! Y tengo miedo de no volver a verte de nuevo, de que vuelvas en una caja, como él...

Un lamento la obligó a detenerse. Emily escondió el rostro para que Alissa no la viera llorar, pero fue en vano. Sus gemidos, poco a poco, uno a uno, fueron aumentando hasta convertirse en un llanto intenso que llenó la habitación. Alissa contuvo la respiración y, mientras contaba en silencio, continuó consolándola.

«¡Perdóname!», creyó haber gritado.

Solo lo pensó.

«Lo lamento muchísimo».

Emily volvió a verla. Continuaba sollozando, aunque estaba más tranquila.

—Por favor, hermana..., por favor..., cuídate. Sé que no quieres estar mal, pero ¿podrías intentarlo un poco más? Yo haré lo que sea, lo que tú quieras, lo que me digas, te lo juro. Seré buena, seré la mejor hermana menor; seré buena, muy buena, te lo juro; pero por favor...

—Pero ya lo eres —le dijo.

Emily ladeó la cabeza.

—¿Lo soy?

Alissa asintió limpiándole las lágrimas.

—Lo eres. Me cuidaré, me pondré bien, te lo ju-ju-juro. —Se sorprendió de tartamudear en frente de su hermanita—. Te lo juro.

Emily le sonrió. Se quitó el adorno que tenía en el cabello y luego de colocárselo a Alissa en la mano, se la cerró. Ella entendió lo que le decía sin palabras.

«Es una promesa».

CAPÍTULO 15

La escasa luz del mediodía se reflejó en el cristal opaco de la ventana del autobús.

Takehiko contempló el paisaje que, si bien estaba pintado de blanco, se le hizo hermoso. Lago Púrpura era un lugar agradable: con inviernos poco fríos casi siempre y veranos maravillosos; aunque en ese momento todo se estuviera congelando. Era una localidad conocida por sus bellos paisajes y cercanía a la naturaleza, pero también por sus numerosas cadenas hoteleras y restaurantes de alta categoría, además de los exuberantes festivales que se llevaban a cabo una vez al año, sobre todo el que era dedicado a la comunidad asiática por ser los principales inversionistas.

Lo normal, si se lo pensaba bien, cuando se trataba de un país como Canadá.

El autobús se deslizaba con suavidad sobre la carretera. Takehiko vio por la ventana. Los árboles se estaban quedando atrás, al igual que el arco de la entrada de la ciudad y el lago que le daba su nombre. Adelante, sin embargo, solo podía verse el asfalto, la nieve de los lados y las casas. Las había grandes y medianas, la mayoría de ellas con jardines delanteros amplios en los que tenían por costumbre plantar manzanos o naranjos, aparte de rosales y cualquier tipo de flores decorativas, que le daban cierto toque aristocrático.

No obstante, ahora todo estaba cubierto por la nieve, lo cual le daba un aire místico. Como si fuera el país de las Hadas del Hielo, el reino de la Doncella Blanca o algo similar.

A Takehiko siempre le había gustado el invierno, se identificaba con él. Nada tenía que ver con el apodo que le pusieron de adolescente ni, mucho menos, con su carácter flemático y distante. Se trataba, más bien, del hecho de que la nieve le recordaba la pureza de las cosas insignificantes de la vida. Todos amaban el verano y la primavera, se dijo, porque representaban la vida; pero nadie el crudo invierno sin el que esa maravillosa vida no podría llegar a existir.

Dejó salir una risita agria, corta y discreta. Aceptó el verdadero motivo por el que le gustaba tanto: Akihiro. De no haber sido por la nieve él habría muerto desagrado..., en cuestión de minutos..., después de salvarlo de ser arrollado por un automóvil que iba a toda velocidad. Aunque no fue de ese modo. En cambio, continuaba con vida, estaba casado y a punto de ser padre. Aquél fue un golpe de suerte, pensó, o un acto de misericordia de ese Ser

Soberano al que llegó a reclamarle cosas; lo que fuera, pero había tenido mucha suerte entonces.

Suspiró. Alissa, a su lado, también lo hizo. Takehiko no pudo evitar dirigir la mirada hacia ella. Estaba pálida; y él sabía las causas. «¿En qué instante se convirtió en una auténtica sombra?», se cuestionó recorriéndole el rostro con los ojos. La sensación de malestar regresó cuando ella, sin previo aviso, le habló. Su voz sonó como un murmullo lejanísimo que se le clavó en el pecho como una espina venenosa. Alissa contenía las ganas de llorar. Takehiko deseó poder abrazarla, hacer algo para que las heridas en su corazón sanaran.

—G-g-g-gracias —balbuceó estrujándose los dedos dentro del suéter que se había transformado en su mejor amigo.

Takehiko soltó el aire de golpe por la nariz. Estaba furioso con Akihiro por haberlo traicionado. Ellos quedaron en que, pasara lo que pasara, ambos se sentarían juntos durante todo el viaje. Lo de Susan estaba resuelto: iría junto a Julie y Noah en la parte de atrás. Sin embargo, a último minuto su hermano terminó retirándose directo a los lugares que ocupaban su mejor amigo y las dos mujeres; y ahí estaban: riendo felices, hablando sobre bebés y haciendo planes, mientras que él luchaba contra ese cúmulo de sentimientos que lo estaban volviendo loco y el perfume floral de Alissa que incrementaba las ganas de estar junto a ella.

Se pellizcó de forma discreta, más que nada para eliminar de su cabeza la imagen que se había dibujado: él besándola.

—Me hacen falta unas vacaciones, Collins, así que...

Ella negó. La cola de caballo se movió como las ondas del mar durante la noche; Takehiko no pudo evitar seguir el vaivén del cabello con la mirada.

—N-n-n-no... —Alissa calló un momento. Takehiko la vio confundido, de modo que ella continuó elevando un poco el tono de voz—: No me refiero a eso, Ta-Ta-Take...

—Calma, Collins, respira. No hay prisa.

Ella aspiró y espiró varias veces. Después de unos segundos dijo:

—G... gracias. Yo decía que..., hum..., no hablaba de eso, sino de las rosas. Isabel me lo dijo. También me contó que cuando perdí el cono... conocimiento durante el sepelio de Chris, tú llevaste al auto. Muchas gracias por eso y por lo que me dijiste. Me lo merecía.

Takehiko percibió la amargura en la voz de Alissa. Supo de inmediato que le había costado expresarlo con palabras y, asimismo, que fue demasiado

duro con ella. Se arrepintió, si acaso, de haber sido violento, mas no de decirle la verdad. Alissa necesitaba entender que la vida no se le había ido junto a Christian, que existía gente que la quería y que era su deber luchar por ellas. Volvió a suspirar. Estaba cansado de fingir, de jugar al crudo, calculador e indiferente modelo japonés; harto de nadar contra la corriente y de observar las estrellas sin animarse a tocarlas por mucho que estuvieran a su alcance. Estaba cansado de soñar con unos labios que ni volviendo a nacer besaría, con un rostro que jamás acariciaría y un amor que no sería suyo.

Juntó los párpados, se recostó en el incómodo asiento del vehículo, repitiéndose a sí mismo lo que sabía desde un principio: «debes ser fuerte».

Pero le fue imposible, sobre todo porque no quería serlo más, no de ese modo ilógico.

—¿Qué? —Hizo una pausa para considerar sus próximas palabras. Alissa le sonrió, en ese instante todas sus defensas se quebraron. Prosiguió—: Es decir, no lo recordaba. Bueno..., no fue nada. Olvídalo, ¿sí? Y sobre lo otro, creo que fui duro contigo, lo lamento, es que yo tengo problemas con las personas que... Nada, mejor olvida eso también.

Alissa lo vio sorprendida; se mordió el labio con suavidad y negó con la cabeza.

—N-n-n-no. Yo de verdad lo merecía. G... gracias.

Takehiko esbozó una sonrisa.

—Respira, Collins.

Ella se ruborizó. Comenzó a jugar con la punta de su cola de caballo.

—L-l-lo lamento, es que yo...

—No hay prisa, ya te lo dije. Tómate tu tiempo, piensa las palabras, no me molesta esperar un poco, ¿está bien? Si te fuerzas a ti misma, te trabas.

Alissa calló un momento, ordenó sus ideas y dijo:

—Gracias.

—¿Ves? Así es más fácil.

Takehiko cerró los ojos de nuevo; trataría de dormir un poco.

—Takehiko. —Alissa lo llamó dudosa—. ¿Puedo abrazarte? Te-te-tengo frío y me siento..., ehm..., sola. Se lo pediría a Isabel, pero no quiero interrumpir su sesión de besos con Sebastian; Sarah está ocupada con Raúl, y el resto...

Takehiko frunció el ceño confundido. Se movió un poco para poder verla; quería cerciorarse de que no lo había imaginado. Se encontró con el rostro suplicante de Alissa, quien se le antojó hermosa de una forma infantil y

melodramática. No respondió, sin embargo, pasó un brazo sobre los hombros de ella y la atrajo hacia sí mismo. Percibió mejor la fragancia de su cabello; le gustaba mucho.

Ella tembló un poco y se refugió en su pecho dándole las gracias en un murmullo. Él, de nuevo, no contestó.

—Takehiko.

—¿Sí?

Su voz se oyó ronca, más de lo normal. Takehiko imploró porque Alissa no se diera cuenta, pero sí lo hizo.

—¿Tienes gripe?

—No, solo frío, ¿ibas a preguntar algo?

—Oh... Sí. Yo... ¿Cómo se dice «te amo» en japonés?

Hubo un corto silencio. Takehiko consideró lo irónica que podía llegar a ser la vida. «Tal vez sea la única forma en la que te lo pueda decir», pensó. Pero se le hizo amargo, cruel.

—En nuestro idioma existe más de una forma de expresar esa clase de sentimientos, sobre todo cuando se trata de parejas. ¿A ese «te amo» te refieres, Collins?

—Sí..., a ese. ¿Cómo se dice?

Takehiko sonrió con tristeza. Alissa estaba tartamudeando menos, lo cual significaba que empezaba a confiar en él, mas eso no lo alegró demasiado.

—*Ai shiteru*.

—¿Eh?

—*Ai shiteru*, así se dice.

—Ohhh. *Ai... shiteru*, ¿así?

—Sí. Eso es un «te amo» en occidente..., casi..., pudiera decirse..., básicamente.

Alissa suspiró como una niña.

—Ohhh, ya veo. ¿Y existe otra forma?

—Bueno. —Takehiko se lo pensó unos segundos—. Las hay, cada una para un caso en específico. Verás, *ai shiteru*, no es algo que le diríamos a cualquier persona, no por tradición; se supone que solo se lo dices a quien amas de verdad. Pero las costumbres cambian, como imaginarás. Por lo general, solo diríamos algo como *Daisuki*: me gustas mucho; que sería una forma de decir: «te quiero». O, en su defecto, *Kimi ga suki*: tú me gustas...

—Yaaa. Es muy in... interesante. Algún día me gustaría ir a Japón. ¿Es lindo por..., hum..., por allá?

—Es un hermoso lugar, muy hermoso. Seguro te agradará.

—Seguro... Y, ¿lo echas de menos? Lo la... lamento mucho, es mi culpa que estés aquí, atrapado.

—He estado allá durante cinco años, extrañaba Lago Púrpura. Además, aquí está mi familia; es bueno volver a verlos, también a Noah y... a ti.

Alissa bostezó, acto seguido, se frotó los ojos y parpadeó; se lo quedó viendo perpleja, ruborizada.

—¿A mí? —preguntó.

Takehiko se lamió los labios, le sonrió con dulzura y dijo:

—Sí, Collins, a ti.

Alissa asintió con lentitud.

—Es bu... bueno verte de nuevo —murmuró acurrucándose en el pecho de Takehiko, siendo vencida por el sueño—. Eres muy... cálido y... tan cálido...

Takehiko volvió a sonreír, a la vez que la cobijaba con la manta que tenía sobre sus piernas. Volteó para ver a sus amigos. Akihiro curvó una ceja y la comisura de su labio con burla. Solo entonces Takehiko se dio cuenta de que ellos habían oído toda su conversación con Alissa.

Deseó que la tierra se lo tragara.

Takehiko tomó aire hasta que los pulmones dolieron, mirando por la ventana como lo estuvo haciendo antes. Alissa dormía aferrada a él como si en algún segundo fuera a desaparecer entre sus manos, sin embargo, esa sensación de calor y cercanía no lo hizo feliz. Ella había murmurado el nombre de Christian —en lo que iba de hora— al menos cinco veces, lo cual era como una puñalada en el corazón.

Alissa lo necesitaba, pero Christian no estaba ahí, con ella. Eso debía de herirla, pensó, tanto como a él le lastimaba no tenerla.

Pero él se encontraba en su lugar, cuidándola, dándole de una forma u otra el calor que ella deseaba. Siendo el guardián de sus sueños. Era absurdo; sabía que llegado el tiempo acordado se marcharía para no regresar en lo que le restaba de vida, se casaría en Japón con una de sus primas, para complacer a su padre, y sería otro Sakurai infeliz y cobarde. ¿Qué más se le podía pedir a la vida, el cosmos, el destino a Dios? Haría lo correcto. No obstante, de ser así, ¿por qué no terminaba de creérselo? Tenía que admitirlo: no quería

dejarla y menos cuando, después de años y años de espera, había conseguido acercarse de esa manera íntima que estuvo anhelando desde que la conoció. Era una situación risible, lo tenía presente como no lo tuvo antes y, aun así, no se sintió capaz de abandonarla. No cuando lo único que parecía necesitar era amor.

El suyo.

«¿Deseo?», dijo en su interior. «Pero... ¿tan malo es?».

Alissa llamó de nuevo a su novio. Estaba llorando dormida; las lágrimas tibias humedecieron la franelilla negra sin mangas, con tréboles rojos estampados, de Takehiko. Él, por un motivo que desconocía, no consiguió evitar secárselas. Inclino la cabeza solo unos centímetros y le dio un beso sobre la cabeza; en seguida, le dijo con voz muy suave que todo estaría bien. Pero no lo estaba.

Quiso saber si la situación mejoraría en algún momento.

«Él no está, pero yo te cuidaré, Alissa», pensó. Era una promesa y la cumpliría el tiempo que estuviera junto a ella; no importaba si eran veinte o treinta días, sería su protector aunque eso lo hiciera sufrir.

Ya había vivido con esos sentimientos casi una vida; podría soportarlo un poco más.

«Amor», insistió para sí. «Esto es extraño».

Ladeó la cabeza, pensativo. Continuó preguntándose cuándo fue que se convirtió en un sentimental, llorón, enamorado de novela. Pero, se dijo, el saberlo no aliviaría la sensación de impotencia; no iba a cambiar el hecho de que, cuando lograra superarlo, Alissa le entregaría su amor a otro hombre; uno que lo mereciera, y él tendría que verla ser feliz desde las sombras. Y se obligaría a sí mismo a decidir abandonar esos sentimientos, que de nada le servirían cuando ella hiciera su vida lejos de él.

Sin embargo, el problema en realidad era que no quería renunciar a su amor por Alissa, ya que de hacerlo, no le quedaría nada en absoluto. Estaría igual de vacío que siempre, igual de solo que en al inicio, cuando llegó a Lago Púrpura y todo se convirtió en un desastre.

En el pasado no le hubiera parecido gran cosa, no obstante, con la madurez y los años de autoexilio, Takehiko entendió que una existencia solitaria no era posible. Las palabras que Sarah le rugió antes de marcharse de la casa que compartían en Japón le vinieron a la mente, casi como una burla: «¿A qué juegas, Hiko? Si no me amas, ¡dímelo!, pero ya deja de hacerme esto. No puedes ir por la vida jugando con los sentimientos de las mujeres,

¡no puedes vivir engañándote!»). Ella estaba en lo correcto: no podía continuar mintiéndose.

Alissa se movió inquieta, con la cabeza reposando sobre sus piernas. Takehiko, dirigió los ojos hacia ella y suspiró de nueva cuenta, retirando el largo mechón de cabello que le cubría los labios. Ella sonrió. Tenía las mejillas ruborizadas y una expresión tranquila.

—Chris —susurró.

Algo en el pecho de Takehiko se despedazó. Era como esa vieja canción que lo hizo llorar más de una vez en el pasado cuando, mientras bebía un vaso de licor, recordaba los ojos de Alissa.

Se le formó un nudo en la garganta. Era una desgracia todo lo que sucedía. Aquella preciosa rosa, aquel magnífico amor, tal parecía que nunca florecería para él.

CAPÍTULO 16

Alissa se vio al espejo un largo rato. Aquello se había vuelto costumbre, una que a veces se le figuraba enfermiza y que, no obstante, le gustaba porque le hacía recordar lo insignificante y despreciable que era. Trató de sonreírse, quiso decirse a sí misma: «eres bella», mas no pudo con lo que se suponía que tenía que ser el primer paso para su rehabilitación. Alargó el brazo, acarició con lentitud el reflejo en el cristal empañado por el vapor del agua tibia y su propio aliento.

—Te a... —Calló sintiéndose incapaz de pronunciar aquellas palabras. Trató con otras—: Eres va... Eres be... Tú eres imp...

Resopló sintiéndose frustrada. Se preguntó por qué no podía hacerlo; parecía tan sencillo. Cerró los ojos, trató de imaginarse como una princesa de fantasía: hermosa, brillante, serena..., pero no le fue posible. Lo único que lograba ver era a una mujer hinchada y con el rostro desfigurado. Contuvo el llanto. Entendía lo que estaba sucediendo: se odiaba demasiado como para decirse una sola palabra buena, como para expresarse algo de cariño.

Dolió de un modo extraño.

—Eres be... ¡Un cerdo asqueroso y mereces la muerte!

Se sintió libre, también de un modo extraño, le pareció que ese era el único amor que le quedaba por dentro, en especial hacia sí misma. La mujer en el espejo sonreía con ironía, como diciéndole: «¡soy más fuerte que tú!». Por un momento, solo por un momento, Alissa se lo creyó. Pensó: «soy débil, no valgo nada». Cuando estuvo a punto de rendirse otra vez, se acordó del llanto de Emily, de las palabras de Christian, Takehiko y Noah. Entonces sintió un calor que le llenaba el pecho y se extendía por todo su ser. Una fuerza desconocida hasta ese momento.

Gritó de nuevo, señalando a la mujer en el espejo, a su otro yo:

—¡N-n-no lo eres, no lo eres! ¡Soy mucho más fuerte, puedo con esto, pu-puedo con todo, lo voy a lograr!

Aunque las lágrimas le mojaron el rostro, no hizo nada para detenerlas porque no eran producto de la amargura. «Es una promesa», insistió para sus adentros. Pero ya no se trataba de Emily, su padre o Christian, sino de ella.

Le agradó cómo se sentía.

Abandonó el tocador con una sonrisa en los labios, una feliz después de mucho tiempo. Se encontró con Sarah, quien estuvo oyendo el debate que Alissa mantuvo consigo misma. Había pena en sus ojos, una lástima terrible

que casi la hace volver atrás; sin embargo, se mantuvo firme, repitiéndose que no debía retroceder.

«No volveré sobre mis pasos nunca más», pensó. «Este es mi camino, mi nuevo camino».

Levantó la mano tan solo un poco y la saludó.

—Sa-Sa-Sarah —dijo. Se sorprendió de no haber murmurado, pese a continuar tartamudeando.

Sarah reaccionó igual.

—Alissa, ¿qué tal? ¿Cómo amaneciste?

—Pu... pues bien, gracias por preguntar, ¿tú qué tal?

—Bien, gracias. Solo iba pasando y...

Alissa rio bajo.

—Pi-pierde cuidado. Me ha sucedido antes.

—¡No!, no, no. Lo siento, es que de verdad iba pasando y sin querer...

Alissa negó tranquila.

—Pier... pierde cuidado —repitió, y se retiró en silencio.

Sabía que no había sido un accidente y que, como de costumbre, Sarah no la estuvo espiando sola. Volvió a reír, imaginando el modo en el que Isabel habría abandonado el lugar. «Seguro corrió», se dijo ingresando a su habitación.

El día estaba frío, era usual tratándose del invierno. Alissa tembló mientras buscaba su abrigo lila. Cuando lo halló, se quedó viéndolo perdida en los recuerdos del ayer. No era el mismo que usaba cuando iba a la escuela, pero se trataba de un modelo idéntico, uno de los tantos que le había obsequiado Christian luego de que el otro se le perdió. Aquella fue una mentira que dijo en ese tiempo para evitar preguntas incómodas, pero la verdad era que unas chicas de grado superior se lo arrebataron e hicieron pedazos con unas tijeras. Había llorado mucho ese día, sin embargo, Christian terminó sorprendiéndola con uno igual semanas después.

Y le siguió dando uno parecido cada cumpleaños, como una tradición.

«Ojalá te hubiera besado entonces, cuando me lo diste. Tenías al rostro rojo y las manos te temblaban; yo no imaginé los motivos, pero cuando lo supe... Ojalá te hubiera besado ese día».

Se lo llevó al rostro, lo pegó a su nariz y lo olfateó. El aroma de Christian ya no estaba, pero pudo percibir el de Takehiko. Era cítrico y suave, pensó, igual que él; aunque se obstinara en mostrar lo contrario.

Desde el viaje en autobús se habían vuelto más cercanos. Él terminaba

dándole abrazos, siempre que ella se los pidiera, con esa cara de pocos amigos —que la confundía— adornada por una sonrisa sutil. Eso le gustaba. Cuando estaba junto a Takehiko, de repente, no se sentía tan torpe. A lo mejor se debía al hecho de que no le molestaba su tartamudez, él la escuchaba en silencio, esperaba a que pudiera formular sus ideas y les diera la forma correcta, y después le respondía con palabras simples. Jamás le exigía nada. Y, cuando ella se paralizaba, le recordaba que el secreto estaba en respirar e imaginar que alguien más hablaba al mismo tiempo. Takehiko le agradaba por eso. Por todo.

Pero no podía llamarlo amigo íntimo todavía, apenas llevaban cuatro días en la casa de Christian; tenía que esperar un poco más. Aun así, le pareció una buena idea.

Él sería su amigo especial.

«Usted es como una cebolla, señor Sakurai —dijo para sí—: tiene tantas y tantas capas. Puede parecer desagradable al inicio, pero tiene esa dulzura escondida, y termina siendo bueno».

Se lo puso y volvió a olerlo. De repente deseó el calor de Takehiko, ese que se llevaba consigo el frío del invierno.

Takehiko inhaló cerrando el libro de *Alicia a través del espejo*, levantó el rostro y ladeó la cabeza. Alissa estaba frente a él, sonriéndole con cariño, ofreciéndole una taza de chocolate humeante y galletas de maní. Se vio tentado a decirle que no le gustaban las cosas dulces, pero halló una mentira escondida en medio de la verdad: le gustaba Alissa, ella era igual de dulce. Le sonrió de vuelta y se hizo a un lado en el sofá que estaba en la biblioteca para que ella se sentara.

Permanecieron en silencio. Alissa continuaba con la bandeja en las manos, pero escondía su mirada de la de Takehiko. Él dejó salir el aire por la nariz, a la vez que negaba, y tomó una galleta sin decir una palabra. Se la llevó a la boca, frunció el ceño, estaba demasiado dulce; pero cambió su gesto por uno más amable cuando se dio cuenta de que ella lo estaba viendo.

—Y-y-yo las hice, ¿cómo están?

Tragó y tomó otra, se la comió entera.

—Deliciosas —dijo. Los ojos de Alissa se iluminaron—, eres una excelente pastelera.

Ella se sonrojó y negó.

—Es mi profesión, aunque..., hum..., a veces creo que no soy taaan buena.

—Lo eres.

—G-g-gracias... —Soltó una risita nerviosa y añadió—: Puedo hacerte algunas cuando quieras... ¡Ah!, o te puedo enseñar. ¿Te gusta hornear?

Takehiko negó varias veces.

—Soy un desastre.

—Chris también lo era, pero aprendió conmigo.

Takehiko sintió celos. «Chris, Chris, Chris», pensó. «Todo se trata de ti, incluso cuando... Soy un maldito egoísta, ¿cómo no se va a tratar de ti? Te ibas a casar con ella, con la mujer que yo amo». Fingió una sonrisa y asintió. Probó el chocolate, que no estaba dulce y tenía un ligero sabor a canela, y le ofreció a Alissa. Ella vaciló, después tomó la taza, bebió y se lo quedó mirando con ojos curiosos. Takehiko inquietó.

—¿Por qué me miras así, Collins, tengo algo en la cara?

—No. Es que, bueno, me p-preguntaba... —Calló. Tomó un poco de aire—. Quería saber, ¿por qué te fuiste de Lago Púrpura? S-s-si no me quieres decir, yo...

Él meneó la cabeza, se peinó el cabello y respondió con suavidad:

—Te lo diré; ya que estamos aquí..., ¿qué puedo perder?: Lo hice porque estaba enamorado.

—De Sarah, lo sé.

—No —dijo sabiendo que era una mala idea, pero pensó que al menos así se liberaría de parte de la carga—, no de Sarah. Cuando tenía trece años, y me mudé a Lago Púrpura, conocí a una chica realmente bonita y amable. A pesar de eso, no le di demasiada importancia porque... debo admitir que era algo racista; así que como ella era una«sangre sucia» (como decía mi padre), no me permití conocerla mejor desde el inicio. Tú sabes cómo fue los primeros años, Collins: yo solo dejaba que Noah se acercara.

—Si... —Alissa permaneció pensativa durante algunos segundos—. Eras malo con todos.

Takehiko asintió.

—Pero con el paso del tiempo, y las horas que Noah me obligaba a compartir con el resto, yo la fui conociendo mejor. Entonces me di cuenta de que ella no era solo bonita ni amable; sino también inteligente, sensible y... que tenía un gran corazón. Tenía una mirada serena que me hacía olvidar los malos ratos, es decir..., cuando me veía reflejado en sus ojos, sentía que podía

llegar a ser mejor. Y pensaba:«quiero alcanzar la luna». No lo sé, Collins, supongo que es el tipo de mujer que me gusta. Así se nos fueron algunos años, y cuando me di cuenta, ya no la veía como«la chica del grupo de Noah Green» o la «bonita de ojos amables»; sino como a alguien más. Me enamoré y me costó aceptarlo, por lo que no le dije nada. Igual, ella quería a otro chico, no hubiera hecho ningún cambio.

—Ohhh... ¿Y qué pasó?

—Que Sarah estaba enamorada de mí, y lo intentamos, pero yo seguía queriendo a la otra chica, así que tomé la decisión de irme. Ella era feliz con alguien más, no tenía derecho de arruinar eso. Traté de terminar con Sarah, pero lloró diciéndome que podríamos salir adelante. Y bueno..., ya ves..., nos fuimos juntos a Japón, pero...

Takehiko guardó silencio, de repente tenía ganas de sujetarla de las mejillas y besarla después de confesarle que esa mujer era ella. Se contuvo y permaneció callado. Alissa se mordió el labio y dijo en voz muy baja:

—No funcionó.

—Exacto. Y esa es la historia, Collins. Aunque todo salió bien. Sarah es feliz ahora con *Ricitos negros*, ya ves.

—Es cierto..., ella y Raúl son... Pero ¿todavía la quieres..., a esa chica?

—¿La verdad?

—Pues..., sí. Si no es molestia, claro. Si no qui... quieres...

—Nunca dejé de amarla. Fue por eso que no funcionó con Sarah.

—Y si... —Alissa vaciló—. ¿Y si volvieras a verla y ella estuviera soltera, lo intentarías?

—Lo haría. Pero el problema es que, cada vez que nos encontramos, ella sigue amando a alguien más.

Alissa le dedicó una sonrisa comprensiva. Takehiko mojó una galleta en el chocolate y se la comió fingiendo indiferencia.

«El problema es que eres tú», pensó viéndola a los ojos. «El problema, Alissa, es que nunca dejarás de ser tú».

CAPÍTULO 17

El cielo estaba negro, aun así, podían distinguirse algunas estrellas brillando a lo lejos, como pequeñas bailarinas alrededor de la luna llena. Era una noche helada, pero a Takehiko no le desagradaba en absoluto; le transmitía cierta calma. Tal vez se trataba de la brisa suave o de los sonidos de la naturaleza que lo envolvían y le recordaba tanto su natal Nagoya. En todo caso, le pareció que los motivos no tenían demasiada importancia.

Se vio forzado a admitir algo: Christian Dunne fue un hombre de buen gusto. Aquella era una linda casa rural, casi en medio de la nada, rodeada de árboles y vida silvestre. Tenía una pequeña laguna cerca, bastante bonita por cierto, que resultaba un oasis en pleno en verano. La vivienda estaba bien construida, y pintada de blanco en la parte de afuera, pero por dentro llena de colores cálidos y objetos antiguos. Había una inquietante cabeza de águila hecha de arcilla, pero le daba un toque interesante; también varias pinturas, la mayoría de una hermosa mujer de antaño, de cabellera lacia y castaña, y ojos color café; una versión femenina de Christian; aparte de jarrones y una pequeña escultura: una imitación del Cupido, de *Edmé Bouchardon*; al igual que una reproducción de muy buena calidad de El columpio, de *Fragonard*.

«Tal parece que la familia Dunne tiene cierta predilección por el periodo *Rococó*», pensó. Pero después se acordó de que la vivienda perteneció primero a la abuela de Christian.

«Ella era la que tenía buen gusto».

Se quedó viendo la taza de té verde que tenía en las manos, estaba caliente todavía, y bebió cuidando de no quemarse. Exhaló tratando de poner en orden sus pensamientos y emociones, repitiéndose a sí mismo: «un poco más, solo un poco más». Sin embargo, llevaba diciéndose las mismas palabras tanto tiempo que empezaban a perder el significado. Pero ahora que estaba en la misma casa que Alissa Collins no podía hacer otra cosa fuera de tener paciencia y rogar porque todo saliera bien.

Levantó el rostro, miró el cielo buscando las respuestas en él. De nuevo no estaban. Sintió ganas de echarse a reír, se contuvo considerando que — pese a estar solo— hubiera sido inapropiado. Trató de distraerse al planificar una vida honorable, como su padre la llamaba, imaginándola; tampoco le fue posible. En cada idea, en cada mundo ficticio, en cada deseo, estaba ella.

Se preguntó si a lo mejor era masoquista; una sonrisa burlona se le formó en los labios; eso tenía sentido de cierto modo, pero ¿lo era en realidad?,

¿cómo podía estar seguro? Llegó a la conclusión de que había que serlo para soportar tanto dolor y, aún más, para buscarlo de forma innecesaria; porque nada le costaba intentarlo con un poco más de ánimo. Aunque ahí estaba el asunto: lo hizo durante años y no lo consiguió. Se preguntó si su amor era real. Bien podía tratarse de una obsesión como esas que sufrían los villanos de los cuentos de hadas. Movi6 la cabeza de izquierda a derecha; no era así, 6l sabía distinguir el amor de un capricho.

El suyo era el m6s real de todos.

Takehiko no lo aceptaba de forma p6blica, no obstante, sabía que era un hombre emocional, con un lado femenino bastante desarrollado, lo cual trataba de compensar con su actitud indiferente y palabras crueles; pero no siempre le salía bien. Su madre, por ejemplo, le decía todo el tiempo que había sacado lo mejor de ella; Akihiro se burlaba; y Noah..., era igual de sentimental que 6l, por esa raz6n se convirtieron mejores amigos, aunque el v6nculo que los unía no impedía que le hiciera bromas llam6ndolo «querida» y «amante celosa».

Le dio otro sorbo al t6, que ya estaba frío. Sintió cierto asco, de manera que se lo bebió de un solo trago. Se relamió los labios y, despu6s de dejar la taza a un lado, cruzó los brazos sobre el pecho. Los sonidos de la naturaleza se elevaron poco a poco. Solo era el viento chocando contra las ramas de los 6rboles y la nieve cayendo, pero a 6l le gustó. Cerró los ojos y se dedicó a oírlos, sintiendo de repente algo de paz.

«Despu6s de todo, esto no es tan malo».

Respiró.

«Si la situaci6n fuera otra, hasta podría...». Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz temblorosa de Alissa. Takehiko consideró que poseía cierta belleza pese al tartamudeo. Aunque la entendía, sabía tenerle paciencia.

—¿Ta... Takehiko? —dijo. Esperó a que le respondiera, pero 6l se limitó a solo abrir un ojo, de modo que Alissa continuó—: Ha-hace frío y yo..., bueno, Noah preguntó por ti y...

Ella se interrumpió de pronto. Takehiko, que seguía sin verla directamente, gruñó preguntándose lo que querría su mejor amigo; seguro molestarlo, pero 6l no tenía ganas de discutir ni de verlo, ni de ninguna otra cosa. Todo lo que quería estaba ahí afuera: en la naturaleza, en la bella melodía que le ofrecía en ese instante.

Se movió para ver a Alissa. Ella seguía de pie a su lado, con el habitual

abrigo lila y un pantalón negro y largo de algodón. Llevaba dos coletas bajas, a nivel del cuello, y le sonreía con timidez. Aunque continuaba pareciendo una mujer enferma, atacada por alguna mal incurable, a Takehiko le pareció hermosa. Infantil de cierto modo, de uno que a él le agradaba porque le recordaba los años en Lago Púrpura, cuando eran menos cercanos y, aun así, él se enamoró de su forma de ser.

Alissa se mordió el labio inferior, todavía callada, queriendo adivinar los pensamientos de Takehiko, atravesándolo con la mirada. Eso encendió una chispa dentro de él que no lo avergonzó y, sin embargo, le hizo pensar en la posible reacción de Alissa si llegaba a saberlo: deseo.

Sí, había en él algo de pasión por ella a final de cuentas.

«Qué absurdo».

El cazador terminó cayendo en su propio juego, uno que siempre evitó.

Alissa consideró lo poco abierto que podía llegar a ser Takehiko. No se trataba de que ella expresara mejor sus emociones, pero al menos respondía las preguntas que se le hacían. Sin embargo, le restó importancia al pensar en lo bueno que era con ella en oportunidades y en la conversación que mantuvieron en la biblioteca. Él se había sincerado. Rio para sí misma al pensar en lo sucedido en el autobús y el abrazo que le dio, el latir casi rítmico de su corazón: como el tamborcito de un niño. En aquel momento, le fue imposible evitar sentirse protegida como en los meses pasados, segura como un bebé arrullado por su madre. Alissa llegó a sentirse parte de algo y de alguien después de un largo tiempo.

No estando muy convencida de lo que hacía, decidió tomar asiento junto a Takehiko; solo en ese momento él reaccionó. Sus ojos expresaban sorpresa y esa otra cosa que Alissa no terminaba de adivinar, pero que —a esas alturas— ya estaba convencida de que no se trataba de asco. Ella se frotó las manos, porque tenía frío a pesar de llevar guantes y toda esa ropa extra, y suspiró.

Se sonrieron. A Alissa le agradó el que le correspondiera, el hecho de que no se alejara como solía hacerlo con Noah, Sarah, Isabel o su propio hermano. Le gustó la idea de sentirse especial.

—E-e-e-es una noche hermosa —dijo melancólica, después de un prolongado silencio.

Recordó las oportunidades en las que junto a Christian admiró un cielo

idéntico. El pasado era doloroso. Las ganas de llorar se hicieron presentes cuando lo pensó así, pero se controló sabiendo que había prometido estar bien.

—Lo es.

La voz de Takehiko salió ronca otra vez. «Será el clima», insistió Alissa para sí misma. Se estremeció debido al frío; Takehiko emitió un suspiro y, sin mediar más palabras, la jaló con suavidad hacia su pecho. Ella no tuvo tiempo de reaccionar, sin embargo, no hizo ningún movimiento luego de que él le abrazó. De nuevo estaba sintiendo calidez, lo cual la puso nerviosa.

—G-g-g-g-g...

—Respira, no te apures a ti misma, eso solo te bloquea.

Alissa asintió sin verlo. El corazón le palpitaba más fuerte de lo usual.

—E... eres muy bueno conmigo, gr... gracias.

—No te preocupes, Collins.

«Siempre por mi apellido», pensó. «¿Por qué?». Quiso preguntarle, pero sintió vergüenza.

«Ánimo», se dijo tratando de infundirse valor. «Hazlo, no seas tonta».

Sin embargo, no consiguió abrir la boca siquiera.

«¡Ánimo!».

—¿Po-por qué siempre me llamas por mi apellido?

Se alegró de poder hacerlo. Takehiko, como era de esperarse, permaneció callado, viendo el cielo.

—Porque te respeto —contestó al fin.

—Oh. Y-y-yo también te respeto, así que..., ¿debo llamarte por tu apellido?

—No. Takehiko está bien o Hiko, si gustas. Todo el mundo lo hace.

Alissa soltó una risita dulce.

—¿Y qué hay de tu..., ehm..., apodo. Ryū?

Él deslizó el pulgar por su hombro.

—Solo en Japón, para que nadie pueda vincularme con mi familia.

Alissa tuvo de repente la impresión de que no se trataba solo de eso y, aunque estaba llena de curiosidad, prefirió no insistir con el tema.

—E-está bien..., Hiko.

Takehiko volvió verla; Alissa sintió que el negro de sus ojos iba a devorarla, pero también fue capaz de hallar en ellos una pizca de ternura. Él siempre la veía de esa forma.

—¿Q... qué piensas cuando miras el cielo? —preguntó.

De repente el abrazo de Takehiko se volvió más fuerte, posesivo, como el de un amante.

Alissa respiró, su perfume se llevó la angustia. Le gustaba mucho ese aroma.

—En la luna.

Alissa abrió la boca, después la cerró reflexionando en lo que había escuchado. «Él quiere alcanzar la luna», pensó. «¿Se trata de ella?».

—¿Inc... incluso cuando ella está iluminando el cielo?

—Es cuando más pienso en la luna.

—Ohhh..., ya veo. Ella es hermosa; tra... transmite mucha paz.

Alissa se irguió hasta separarse de su pecho. Continuaba siendo abrazada por él, pero ahora podía verlo mejor a la cara. Takehiko estaba concentrado en un pensamiento doloroso. Ella se acordó de Christian.

—Me recuerda —habló él con lentitud— a la princesa de la luna, Kaguya.

—¿Quién?

Takehiko le sonrió.

—Hace mucho tiempo, un anciano cortador de bambú que vivía con su esposa fue a recolectar brotes. No tenían hijos, así que durante años estuvieron rezando a los dioses para que les dieran uno. Al llegar a la plantación, el anciano se encontró con un árbol de bambú que tenía una luz en su interior. Sintió curiosidad. Lo cortó con cuidado y halló a un bebé adentro. Era una niña. El anciano decidió llevarla a su casa porque consideró que ella era la respuesta a sus plegarias. —Takehiko calló un momento. De nuevo estaba viendo la luna—. La llamaron Kaguya..., Kaguya-*hime*, que quiere decir princesa Luz Brillante. Desde ese día, cada vez que el anciano iba a cortar bambú encontraba oro adentro. Se hizo rico en cuestión de meses y pudo construir una gran casa para él y su familia.

»Cuando la princesa creció, se convirtió en una mujer hermosa, la más hermosa de la tierra, y eso atrajo a cinco príncipes que pidieron su mano en matrimonio. Pero...

Takehiko hizo otra pausa. Alissa suspiró como una enamorada y preguntó:

—¿Pe-pero...?

Takehiko continuó callado unos instantes. A Alissa le pareció que no recordaba la historia. Lo vio hacer muecas, estuvo a punto de reír por eso, mas se contuvo. Y siguió esperando por él.

—Ella los rechazó. Kaguya no deseaba casarse, tan solo quería ser feliz junto a sus padres adoptivos y tener una vida tranquila. Sin embargo, tanto insistieron los príncipes que Kaguya no tuvo otra opción que fingir que aceptaría al que cumpliera con una misión... imposible —Takehiko, por primera vez, acarició una de las mejillas de Alissa. Rio con ternura, y continuó—: El primero debía llevar el cáliz sagrado de Buda, que estaba en la India; el segundo una legendaria rama hecha de oro y plata; el tercero el vestido hecho con el pelo de la rata de fuego; el cuarto una joya de colores que brillaba al cuello de un dragón; y al último le encargó una concha preciosa de las golondrinas, que para ella era un tesoro. Como imaginarás, los príncipes se desilusionaron. Kaguya les había exigido llevar objetos que nadie sabía si existían en realidad. Aunque, sabiéndolo, lo intentaron; pero ninguno pudo cumplir con su misión y, por lo tanto, conquistar el corazón de la princesa.

»La fama de Kaguya se extendió tanto que el mismo Emperador fue a verla e igual que los otros, le pidió matrimonio. Kaguya lo rechazó diciéndole que ella no había nacido en la tierra, sino en la luna y que pronto volvería allá. Kaguya no quería irse, pero tuvo que hacerlo. Se despidió de sus padres y al Emperador le dejó una carta que él quemó en el Monte Fuji^[8] con la esperanza de que sus sentimientos llegaran a ella. Sin embargo, esto solo provocó que la princesa se enojara y quisiera convertir la tierra en un lugar como la luna, para poder regresar. Su enojo no era con el Emperador o sus padres, sino con las circunstancias.

»Kaguya lo único que deseaba era ser feliz. Pero en lugar de eso, fue sellada en un espejo mágico. Ella no lo supo sino hasta mucho tiempo después, por medio de los susurros de un sirviente. Enfurecida, pidió a la gente de la Ciudad de la Luna que hicieran que cayera fuego desde el Monte Fuji, y así sucedió. Se dice que las erupciones del Monte Fuji, que antes no era un volcán, son tan poderosas (aunque han sido pocas) porque se deben al enojo de Kaguya.

Alissa torció los labios, pensando. Le pareció que era una historia hermosa y llena de dolor. Después sonrió.

—Ella merecía una ver... verdadera felicidad, ¿no te parece?

—¿Crees en eso, Collins?

—Alissa, Alis... Y sí..., lo creo. La felicidad es algo que todos merecemos.

—A lo mejor es solo para los afortunados y los fuertes, Coll... Alissa.

Ella negó colocando la mano sobre la de Takehiko.

—E... eso mismo llegué a pensar a lo largo de mi vida. Yo no creía que el amor o la felicidad fueran para mí. Mi madre había muerto, Noah no me quería, y yo era bastante inútil en todo; pero Chris me hizo entender que las personas merecemos ser felices, amados y re... respetados. Él me hizo ver que soy importante y que no soy inútil como alguna vez creí.

Takehiko silbó, luego rio con burla. Alissa frunció el ceño, confundida.

—En ese caso, Christian era el afortunado.

—A-a-ambos lo fuimos; pero él ya no está, y no sé cómo volver a vivir.

—Como lo hiciste antes de que tu... Christian te enseñara todo eso que dices. Antes eras Alissa, ahora eres Alissa y siempre serás Alissa, con o sin él; ¿no lo crees? Antes no lo tenías claro, ahora sí. Solo sigue hacia adelante, con la mirada puesta en el futuro.

—¿Y quién es Alissa? Siento que me pierdo.

Él se irguió. Le agarró de las mejillas y la vio a los ojos. Alissa vaciló antes de sostenerle la mirada; estaba nerviosa y avergonzada.

Ella sintió que se quebraba.

«¿Puedes ayudarme?», pensó.

—Por como yo lo veo —dijo con más seriedad—, Alissa es esa mujer que nunca se rinde, aunque la humillen; es esa que continúa luchando por sus creencias y sentimientos. Alissa es quien ella desee ser.

—¿Y t-t-tú cómo puedes sa-sa-sa-saberlo?

Takehiko juntó sus frentes y murmuró:

—¿Te pongo nerviosa, Alis?

Ella tragó saliva con dificultad. Negó, sin embargo, supo que se estaba mintiendo a sí misma.

—¿Cómo lo sé, dices? Sencillo: te estuve observando..., durante años.

Alissa abrió los ojos más de lo habitual, asombrada, preguntándose cómo era eso posible. Se dispuso a hablar, pero las palabras se le murieron en la boca ante el gesto, que consideró amistoso, de Takehiko: él volvió a pasarle el brazo sobre los hombros y, envolviéndola, le pidió que no hiciera más preguntas. Ella obedeció, no porque Takehiko se lo solicitara, sino porque su voz interior le dijo que era lo mejor.

Y el silencio regresó para arroparlos.

Takehiko inhaló todo el aire que pudo y, después de contenerlo algunos segundos, exhaló con lentitud mientras imploraba por un poco de fuerza al cielo. El deseo intenso de probar sus labios, de llevarla lejos y de esconderla en un rincón de su pecho aumentaba con cada acercamiento, palabra o gesto suyo; aunque Alissa no lo notaba. Takehiko llegó a pensar que sí lo hacía, pero prefería fingir que no. Eso hubiera tenido un poco más de sentido; no obstante, la simple idea de que fuera así le hizo sentir incómodo y desilusionado.

Giró la cara hacia la izquierda al percibir un peso sobre el cuerpo; Alissa reposaba sobre su hombro, dormida. Sonrió colocándole la cabeza con ternura encima de sus piernas y volvió a acariciarle el rostro; se detuvo en sus labios entreabiertos, los delineó con el dedo índice antes de juntar los párpados y suspirar cansado.

Siendo consciente de que lo que haría no estaba bien, se inclinó hasta quedar frente a frente y la besó. Fue un contacto tenue, tan delicado que supuso que ella no lo sentiría. Con todo, para él significó mucho más que eso. Alissa significaba más de lo que podía entender. No se trataba de una obsesión; él era capaz de vivir sin ella, podía verla ser feliz con otras personas, desde lejos y sonriendo mientras iba tomada de la mano de alguien más, sin egoísmo alguno. Pero eso no significaba que no la quisiera para sí mismo.

Amaba tanto a Alissa Collins que no le importaba si en unos años ella se casaba con Dylan o Tyler y se llenaba de hijos tan escuálidos como ellos, con tal de que no volviera a llorar. Con ese pensamiento separó sus labios de los de ella.

La mano de Alissa se deslizó hasta su cuello; no había abierto los ojos; Takehiko supuso que soñaba con algo agradable.

—Chris—murmuró.

Ella lloraba.

Takehiko sonrió con pena.

Christian siempre llevaba el cabello recogido al nivel del cuello. Recordó que él usaba el cabello más largo, incluso que Akihiro, casi hasta la mitad de la espalda.

Alissa continuaba llamándolo. Takehiko, dejando a un lado el orgullo, decidió responderle con la voz entrecortada. Él también estaba llorando; sus lágrimas se mezclaron con las de Alissa; y sus labios volvieron a encontrarse en un último beso que se prolongó tanto como le fue posible porque él sabía

que no volvería a repetirse. En seguida, la cargó en sus brazos como en aquella oportunidad, dispuesto a olvidar todo.

Ella tampoco lo recordaría.

Ingresó a la casa. En el salón solo se encontraban Susan y Akihiro sentados en el sillón grande frente a la chimenea, conversando, bebiendo una taza de chocolate que compartían. La esposa de su hermano levantó la mano a modo de saludo, con delicadeza propia de una dama, y después se corrió el flequillo de cabello castaño hacia el lado derecho, donde siempre lo había llevado; pero Takehiko no respondió al gesto; no estaba de humor para formalidades falsas ni para fingir ser el mejor cuñado del mundo. Susan, sin embargo, rio entre dientes dándole un codazo a Akihiro, quien al verlo se limitó a sonreírle con burla. Takehiko arqueó una ceja sin entender el chiste, ella señaló lo que hasta ese momento no había notado: los brazos de Alissa aferrados con fuerza a su cuello y el rostro oculto en su pecho.

Susan volvió a ver la revista que estuvo leyendo junto a su marido y murmuró unas palabras al oído de Akihiro, él asintió; ambos rieron de una forma cómplice y al final volvieron a su conversación como antes de que Takehiko entrara.

Él supo que lo estaban ignorando adrede.

Takehiko gruñó algunas malas palabras en su idioma natal y continuó su camino hacia las habitaciones. Alissa tenía que descansar y él idear el modo de mantenerla lejos. Aunque, muy dentro de sí, anhelara tenerla de esa manera cada día; pero él no vivía de ilusiones y desde niño aprendió que los sueños pocas veces se hacían realidad, sobre todo cuando se trataba de amores imposibles y sentimientos unilaterales.

No existen fórmulas mágicas para el amor, no hay maneras sencillas de llegar al corazón de una persona y menos si le pertenece a alguien más.

En el camino se encontró con Sarah. Ella se sorprendió al verlo cargar a Alissa, pese a ello, mantuvo la boca cerrada; Takehiko prefirió seguir sin saludarla por lo menos, consciente de que sería cuestión de tiempo para que el caos estallara frente a sus narices y él tuviera que tomar decisiones importantes, que estuvo postergando desde que abandonó Lago Púrpura junto a su exnovia para olvidar eso que regresaba vez tras vez, sin darle un momento de tregua para que ordenara sus pensamientos.

Alissa se movió inquieta en sus brazos; Takehiko tuvo que detenerse para descansar. Por fortuna, el dormitorio de ella estaba a un par de metros de distancia. Aspiró por la boca y continuó caminando, sintiendo la intensa

mirada de Sarah a sus espaldas. Quiso voltear y disculparse, decirle algo como: «sabes que te quiero», mas no lo hizo. Solo empeoraría las cosas. Además, pensó, Sarah se veía bastante contenta con su nuevo novio: el chico latino de piel morena y cabello rizado. La vida siempre terminaba poniendo todo en su lugar, ellos debieron de estar juntos desde el principio.

La puerta estaba abierta. Solo tuvo que empujarla un poco con el cuerpo. Se acercó a la cama y la dejó en ella teniendo cuidado de no despertarla. Alissa agarró a la almohada de inmediato.

—Chris.

Takehiko se mordió el interior de la mejilla, con rabia. Se preguntó hasta cuándo ella seguiría llorando por un hombre muerto. Quiso despertarla, zarandearla diciéndole: «¡yo estoy aquí, mírame!», pero de nuevo no lo hizo. Se sintió cobarde.

Ella volvió a llamar a su novio; eso bastó para hacerle perder la paciencia. —Yo no soy Christian —dijo con rabia a su oído—. Él está muerto.

Alissa lloró en silencio. Takehiko creyó haberla despertado, mas no fue así.

Una punzada le atravesó el pecho, era culpa; sin embargo, no la tomó en cuenta. Los dos sufrían, los dos lloraban; los dos se sentían solos, los dos necesitaban amor... ¿No estaban en igualdad de condiciones? Era lo justo.

Se retiró, con las manos metidas en los bolsillos, y una mueca arrogante pintada en la cara que ocultaba a perfección sus verdaderas emociones. Sarah todavía estaba en el pasillo; Takehiko inclinó la cabeza a modo de saludo y continuó hasta su propia habitación. Una vez adentro, se acercó hacia la ventana y se sentó en el marco. De momento sintió que la vida se le iba entre suspiros y deseos sin sentido. Trató de pensar en algo agradable, como el día en el que conoció a su mejor amigo, pero no pudo; Alissa seguía en su mente, como un ser inalcanzable al que anhelaba con pasión.

«Ése es el problema —afirmó dentro de sí—, que no se trata de un sentimiento infantil. No es como si me gustara nada más. Yo la deseo, la deseo de muchas formas: su corazón, su bondad interior, su... Pero ahí está, y no puedo seguir negándolo: yo la deseo».

Cerró los ojos, se lamió los labios resecaos por el frío, y se dijo a sí mismo: «tengo que olvidar». Casi se echa a reír. Dentro de él, en su corazón todavía conservaba una esperanza.

«Un corazón...», meditó. Pocos sabían que lo tenía. Por lo general las personas lo creían un ser insensible, malvado, frío y calculador. Un hombre

miserable que se divertía rompiendo corazones e hiriendo a sus seres queridos; que odiaba a sus padres y no toleraba a su único hermano. Muchos lo veían como a una clase de vampiro emocional. Pero no existía nada más alejado de la realidad; nadie sabía lo que ocultaba: sus miedos, las pesadillas nocturnas, los recuerdos del pasado que continuaban persiguiéndolo. Ninguno imaginaba el tamaño de la culpa con la cual venía cargando desde la infancia: el hecho de que Akihiro terminara en coma por casi un año, el que estuviera al borde de la muerte por él.

Sin embargo, el problema estaba en que se había esforzado en crear a ese personaje desgraciado y sin sentimientos al que la mayoría conocía; y ahora que deseaba acabar con él, no tenía idea de cómo. La imagen de su hermano mayor le volvió a la cabeza como cada noche; Akihiro había sonreído aquella vez mientras le limpiaba las lágrimas, haciéndole saber que todavía lo amaba. «Sin remordimientos, Takehiko, vas a olvidar lo sucedido y seguir siendo mi hermanito, ¿entendido?», le dijo y lo abrazó.

Pero nada volvió a ser igual desde ese día; Fudo no lo permitió; sus propios demonios no lo permitieron. No pudo ser el mismo de nuevo porque cada vez que lo intentaba una voz le gritaba que él no merecía una vida feliz; y, como era de esperarse, se fue alejando, hasta convertirse en un completo extraño para su familia; hasta ser ese hombre que, en apariencia al menos, no lograba sentir nada fuera de odio.

Takehiko rio con amargura.

Recordó los días de infancia en Japón. Las cosas habían cambiado mucho. En ese momento él era un modelo profesional y actor; a veces cantante, así eran las cosas allá: si quería destacar tenía que ejercer muchos oficios a la vez. Pero ya nadie se acordaba esos tiempos en los que él no era nada fuera de un chiquillo que lloraba casi por cualquier cosa, ni echaban de menos al Takehiko Sakurai que reía junto a su hermano y expresaba sus sentimientos con facilidad; o al que sin temores preguntaba: «¿por qué no soy tan genial como Akihiro?». Nadie quería de regreso al niño de sonrisa deslumbrante, que tenía como costumbre adoptar gatos junto a su hermano mayor y espiarlo cuando se encerraba en su habitación para estudiar; ni siquiera pensaban en ese chiquillo que se metía en una cama ajena durante las noches tormentosas y aferrado al cuerpo de su héroe más grande murmuraba: «un día seré tan fuerte como tú, hermano».

No, ni siquiera el propio Akihiro lo hacía, porque el Takehiko en el que se convirtió era menos molesto. Estaba bien de ese modo, se trataba de algo

justo.

Él era quien y lo que deseaba ser; no importaban las dificultades ni la falta de amor; él era feliz de una forma retorcida y mediocre. El resto no comprendería sus motivos ni conseguirían entender lo que le movía, lo que sentía y lo que... sufría.

—Idiota —se dijo sintiendo el aire fresco acariciarle la piel.

El cabello fue movido por unos instantes. Takehiko cerró los ojos, se colocó los auriculares, y de inmediato encendió el reproductor. Una canción que no escuchaba desde hacía mucho sonó tan alto que no se percató de que la puerta fue abierta e Isabel asomó la cara.

Ella suspiró.

Takehiko suspiró.

El piano de la melodía sonó junto a la voz suave del cantante; era una letra preciosa.

«Yo digo que el amor es una flor, y tú que es solo una semilla^[9]...».

Isabel continuó su camino.

—Ay —dijo—, Hiko, Hiko, Hiko...

Él, todavía sin enterarse de que lo estuvieron espiando, se permitió a sí mismo llorar. No se molestó en secarse las lágrimas. Estaba solo..., como siempre..., esa idea hizo que el llanto aumentara. Se sintió de momento como el protagonista una película melodramática o en medio de una de esas obras de teatro en las que Jun siempre le conseguía el papel principal, como en la *Princesa Conejo y el Dragón Escarlata*; pero la diferencia estaba en que nada cambiaría cuando las luces se apagaran; él continuaría amándola, sufriendo por ella, y Alissa seguiría sin darse cuenta..., llorando por Christian.

El viento helado hizo que temblara. Takehiko se retiró hacia la cama y se dejó caer de golpe. Cruzó los brazos detrás de la cabeza y, con la mirada puesta en el techo, pensó en los viejos tiempos. Los echaba de menos de una forma u otra, a pesar de no poder calificarlos como buenos del todo; aun así, le preció que la inocencia de aquellos días era algo que le hubiera gustado tener de vuelta. Deseó en ese instante —más bien— atreverse a hacer lo que siempre quiso y no actuar como un gatito miedoso, que prefirió huir de sus verdaderos sentimientos por...

Takehiko cambió de lista de reproducción diciéndose a sí mismo que necesitaba algo más alegre para despejar la mente, para olvidar por un momento las cosas malas de la vida y el dolor. Cuando encontró la de música electrónica, sonrió. *Celldweller* y su irreverencia le parecieron lo más

indicado.

La música comenzó a sonar, pero él estaba demasiado cansado como para prestarle atención. Los ojos se le cerraron solos.

VI

FLORES DE PAPEL

Hijo mío: con frecuencia la apariencia de insensibilidad es tan solo una
extraordinaria sensibilidad.

Johann Michael Friedrich Rückert.

CAPÍTULO 18

—Pásame el azúcar.

Alissa extendió el brazo, con la mano abierta, y siguió batiendo la margarina. Takehiko se encogió de hombros e hizo lo que ella le ordenaba. Cuando se trataba de la cocina, Alissa se convertía en una mujer más segura de sí misma y hasta demandante, porque estaba en su elemento.

Ella lo vio por el rabillo del ojo. Takehiko estaba serio, concentrado en lo que hacía, absorbiendo conocimiento como una esponja. Alissa tuvo deseos de echarse a reír, mas se reprimió a sí misma pensando que quizás podría ofenderlo. Pero, se dijo, el rostro serio de Takehiko era gracioso; sobre todo porque tenía los labios fruncidos como si acabara de chuparse un limón.

Aquel pensamiento le dio una idea.

—E-exprime una taza de jugo de limón, por favor.

Takehiko asintió e hizo lo que le decía, en silencio, sin despegar la mirada de ella. Alissa sintió cómo la sangre se agolpaba en sus mejillas. «Respira», se dijo a sí misma, imitando la voz de Takehiko dentro de su cabeza.

Le sonrió, pero él no hizo nada; estaba demasiado concentrado en su labor, así que ella continuó con lo que hacía.

En un instante como ese, Alissa habría pensado en los años que estuvo junto a Christian y los momentos agradables que aquellas memorias encerraban; pero no fue así. Desde hacía unos días todo lo que llenaba su mente se relacionaba con Takehiko: su media sonrisa arrogante, su actitud estoica y su nombre (que según Akihiro significaba «Príncipe Guerrero»), además del calor reconfortante de su brazos. Sin embargo, esos pequeños detalles la llenaban de culpa. Cuando se atrapaba a sí misma pensando en él, se recordaba lo mucho que había sufrido su prometido gracias al cáncer; y entonces, como un morboso milagro, ella volvía a estar triste y se alejaba.

Se mordió el labio superior, exhaló, y continuó mezclando los ingredientes para los pastelitos de limón y dulce de leche.

—¿Y luego qué?

Alissa se estremeció al sentir el aliento cálido de Takehiko rozarle la oreja. Retrocedió por instinto, pero él estaba detrás de ella, de modo que chocó contra su pecho; aquello hizo que el corazón le latiera acelerado.

—¿E-eh, qué?

Él rio por lo bajo, y de nuevo se colocó a su lado.

—¿Qué sigue después?

—A-ah, pues..., hum..., co-colocamos la... la...

—Inhala..., exhala... —Curvó los labios de forma ligera, y se cruzó de brazos. Otra vez tenía ese aspecto prepotente—. No voy a comerte.

Alissa trató de fingir indiferencia.

—¿Q-qué? No, no, qué va. E-es que...

Takehiko metió el dedo en la preparación y se lo llevó a la boca.

—Está buena.

—¿Eh, q-qué?

—La mezcla. Entonces, dime, ¿qué sigue?

Alissa aspiró la mayor cantidad de aire que pudo, contó hasta veinte, y exhaló de una sola vez.

—Lo va... vaciamos en los moldes y llevamos al horno.

Takehiko asintió sujetándose el mentón. A Alissa le pareció que sus cabellos lucían como las alas de un cuervo: suaves y brillantes. Ansió tocarlos, deslizar los dedos despacio a lo largo y enroscarlo en ellos, y después... Se tensó mientras colocaba el contenido del recipiente en los pequeños moldes individuales. ¿Qué clase de pensamientos eran esos?, ¿por qué iba a acariciar el cabello de Takehiko Sakurai? Cerró la puerta del horno y se irguió para verlo. Se encontró con sus ojos negros y profundos siguiendo cada uno de sus movimientos. De nuevo sintió la sangre agolpándose en sus mejillas.

Takehiko alargó el brazo y le golpeó de forma suave la frente con los dedos índice y medio, a la vez que le sonreía. En esa ocasión no había arrogancia ni burla en su gesto. Llevándose las manos a la frente, Alissa consideró que él se veía mil veces mejor de ese modo sencillo.

—Estás roja —le dijo.

Alissa intentó esconder la cara, para que él no continuara viendo su vergüenza; pero Takehiko la detuvo, acercó su rostro al de ella y murmuró: «te ves bien así»; después la soltó y salió de la cocina silbando una canción que ella reconoció de inmediato: *You are so beautiful*.

Alissa quiso creer que aquello era verdad: que ella era hermosa..., para él..., tanto como para dedicarle una canción.

Las luces estaban apagadas, sin embargo, la tenue luz de la pantalla del televisor proporcionaba la claridad perfecta como para reconocerse unos a

otros.

Takehiko vio hacia los lados. Como de costumbre, Isabel tenía la cabeza puesta sobre el hombro de Sebastian; mientras que Sarah y Raúl estaban uno al lado del otro, sujetándose las manos. En el suelo se hallaban sentados con las piernas flexionadas los Gemelos del Terror: Dylan y Tyler. Les decían así porque eran altos y delgados, con ojos prominentes de color marrón y narices aguileñas. Debra estaba junto a Karel; ella llevaba un vestido blanco de algodón, que le llegaba a las rodillas; y tenía toda su atención puesta en la película de animación que había elegido Noah, quien abrazaba a su mujer de forma posesiva; y de vez en cuando se estremecía ante las escenas que se mostraban sin ningún tipo de censura.

Susan y Akihiro, por otro lado, se mantenían tranquilos y compartían un tazón de palomitas de maíz en el que ella no dejaba que nadie fuera de su marido metiera la mano. A Takehiko aquel sencillo acto le causó gracia; pensó en lo complicadas que podían llegar a ser las mujeres embarazadas: siempre tenían antojos y cambios súbitos de humor, además de que se quejaban de que estaban gordas pero no hacían nada para evitarlo. Aunque ese era el chiste, la parte emocionante de estar a punto de convertirse en padre.

A veces, más de las que le gustaba admitir, él quería un poco de eso.

Takehiko estaba acostumbrado a la libertad, a ir de un lado a otro y estar ocupado la mayor parte del tiempo; sin embargo, había momentos en los que deseaba la agitada quietud que proporcionaban el matrimonio y la paternidad.

A su lado, Alissa apretó los parpados, a la vez que soltaba la cuchara de helado que estaba por llevarse a la boca. Takehiko sintió ternura; la rodeó con su brazo, después se inclinó y le murmuró al oído que solo era una película. «Estoy contigo, Collins», le dijo, y ella se relajó de inmediato.

A simple vista, aquella era una animación cualquiera, pero el *gore*^[10] no era para todo el mundo; menos si era dirigido por Iwasaki Mitsue, el genio de cine sangriento en Japón. En realidad, «*Marionette*» no era una película para personas sensibles; pero Noah había ganado en el «piedra, papel o tijeras», por lo cual nadie pudo hacer nada cuando encendió el reproductor y metió el *CD*.

Aunque Takehiko la había visto al menos un par de veces, jamás dejaba de sorprenderse por el modo cruel con el que Mitsue mostraba la locura y la muerte, de cómo las exaltaba hasta convertirlas en deidades que se metían en el alma del espectador y le provocaban pensamientos horribles. No obstante,

tenía que reconocer una cosa: *Marionette* era, por mucho, la mejor película del género que se había producido en su país.

El concepto parecía simple, aunque no lo era: un adolescente solitario se internaba en un mundo fantástico en el que el placer lo era todo y el dolor se confundía con amor. Ahí, las mujeres no eran nada fuera de marionetas que se usaban y desechaban al antojo. No obstante, en medio de toda la decadencia, se escondía una verdad: ninguna de ellas era real, ninguna estaba viva; pero todas deseaban serlo, todas querían estarlo; y se valían de la esencia de los pobres incautos que se aventuraban a jugar con ellas. Y Aika, la más hermosa de todas, las comandaba en medio de una cacería atroz de la que el protagonista no sabía si saldría con vida.

—E-eso es horrible —le murmuró Alissa al oído.

Takehiko asintió y le acarició la mejilla con el dedo pulgar. Ella tembló, mas no hizo ningún intento de alejarse.

—Debo reconocer que sí.

—¿No te asusta? Yo no sé ni qué sentir. P... por un lado tengo miedo; y por el otro, asco. Hay tanta sangre y vi... vísceras...

Takehiko descansó su cabeza sobre la de Alissa. Nadie los estaba viendo, de modo que se permitió a sí mismo reconfortarla de esa forma.

—Yo creí con este tipo de cosas, Collins, no me afectan. Pero sí, tengo que aceptar que a veces es repúg...

—¡Shhh! —La voz de Dylan se elevó con molestia.

—Seeh, ¡shhhh! —añadió Tyler.

Él se giró con el dedo índice sobre los labios, pero cuando los vio abrazados, se limitó a sonreír y devolver toda a su atención a la película que estaba por terminar. Aunque le dio un codazo a su hermano y le indicó con un movimiento de cabeza que volteara, cuando Dylan lo hizo fue menos discreto. Él rio con burla y canturreó:

—Hueeeele a romance.

—Ow, sí. *L' amour, l' amour...* —continuó Tyler. Luego soltó una risita coqueta, y se quedó callado.

Alissa se separó de Takehiko con rapidez, y se quedaron viendo uno al otro durante algunos instantes; al final, ella se llevó algunas hebras de cabello detrás de la oreja e inclinó la cabeza, avergonzada. Takehiko hizo lo propio, y continuó mirando lo poco que le quedaba a *Marionette*.

Instantes después, Alissa se puso de pie y se fue con dirección a los baños. Él vio de forma discreta el recipiente del helado: estaba vacío. Aquello

le pareció anormal, ¿cómo había podido comer Alissa un kilogramo ella sola? Luego consideró que siempre hacía lo mismo: comía en cantidades generosas y cuando nadie le prestaba atención se retiraba con dirección a los baños.

«No puede ser normal», pensó mientras se levantaba para seguirla; pero la mano de Noah lo detuvo. Él no se había percatado de lo que Takehiko estaba viendo, por lo que lo obligó a quedarse donde estaba. Así que él fingió indiferencia y permaneció junto a su mejor amigo. Sin embargo, sus pensamientos estaban al lado de Alissa Collins.

«No de nuevo—dijo para sus adentros—. No puedes estar haciéndonos esto».

CAPÍTULO 19

Takehiko dobló la hoja de papel azul pálido a la mitad, ladeó la cabeza e hizo otro doblez. Uno más, otro, otro, y otro. Lo hizo hasta que el cuadrado desapareció y fue dando paso a una perfecta rosa azul, como todo lo inalcanzable que había en el mundo.

Hacía mucho que no perdía el tiempo en esas cosas; se preguntó cuánto, ¿dos o tres años, a lo mejor? Para él no estaba claro del todo, pero fue luego de su aparición en la «Princesa Conejo y el Dragón Escarlata», cuando dejó de interpretar a personajes mediocres y su carrera despegó; mucho después de su corta estadía en *Zombie Cats*, la banda de metal alternativo a la que había pertenecido.

Se vio a sí mismo por un instante en medio del escenario: estaba vestido con pantaloncillos de cuero negro, que no dejaban nada a la imaginación, y una franelilla ceñida. Entonces usaba extensiones de color azul real en el cabello y tenía las orejas llenas de aretes, además de una barra que atravesaba la izquierda de forma vertical; aún conservaba las perforaciones, pero no solía usar más de uno o dos pendientes. Y se pavoneaba a lo largo de la tarima, fingiendo ser quien y lo que no era.

Esa fue una época dura para él, sobre todo porque luchaba para destacar en medio de un mercado saturado de estrellas buenas y no tan buenas, que estaban en la cima de la fama. Aunque, reconoció, se le hizo más difícil gracias a Fudo, porque se encargaba de llamar a sus amigos empresarios para hacerle la vida imposible. Fue así hasta que Yamaguchi Genji se atrevió a darle la oportunidad; desde ese día se había convertido en su esclavo y, aunque a veces se sentía preso, no se arrepentía de nada.

Takehiko colocó la rosa junto a las otras diez que había hecho. Tomó otra hoja de papel rugoso y de un azul más intenso, se la quedó viendo un momento, y continuó con su labor: doblando y doblando, a la vez que pensaba en lo extraño que se le hacía sentirse en paz consigo mismo en aquellos instantes. Se convenció de que debía de ser el aire o la nieve, el hecho de estar alejado del ruido de la ciudad y encerrado en una casa tan bonita como lo era esa.

Cuando terminó con la que pensó que sería su última flor, se estiró y levantó la vista. Susan estaba frente a él, con una de sus creaciones en las manos y una sonrisa bobalicona en los labios.

Takehiko se preguntó en qué instante habría llegado y por qué no la sintió

colarse en la biblioteca.

Ella le mostró la rosa, como si él no las hubiera estado haciendo, y dijo:

—Está bellísima, ¿desde cuándo sabes hacer estas cosas?

«Claro que está bellísima, la he hecho yo», pensó en decirle para fastidiarla; sin embargo, se contuvo. Su cuñada estaba sensible y lo menos que quería era que se pusiera a llorar y a reclamarle lo malo que era con todo el mundo.

Suspiró.

—Desde siempre. —Se llevó las manos detrás de la cabeza y entrelazó los dedos—. Akihiro me enseñó, cuando era pequeño, él t...

—¿Mi osito?

Takehiko arqueó una ceja. Susan tenía los ojos bien abiertos y brillantes, como una niña que ha descubierto todo un mundo nuevo oculto detrás de una puerta mágica. Quiso echarse a reír, pero habría sido una pésima idea. De momento, solo grabó en su memoria el absurdo apodo que al parecer tenía su hermano mayor.

Después lo molestaría por eso.

—Si te refieres a Akihiro, pues..., sí. Es mil veces mejor que yo en esto.

—Pero él nunca ha hecho una rosa para mí.

Takehiko recordó que después del accidente, su hermano mayor no había vuelto a hacer figuras de papel. Quiso darse cabezazos contra las paredes por semejante estupidez, ¿cómo había olvidado ese detalle?

—Lo lamento —murmuró—, él ya no hace esas cosas. Es que, bueno, después de despertar aquella vez...

Susan se sentó junto a él y envolvió la mano de Takehiko entre las suyas. Por un momento, su rostro se ensombreció.

—Ya entiendo —dijo, y sus ojos volvieron a irradiar alegría—. ¿Y por qué no practican juntos? Sería genial, ¡a que sí!

Takehiko le sonrió con arrogancia.

—¿Mi tonto hermano y yo? Estás loca.

Susan bufó.

—Sabes que quieres.

—Si te digo que sí, ¿dejarás de mirarme con esos ojos de cordero muerto?

—Si te digo que síiiii, ¿harás cien de estas para mí, con tu hermano?

Takehiko rodó los ojos. ¿Para qué se negaba? Ella no desistiría.

—Hecho.

Susan celebró su victoria moviendo el tronco y los brazos, como si

bailara.

—Bueno. —Takehiko trató de ignorar lo que ella hacía—. ¿Y ya sabes qué nombre le pondrás a mi sobrino?

Susan asintió repetidas veces.

—Ken.

—¿Cómo el muñeco marica?

Ella se echó a reír con las manos en el abdomen.

—¿Qué? ¡Nooo! Ken, por «Fuerte».

—Ah. —Takehiko calló algunos instantes—. Es un gran nombre.

—Pero si es niña..., Akihiro y yo pensamos llamarla como a mi suegra: Haruka.

Takehiko asintió. Ese era un bello nombre, y le gustaba más que Naori, pero Fudo había decidido robárselo a su madre muchos años atrás; como todo lo bueno que ella tenía.

«Haruka...», pensó besando por primera vez el dorso de la mano de su cuñada. Ella se sorprendió.

—Entonces... —Takehiko suspiró—. Deseo con todo mi corazón que sea una niña... y que tenga tu bonita sonrisa.

Acto seguido, se levantó y abandonó la biblioteca, considerando la idea de Susan. Él sabía el motivo por el cual su hermano ya no hacía figuras de papel: no recordaba cómo. Había sido un milagro que sobreviviera aquella vez, pero un milagro incompleto porque había perdido una pequeña parte de sí mismo. Aun así, Takehiko pensó que tal vez podría aprovechar esos días para acercarse y volver a ser los hermanos inseparables de antes. No era una mala idea porque, después de todo, quien se alejó fue él.

Mientras caminaba, Takehiko vio que Alissa salía de los baños y la interceptó. Ella tenía ese tono verdoso en la piel otra vez y los ojos hundidos. Así de cerca, parecía más que nunca una figura de cristal, triste y solitaria, que estaba a punto de romperse. Takehiko tuvo ese extraño pensamiento de nuevo: «quiero proteger tu dolor». Sin embargo, ¿qué significaba? ¿Qué quería en realidad?

Mientras caminaban juntos hacia la sala de estar, Alissa escondió la mirada de la suya de inmediato, entonces Takehiko lo tuvo más claro que nunca: ella se ahogaba.

—¿Te sientes bien? Estás pálida.

—S-sí, es solo que... la comida me hizo daño.

Takehiko entrecerró los ojos. Ella, en definitiva, no era buena mentirosa.

«Anda —se dijo—. Inténtalo un poco más. Miénteme mejor. Dime algo que me convenza».

Karel Laforet pasó junto a ellos. Él elevó la mano y los saludó moviendo los dedos. Iba con Debra, conversando de forma animada, casi íntima. Ella tenía las mejillas teñidas de un rojo intenso y natural, y se reía nerviosa, jugueteando con su larga melena oscura.

Takehiko pensó que el abogado era mayor para una veinteañera como Debra Gordon, pero ese no era su problema; de nadie en realidad; y él no tenía por qué meterse en problemas ajenos, bastante tenía con los propios. Aunque, se dijo, ya era hora de que ella iniciara una relación con alguien; quien fuera, eso no importaba.

Una vez que Karel y Debra estuvieron lo bastante lejos como para no oírlos ni verlos, Takehiko sujetó a Alissa del brazo y la obligó a voltearse. Cuando estuvieron frente a frente, él se inclinó un poco y le susurró: «te vigilo»; luego se dio media vuelta dispuesto a irse, pero ella lo detuvo.

—¿P-p-por qué lo haces?

—Porque me importas —contestó sin verla.

Si lo hacía, se dijo, saltaría sobre Alissa como el Lobo sobre Caperucita, y la besaría.

—¿Por qué?, ¿por qué te importo?

Se sorprendió de que Alissa no tartamudeara. Sonrió para sí mismo mientras pensaba: «porque te amo».

—Porque sí.

—Pero...

—Vé a tu habitación en cuanto puedas, por favor —interrumpió—. Sobre la cama, hay algo para ti.

No esperó una respuesta y se fue con las manos metidas en los bolsillos del pantalón holgado de lana que llevaba puesto.

Alissa abrió la puerta y se quedó parada con la boca formando una pequeña «o». Los ojos se le cristalizaron, sin embargo, aspiró y contuvo la respiración hasta que la sensación de ahogamiento pasó. Se mordió el dedo pulgar y avanzó con el corazón palpitándole acelerado dentro del pecho.

Sobre la almohada estaba un perfecto ramo de rosas de papel de diferentes tonos de azul. Aquello le recordó por un instante el funeral de

Christian, pero no se sintió triste, sino esperanzada. Las tomó y se las quedó viendo, admirando cada detalle, pensando en lo bonitas que eran. Se preguntó el porqué. ¿Qué razones podía tener Takehiko Sakurai para ser tan bueno con ella? Entonces pensó que tal vez se debía al hecho de que le tenía lástima. Pero no, no podía ser eso, porque él no la veía de esa forma. Ella conocía la mirada compasiva, la que decía en silencio: «¡pobre criatura!, qué pena me da»; él no la tenía. Takehiko la veía como a una amiga querida o a una hermana.

Cerró los ojos un momento. Eso tampoco era cierto; cuando estaban juntos, él la miraba como lo hacía con su propia madre.

Aquello le gustó.

Alissa deslizó el dedo índice por el borde de una de las rosas, la que era más grande y de un azul intenso. Ideó una forma de agradecerle, ¿pero existía una mejor que decir las palabras mágicas?

«Gracias», pensó.

Sin embargo, no le pareció suficiente.

¿En qué era buena ella? Se llevó la mano al mentón y, formando una «L» con ella, presionó un dedo contra su nariz. Su único fuerte era la repostería, y él ya había probado una de sus mejores recetas. ¿Qué podía darle a cambio?

«Tal vez...».

Se echó a correr con las rosas de papel entre los brazos, con dirección a la biblioteca. Takehiko solía encerrarse ahí para leer y meditar —o para dormir, mas ese era un secreto—. Pero cuando llegó, él estaba acostado de espalda sobre el sofá, con un brazo cubriéndole los ojos y un libro abierto sobre el pecho.

Alissa se enterneció. Él respiraba de forma apacible, como un niño pequeño; y ella sintió de momento deseos de acariciarle el cabello, sin embargo, se dijo a sí misma que hacer algo como eso estaría mal. Así que se dio media vuelta, dispuesta a salir en silencio, tal como llegó; pero la voz de Takehiko la hizo detenerse.

—¿Qué sucede? —dijo.

Alissa volvió a verlo. Aunque él continuaba con el brazo sobre el rostro, le sonrió.

—Y-yo...

Alissa se interrumpió a sí misma; dio un par de pasos hacia él y se quedó a su lado.

—¿Tú...?

—Yo, pues..., hum..., solo quería darte las gracias.

Takehiko retiró el libro de su pecho, se sentó y la vio con ternura. Alissa creyó que se asfixiaría en sus profundos pozos negros, aun así no desvió la mirada.

—No es nada. Cuando me di cuenta, había hecho demasiadas y pensé en dártelas a ti.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Alissa negó varias veces.

—E-esa no es una respuesta.

—Ven. —Takehiko palmeó el diván—. ¿Por favor?

Alissa tomó asiento. Takehiko se quedó callado, pensativo, por lo que ella prefirió no decir nada más. No obstante, él le preguntó:

—¿Has leído «El Principito»?

Ella se mordió el labio inferior.

—No..., pe-pero...

Takehiko soltó una risita nasal mientras la golpeaba con suavidad la frente con los dedos índice y medio, como la vez anterior.

—Pues, es una lástima; ahí está la respuesta.

Alissa inclinó la cabeza. «Me gusta esta sensación», pensó, y se sintió avergonzada por ello.

—Collins, demos un paseo.

Takehiko se levantó y le tendió la mano; ella se lo quedó viendo unos segundos, después la tomó.

«Me gusta cómo se siente estar junto a él —insistió para sus adentros—. ¿Qué tan malo es?, ¿acaso te estoy traicionando, Chris? Yo no quiero..., pero se siente bonito que...».

VII
RENACER DESDE LAS
PROFUNDIDADES

El verdadero amor supone siempre la renuncia a la propia comodidad.
Lev Nicolaievich Tolstoi.

CAPÍTULO 20

Alissa se sentó sobre la tapa del retrete y sollozó. Lo había hecho de nuevo, pese a la promesa que se hizo a sí misma —y a su familia— de mejorar; pero le fue imposible contenerse cuando se paró delante del espejo y todo lo que encontró fue a un ser obeso y deforme que la veía con desdén. Luchó por varios minutos, repitiéndose: «tengo que ser fuerte»; pero ¿fuerte por qué? ¿Para quién? ¿En realidad valía la pena? Llegó a la amarga conclusión de que nada tenía sentido, de que la única salida era esa.

El odio que sentía hacia ella se incrementó con cada sonido repugnante, con el sabor asqueroso que le llenó la boca en el momento en el que vomitó el almuerzo, y terminó llevándola más allá: se había herido otra vez en las piernas, para que nadie pudiera ver su debilidad.

Pretendió hacerse nada más un corte; pero ya iba por el decimotercero.

Quiso saber el motivo. Si deseaba cambiar, si lo estaba intentando; si sus amigos se encontraban junto a ella, apoyándola; siendo así, ¿por qué retrocedía dos pasos cada vez que avanzaba uno? Carecía de lógica; todo lo hacía desde la muerte de Christian.

«Pero no puedo seguir escondiéndome detrás de su sombra», pensó, y luego se dijo: «él está muerto»; aquello le dolió todavía más que las cortadas en los muslos. Reconocer que Christian ya no estaba con ella y que no volvería a estarlo fue como darse a sí misma una puñalada en el pecho.

Entendió a Julieta Capuleto.

Se quedó viendo las heridas sangrantes, y pensó que era bastante tonta, además de gorda y fea. Apretó las manos con fuerza, tanta que la piel de la derecha se le abrió gracias a la pequeña cuchilla que había fabricado con un sacapuntas. De inmediato, se hizo cortes en el brazo, unos más profundos que otros, mientras se gritaba lo estúpida e inservible que era; llamándose «cerdo asqueroso».

La puerta de los sanitarios rechinó. Alissa se detuvo con el corazón en la boca, y tragó con dificultad su propia saliva. Cerró los ojos; escuchó los sonidos que provenían del exterior: los pasos que, por la firmeza, dedujo que eran los de un hombre. Se detuvieron frente a su cubículo. Alissa adivinó por los zapatos de quien se trataba.

Él llamó a la puerta. Los golpes fuertes y sin pausa evidenciaban enojo.

—Sé que estás ahí, Collins, así que ábreme.

Alissa lazó la cuchilla a la papelera y se bajó las mangas del suéter, al

igual que las piernas de los pantalones. Se llevó las manos a la boca e hizo silencio.

Takehiko carraspeó. Ella tembló cuando él volvió a tocar, con más rabia esta vez.

—Puedo tirarla de una patada o dos, de tres..., las que sean..., tengo todo el estúpido día. Tú decides —Alissa siguió sin responder. Takehiko maldijo y añadió—: ¿Crees que no sé qué haces aquí? Te vigilo. Ese comportamiento no es normal.

»Mira, por lo general no me importaría, pero en vista de que estoy aquí, perdiendo mi tiempo contigo... ¿Sabes qué?, contaré hasta diez, si no abres la jodida puerta, haré mis maletas y me iré, ¿estamos?

Ella soltó un gemido ahogado, y se apresuró a retirar el seguro. La puerta se abrió; el rostro malhumorado de Takehiko la dio la bienvenida, él estaba cruzado de brazos, con el ceño fruncido y los labios apretados; respirando de forma agitada. Alissa sintió cierto temor cuando metió la mano y, tomándola del brazo, la sacó del cubículo.

Ella escondió su mirada de la de él. Los ojos de Takehiko destellaban furia.

—Ta-Ta-Takehiko...

Él la tomó de los hombros con ambas manos, tan fuerte que Alissa creyó que le rompería los huesos.

—M-m-me duele. Takehiko, me duele. ¡Ba-ba-ba-basta!

—Cállate, Alissa, ¡cállate!

—L-l-l-lo lamento, es...

—¡Que cierres esa condenada boca! —La zarandeó. Alissa tembló otra vez—. No quiero escuchar una estúpida excusa de nuevo, ya no más.

Ella lloró. Takehiko la soltó como si el tacto lo quemara, respiró profundo y la obligó a verlo sujetándole la barbilla.

—¿Hasta cuándo? Dime algo: ¿te divierte?, ¿te gusta?, ¿a qué juegas? Todos ellos, a los que llamas tus amigos, piensan que de verdad lo estás intentando. Pero tú te burlas de su buena fe en sus caras. ¿Te causa placer o algo parecido?

Alissa negó. Abrió la boca para defenderse, pero las palabras no salieron. Takehiko le soltó el rostro, ella inclinó la cabeza de inmediato.

—¿Por qué lo haces? —prosiguió dulcificando la voz—. Entiendo que te duela, es normal, pero la vida duele casi todo el tiempo. Hasta ahora no conozco a nadie que no haya sufrido en algún momento, sin embargo,

continúan luchando a pesar del dolor. No eres la única, ¿acaso no lo ves? Personas como Noah o tu hermana han decidido avanzar incluso cuando han perdido a personas importantes. Y tú, Alissa, ¿hasta cuándo?

Takehiko hizo silencio esperando una respuesta, mas no llegó. Alissa continuó viendo el suelo. Él bufó y añadió:

—Tus amigos están aquí por ti. Yo estoy aquí por ti, porque... Pero ya no puedo más, ¿te quieres morir? —Takehiko contuvo el aliento, se tranquilizó, y volvió a su tono cruel—. ¡Hazlo, entonces!, olvídate de las personas que te aman (y no me salgas con que Christian esto, Christian aquello. Que si lo extrañas, que si no puedes vivir sin él...) y termina con el juego. Libéranos..., libérame, por favor.

Lo último fue una súplica.

Alissa lo vio sin entender sus últimas palabras. ¿Liberarlo?, ¿de qué? Takehiko se estaba guardando un sentimiento devastador. Deseó preguntar, pero él se volteó y dio el primer paso hacia la puerta.

—Y-y-yo no...

Él soltó una risita burlona.

—Ni siquiera te atrevas. Me largo de aquí.

Ella lo detuvo aferrándose a su cuerpo por detrás, abrazándolo; y lloró ahogando sus lamentos en la espalda de Takehiko. Él trató de soltarse, pero Alissa se aferró con más fuerza.

—A-a-ayúdame —imploró apretándolo tanto como podía—, no puedo más. Esto me está matando y no sé cómo salir. Yo sé que tú también sufres, por lo de tu her... hermano, Noah me lo dijo. Sé que es egoísta pedirte, pero si hay alguien fuerte, ese eres tú...

Takehiko disimuló un gemido al carraspear.

—Mi hermano... —Soltó una débil carcajada—. ¿Qué sabes tú de mi hermano?

—Y-yo sé que te duele, que no puedes verlo a la cara. Que..., así como yo..., te culpas por lo que pasó. Pero tú sabes cómo salir adelante, en cambio yo...

—Créeme, no quieres ser como yo, no quieres vivir así.

—Por favor...

—Quiero que entiendas una cosa: no seré tu héroe, yo no soy Christian. Eso debes tenerlo claro. Yo no te salvaré, lo harás tu sola..., pero si te veo caer estaré ahí para levantarte y te recordaré siempre que tú eres tu propia heroína; que no necesitas de mí, de Noah, Dylan o Tyler para ser fuerte

porque ya lo eres. También, sin importar cuánto llores, tus lágrimas no me afectan en absoluto, que Christian está muerto y nada de lo que hagas cambiará ese hecho. Y...

—S-sí.

—Déjame terminar —dijo. Takehiko consiguió zafarse de ella, se dio media vuelta y la vio a los ojos—. Más te vale cooperar o ser lo bastante inteligente como para burlarme, si llego a sorprenderte en esto de nuevo juro que te haré comer hasta que se te salga por la nariz, ¿entiendes? (Créeme, puedo ser bastante cruel si me lo propongo. Pregúntale a Sarah, a Noah o a Akihiro; no te mentirán). Y si descubro nuevas cortadas en ti..., haré que tu padre te encierre en un loquero. Él lo pensaba todos modos, yo lo convencí de no hacerlo. Esos lugares son horribles, no querrás terminar en uno.

Alissa afirmó preguntándose en qué momento habrían hablado David y Takehiko, imaginó que cuando estuvo hospitalizada. Le lastimó saber que su padre consideraba encerrarla en un centro de salud mental, pero llegó a la conclusión de que él lo haría para salvarla.

Takehiko sonrió, y volvió a caminar con dirección a la puerta. Alissa no supo qué hacer, ¿se quedaba esperándole o lo seguía?

—Camina, Collins —dijo sin esperarla—, tienes un almuerzo que terminar.

«De nuevo por mi apellido», pensó entristecida. Le gustaba más cuando él pronunciaba su nombre, sobre todo porque lo hacía con un acento que le parecía encantador.

—S-sí. —Corrió hasta a él. Respiró profundo y añadió—: Pero ya comí.

Él ni siquiera la vio.

—No, que yo sepa. Acabas de vomitar todo.

Alissa calló, preocupada. ¿Y si continuaba aumentando de peso? No podía, no quería. Sería un horror. Mas, recapacitó, tenía que esforzarse y avanzar, como él le había dicho: con los ojos puestos en el mañana.

Esa idea le gustó.

«El futuro».

De repente le pareció brillante y lleno de esperanza, incluso si Christian no se hallaba en él.

Cuando estuvieron de regreso en el comedor, las miradas de su grupo de

amigos se fijaron en ambos de inmediato. Murmuraban entre ellos preguntándose unos a otros qué estaba sucediendo. Takehiko, sin embargo, suspiró fastidiado considerando lo molestos que podían llegar a ser. Rodó los ojos cuando Isabel rio dándole un codazo a Sebastian quien, al verlos, enarcó una ceja. Los ignoró. Volteó hacia Alissa; ella estaba ruborizada, Takehiko se cuestionó si era por él.

Noah le sonrió con picardía, al igual que Akihiro. Takehiko deseó desaparecer en ese instante. Ellos no lo dejarían en paz después de ese día, nunca, jamás. Pero la buena noticia era que él regresaría a Japón cuando todo eso terminara. Ellos no podrían fastidiarlo allá, aunque siempre existía la posibilidad de que lo hicieran por medio de llamadas telefónicas.

Takehiko le indicó a Alissa que tomara asiento, mientras que él iba a la cocina por un poco más de comida. Ella negó suplicante, mas él no le hizo caso.

Regresó en cuestión de minutos con un plato con arroz blanco, un trozo pequeño de pollo y ensalada, además de un café negro y sin azúcar, y dos porciones de pastel de queso con glaseado de cerezas. Colocó frente a ella casi todo, él solo se quedó con el café y una ración de postre.

Alissa exhaló. Se mordió el pulgar, insegura, debatiendo dentro de sí misma y al final negó haciendo a un lado la comida.

Takehiko se llevó la taza a los labios. El aroma del café lo relajó.

—Hi... Hiko, ¿no es demasiado?

Él la vio de reojo. Resopló, y le dijo que no con un movimiento de cabeza corto y rápido.

De nuevo las miradas curiosas se posaron en ambos. La mayoría había terminado de comer, pero estaban entretenidos con ellos. Takehiko maldijo en su interior. Era obvio que sospechaban sobre sus sentimientos hacia Alissa, sin embargo, a él no le parecía nada agradable confirmárselos. Se trataba de su vida personal. Noah suprimió una carcajada y murmuró al oído Akihiro, los dos lo vieron por un segundo, luego se echaron a reír al unísono. Takehiko dedujo, por la mirada pícara de su hermano, lo que hablaban.

—E-e-e-es mucho —Alissa tartamudeó otra vez—, seguiré engordando.

Takehiko quiso ignorarla, mas no pudo porque ella había mencionado que estaba gorda. Eso le cayó como un balde de agua helada. ¿De dónde sacaba semejante idea? Entonces se acordó de lo que investigó en *Internet* antes de subir al autobús: era una característica de la bulimia. Alissa se veía a sí misma como a una obesa, batallaba contra eso. Ese tenía que ser uno de los

motivos por los que se autoflagelaba.

—No lo creo —dijo—, además, estás demasiado delgada. De seguir así, vas a desaparecer.

—¿De-de-delgada? ¡Pero si estoy redonda!, parezco un cerdo.

Takehiko torció la boca. Iba a responder, pero Julie se le adelantó:

—Claro que no. Estás flaquísima, cariño. ¿De dónde sacas esa idea tonta? Y no pareces ningún cerdo, eres bellísima y tienes un cuerpo muy lindo también.

—Es cierto, Alis —intervino Dylan—. Lo que digo es... que es cierto lo que dice aquí la redooonda y embarazaaada señora Green. —Noah se quejó por el insulto hacia su esposa, pero Dylan lo ignoró—. Estás...

—Demasiado flaca —interrumpió Tyler—. ¿Quién te dijo que estabas gorda? Yo mismo lo mato, ¡eh, eh! Yo mismo lo mato, Alis. Seguro fue la redonda, es la única gorda embarazada aquí. Tú no, Susan, tú estás hermosa; y, además, tu esposo es un mafioso de la mafia que asesina mafiosamente, yo con él no quiero problemas. Hablo de la señora...

—Green. —Dylan entrecerró los ojos, viéndola con malicia.

—Sí, esa misma, Dylan: la seeñora Green. Debió de ser ella.

Julie se echó a reír por los comentarios de los gemelos.

—¡Hey! —Noah frunció el ceño—. Dejen en paz a mi mujer.

—Si no, ¿qué? —dijo Tyler.

—Apoyo a mi otra mitad. Si no, ¿qué? Seguro fue la redooonda la que dijo...

—Del espejo... —murmuró Alissa.

—Ay, Alis... —Isabel se quejó con dramatismo—. Ya desearía yo estar así de flaca. No digas tonterías. Vamos, come un poquito, mira que si no paaapi Hiko te castigaráááá.

El grupo carcajeó.

Takehiko le dirigió una mirada cargada de enojo Isabel. Ella se encogió de hombros. Iba a reclamarle, pero se sintió mejor cuando oyó la risita suave de Alissa y la vio tomar los cubiertos.

—Anda. —Debra habló con amabilidad. Se llevó un mechón de cabello detrás de la oreja y le acarició el brazo—. Come un poco, ¿sí? Por favor.

Alissa se dio por vencida.

—Bu-bueno..., está bien; pero no me comeré todo.

Takehiko deseó gritar de felicidad y orgullo, pero se contuvo. Alissa lo vio esperando su aprobación; en ese momento él entendió que ella suplicaba

su apoyo, de modo que le apretó la mano que reposaba sobre la mesa y le guiñó un ojo; después siguió bebiendo su café y comiendo del pastel.

Cuando terminó, se retiró en silencio, no sin antes advertirle a Alissa que la estaría vigilando. Ella no le contestó, tampoco hizo falta; la expresión de su rostro lo dijo todo. Él había querido besarle la frente, en su lugar salió huyendo del comedor.

CAPÍTULO 21

Takehiko arrugó el entrecejo cuando se encontró con el cuerpo apaleado de un lobo. Tomó una rama, se acercó inseguro y lo tocó, pero el animal no hizo ningún movimiento. Estaba muerto. Él meneó la cabeza pensando que aquello: en otras regiones podía ser considerado un sacrilegio; sin embargo, no todos eran creyentes, no todos reverenciaban las mismas cosas. Incluso él no lo hacía, lo que disgustaba más que cualquier otra cosa a su padre.

Iba a continuar con su exploración. Se detuvo al oír el llanto de un animal, por lo que se desvió hacia un pequeño matorral; entonces lo halló: un cachorro mestizo que lo veía con temor. Pensó: «aquella era su madre».

Extendió el brazo para tocarlo, pero el animal retrocedió aterrado. Takehiko sintió compasión, cierta dulzura. Se acercó un poco más, con cautela, dando pasos cortos. Y lo cogió desprevenido. El pequeño animal se removió en sus brazos, sin embargo, Takehiko no lo soltó.

—Está bien, está bien —murmuró—. No te haré daño.

Con el paso de los minutos, el cachorro fue calmándose, habituándose a él, hasta quedarse dormido en su regazo. Takehiko consideró dejarlo libre; aquella habría sido una mala idea, no sobreviviría solo por mucho tiempo, terminaría siendo presa fácil de un animal más grande o moriría en las manos de algún ser humano indolente como el que había asesinado a su madre. Suspiró sintiéndose confundido. A la casa no podía llevarlo, primero porque no le pertenecía, y segundo, porque se traba de un animal salvaje. Tampoco podía llevárselo dentro de su equipaje a Japón. Permaneció pensativo, buscando alternativas. No halló ninguna, no obstante, recordó que la dueña de la propiedad era Alissa y que a ella le gustaban los animales. Caminó hasta el árbol más cercano y tomó asiento bajo sus ramas cubiertas de nieve.

Tenía frío, mucho frío.

Se sacó el *smartphone* con cuidado de la chaqueta y buscó su número de teléfono.

Alissa:

«Collins, ¿puedes venir a la laguna? Estoy sentado debajo de un árbol grande y cubierto de nieve. Bueno, hay muchos, pero seguro me encuentras.

Me gustaría enseñarte algo..., alguien..., lo que sea».

Enviado: 26 de dic., 02:25 P.M.

«Sí, claro. Dame unos minutos».

Recibido: 26 de dic., 02:30 P.M.

«Está bien. Por cierto, trae una cuerda o algo así, por favor».

Enviado: 26 de dic., 02:37 P.M.

«Ok, aunque no entiendo nada».

Recibido: 26 de dic., 02:42 P.M.

Takehiko leyó el último mensaje de Alissa, aunque no respondió. Permaneció tembloroso y abstraído. Inhaló profundamente y retuvo el aire, se preguntó qué palabras debía decirle para que ella no se negara. Exhaló. No debía de ser tan difícil; algo como: «hey, Collins. Es una cría de lobo, cruzada con un perro grande. Muy exótico, ¿no lo quieres? ».

Rio entre dientes. Eso era estúpido.

Los pasos resonaron sobre la nieve; Takehiko giró la cara hacia la izquierda. Alissa casi corría, al verlo, se detuvo de golpe y le sonrió con delicadeza, tímida como de costumbre. Se acercó hasta quedar frente a él, obstruyéndole la vista. Después, sus ojos se abrieron de par en par, al igual que la boca. A Takehiko le pareció que tenía la forma de una perfecta «o» mecanografiada. Sintió cómo una especie de calor le invadía el pecho. Le devolvió la sonrisa.

—No te asustes, apenas es una cría. Además, no muerde..., mucho. ¿Tienes lo que te pedí?

Ella afirmó sin dejar de verlo. Le entregó la cuerda, que el reconoció como su cinta para el cabello, y alargó el brazo para acariciar al animal. El mestizo se movió inquieto, Alissa retrajo la mano y esperó unos segundos, luego volvió a intentarlo. Lo hizo varias veces hasta que él se acostumbró a su tacto.

—¿D-de dónde lo sacaste? —preguntó.

Takehiko señaló hacia la derecha.

—Mientras caminaba, tropecé con la madre, que estaba muerta. A él lo encontré de pura casualidad.

—¡Po-pobrecito!, es huérfano. —Takehiko no supo qué responder. Alissa esperó que dijera algo, pero como no lo hizo, prosiguió—: ¿Pi-piensas llevarlo a casa?

—Si no te molesta...

—No, ¿cómo crees? E... es precioso y, además, huérfano. Si lo dejamos solo morirá. ¿E... es un lobo?

—Solo la mitad, creo que su padre era un perro de caza o algo así. ¿Eso te incomoda?

—Nop. Es una be... belleza. Aunque sea mestizo, sigue estando in-

indefenso, necesita cuidado y amor.

Takehiko la vio con ternura pensando que Alissa tenía una gran compasión dentro de ella. Se quedó analizando la cinta, concluyó que era demasiado bonita como para atar al perro, pero no tenía más alternativas.

—¿Sabes hacer moños? —Alissa asintió—. Qué bueno, ¿le harías uno?

Ella afirmó con un gesto. Takehiko se puso de pie. Sostuvo al cachorro hasta que Alissa terminó y, al final, se lo entregó.

Alissa ladeó la cabeza, confundida. Él carraspeó.

—Para ti. Creo que serán buenos amigos.

Alissa rio con suavidad.

—Gracias.

—No te preocupes, ¿regresamos? Tengo el trasero congelado, sabes.

Ella carcajeó. Después se mordió el labio y respiró.

—Pa... parece de buen humor.

—Me levanté con el pie derecho, imagino.

Alissa afirmó; el cabello se le movió un poco, y a Takehiko le pareció que se veía más hermosa. De repente pensó en la Reina de las Nieves. Alissa parecía salida de un cuento de hadas, con la diferencia de que no era perfecta ni pretendía serlo; y, aun así, cuánto más se esforzaba en mostrar malas actitudes, más perfecta le parecía. Era una idea infantil, pero él no estaba pensando con claridad.

Comenzaron a caminar juntos. Ella iba a su lado jugueteando con el cachorro, pero paró de un momento a otro y se lo quedó viendo.

—Alis...

—¿Q-qué nombre le pondremos?

Takehiko no había pensado en eso.

—No lo sé, ¿quieres escoger uno?

—N... no se me ocurre nada.

—Bueno, es un perro-mitad-lobo. ¿Qué tal si lo llamamos Perro, Colita, Pequeño, Bigotes, Lobo... o algo así?

Alissa lo vio como si le hubiera salido un cuerno en la frente, y se echó a reír con ganas.

—Son horribles.

—Pero ustedes les ponen nombres horribles a sus mascotas todo el tiempo. Por ejemplo: Sarah y yo teníamos un gato, ella lo llamó «Señor Miau»; como te imaginarás...

—Pobre gato. —Alissa murmuró desviando la mirada.

Takehiko creyó que su comentario le había hecho recordar a Christian. El silencio se extendió por un par de minutos. Ella volvió a sonreírle, le sostuvo la mano y dijo en tono cómplice:

—Sa-Sarah tiene una imaginación espantosa. Pero no le digas que yo te dije.

Takehiko se mordió la lengua para no reír. Vio la mano de Alissa, sintió deseos de besarla. Ella siempre le provocaba esas cosas.

—¿Qué te parecen *Shippo*, *Inu* u *Ōkami*?

—¿Y eso qué significa?

—Cola, perro y lobo.

Alissa hizo un sonidito al chocar la lengua repetidas veces contra su paladar, en señal de desaprobación.

—Tiene una terrible..., hum..., imaginación señor Sakurai.

—¿Qué? Ahora me dirás que no suenan interesantes así.

—Bu-bueeeenooo..., tal vez.

—Ahí está, Collins...

—Alissa, Alis... Collins es demasiado lejano, y somos amigos, ¿cierto? Porque somos amigos...

Alissa no tartamudeó; se sentía confiada. Takehiko le soltó la mano y, por segunda vez estando juntos, le acarició ambas mejillas. Ella se sonrojó y trató de esconder el rostro, pero él se lo impidió. Se vieron a los ojos. Takehiko se dijo a sí mismo: «bésala». Unió sus frentes como la vez anterior. Ella se mordió el labio.

Takehiko murmuró:

—Sí..., somos amigos..., Alissa.

—G-g-ge...

—¿Te pongo nerviosa? A veces, cuando estamos así de cerca tú...

Takehiko se interrumpió a sí mismo y la soltó diciéndose que, de no hacerlo, la besaría; y no podía besarla, porque ella solo lo llamaba «amigo».

Ella, que continuaba con el rostro rojo, aspiró y dijo:

—¿Y si lo llamamos Príncipe?

Takehiko se desilusionó cuando ella evadió el tema. Aun así, quiso saber si no lo imaginaba: si acaso ese temblor en su cuerpo y voz no era una alucinación más. Deseó con todas sus fuerzas que Alissa Collins sintiera algo más que amistad por él.

—¿Príncipe? —repitió incrédulo—, ¿y después dices que«Colita» es horrible?

Ella negó.

—Pe-pero piénsalo, es como de un cuento de hadas. Es un príncipe que escapó de la muerte. ¡Ah!, como en esa obra de te... teatro que hiciste en la escuela, ¿sí te acuerdas?

—¿Tú lo haces?

—Pu-pues claro, ¡estuviste genial! Fui con Sarah y Chris. Yo lo supe desde que actuamos juntos y..., ehm..., me ayudaste a no tartamudear en público. Quiero decir, supe que la actuación era lo tuyo.

Takehiko la vio con ternura. ¿Ella se acordaba de esas cosas?, ¿lo había notado en ese tiempo?

—Me viste...

Alissa rio como una niña.

—Y fui la que m-m-más aplaudió.

—No lo sabía.

—¿Sa... Sarah no te dijo? Yo no me pude quedar después porque mi padre fue por mí para... no importa. Pero te dejé flores y le dije a Sarah que me hiciera el favor.

—No, nunca me lo dijo.

—Oh, bu... bueno, ya no importa. ¿Y qué dices?, ¿te gusta Príncipe?

Él asintió pensativo.

—Príncipe, será.

En aquella oportunidad, recordó, Sarah parecía nerviosa. Ella jamás mencionó nada sobre Alissa o sus flores; pero le pareció normal que no lo hiciera porque, aunque eran amigas, Sarah sentía celos de ella... por culpa de él. Le alegró que a pesar de todo continuaran siendo unidas.

«Pero ¿qué habría hecho yo de saberlo?», pensó.

«Me viste, ¿realmente me viste? ¿Puedes hacerlo ahora?».

Alissa dio algunos brinquitos apretando a la cría de lobo contra sus pechos. Takehiko suprimió un suspiro y, luego, una risita al ver el rostro del animal: ella lo había asustado.

Alissa continuó su camino, dejándolo atrás.

—¿Ves, Príncipe? —dijo con aire soñador—. Tu papi, o sea, Hiko (ese se-señor serio de allá), y yo te vamos a cuidar y a querer mucho.

Ella siguió hablando, sin embargo, Takehiko no alcanzó a oírla; se había perdido en medio de sus pensamientos.

«Ella me llamó...», no fue capaz de terminar. De momento el aire le faltó.

Desde que la conoció ese había sido su más grande sueño.

CAPÍTULO 22

Sentada sobre la cama, Alissa deslizó los dedos sobre sus labios. Había algo que no olvidaba: un sueño que días atrás le causó una enorme confusión y, también, una amargura terrible. Fue la segunda y última vez que le ocurrió, no obstante, ese le pareció mucho más real que aquel que tuvo durante el sepelio de su novio. Le pareció absurdo. ¿Desde cuándo los sueños podían sentirse tan reales, al punto de hacerla dudar de que se tratara de uno en realidad? No lo supo, aun así, luchó por olvidarse de ellos.

No le fue posible.

La sensación de aquellos labios fríos y delgados —tan distintos a los únicos que conoció siempre— no se desvanecía, ni el sabor salado que percibió en ellos.

Era un sueño difuso: Christian murmuraba cosas que no escuchaba con claridad, antes de besarla. Alissa recordó que llegó a preguntarle qué había sido de su melena, pero él no respondió ni una palabra; se limitó a unir sus labios en un contacto más profundo, que no rechazó, y al final le recordó con crueldad lo que ya sabía: que estaba muerto.

Las lágrimas le humedecieron las mejillas. Alissa no les dio importancia, no había nadie ante quien fingir estar bien. Se encontraba sola y, si se sinceraba, necesitaba dejar salir toda la amargura para poder ser libre de verdad.

Christian nunca dejaría de ser especial para ella, un ser amado. Jamás lo olvidaría, pero entendía que mientras siguiera viva su deber era luchar. Sabía que no volvería a amar a otro hombre, que nunca nadie conseguiría ganarse su corazón, con todo, no significaba que se fuera a dejar vencer. Lucharía, lo haría por sí misma, su familia y Christian.

Una sonrisa tenue se le dibujó en los labios. No sabía de dónde había sacado ese pensamiento ni las fuerzas para batallar contra sí misma y todo lo que la había estado marchitando, aun así, tenía presente que se trataba de lo correcto.

La imagen de Takehiko le vino a la mente. Las palabras que le dijo en la clínica, las rosas que le obsequió, su sinceridad y los detalles que había tenido con ella: la amabilidad que le demostraba cuando sabía que nadie estaba viéndolos. Todo bailó dentro de su mente, produciéndole felicidad. Sintió cómo una especie de calor le llenaba el pecho y, luego, los latidos de su corazón que iban en aumento. Los comparó con el tamborcito de un niño.

Alissa comenzó a debatirse entre un montón de explicaciones, dudas y probabilidades. Y el sentimiento, al que llamó cariño, que Takehiko despertaba dentro de ella. Era posible, se dijo casi con nostalgia, que se tratara de mera simpatía. Fuera como fuera, debía dejarlo de lado para poder comenzar desde la nada, desde ese fondo vacío y gélido donde su novio la dejó al morir.

¿Cómo sería su realidad si Christian viviera? No lo sabía.

¿Cómo sería de no haberlo amado jamás? No quería ni pensarlo.

«Lo que no fue nunca será. Lo que es ahora, mañana se convertirá en una ilusión», pensó.

La vida, junto con sus altibajos, no es más que un espejismo, algo intangible que se hace palpable por momentos y se desvanece en otros. Pero, en general, siempre es así: una ilusión inalcanzable que cuando se cree obtenerla cambiaba las reglas del juego solo para hacer sufrir a los pobres ingenuos.

Alissa lo sabía, era por ello que prefería enfocarse en mejorar su salud física y mental, en —por difícil que fuera— olvidar.

Decidió salir a caminar. Las vacaciones de invierno estaban por terminar, tenía que aprovechar el tiempo que le quedara en la propiedad de la difunta señora Dunne. Eso le ayudaría a despejar la mente.

Tropezó con Julie, quien con una sonrisa amable la saludó. Alissa respondió con la misma gentileza antes de preguntarle por Takehiko; ella negó diciendo que no tenía idea de dónde pudiera haberse metido. «Hace como una hora vi que se dirigía hacia... No sé a dónde iba, pero estaba de mal humor... como siempre», le dijo antes de despedirse y continuar hacia las habitaciones.

Alissa fue a buscarlo.

Suspiró al encontrarlo sentado frente a la chimenea, leyendo uno de los libros de la pequeña biblioteca de la casa. No tenía idea de que a él le gustaran las obras de Goethe. Se acercó para saludarlo.

«Bueno, su cumpleaños es en febrero, al menos ya sé que regalarle», pensó.

Se detuvo sorprendida al percatarse de que pensaba en él de una forma poco usual. Quiso devolverse, pero ya era tarde. Takehiko levantó la cara y se la quedó viendo; Alissa trató de esconder el sonrojo de sus mejillas, mas fue inútil. Él le sonrió como lo hacía cada vez que le preguntaba si la ponía nerviosa. Alissa entrecerró los ojos. Hubiera podido jurar que le coqueteaba

en esos momentos; pero era absurdo, sobre todo porque ella no le interesaba de esa forma. A Takehiko le gustaban las del tipo de Sarah o Isabel: bonitas, elegantes y risueñas.

Se mordió el pulgar. Respiró buscando las fuerzas para hablarle, pero de nuevo le resultó imposible. Él cerró el libro e inclinó la cabeza hacia la derecha.

—Ta... Hiko —dijo en tono bajo—, yo...

Hizo silencio de repente y se quedó viéndolo. Alissa consideró que él tenía una linda mirada, pese a ser severa casi todo el tiempo, y una sonrisa encantadora.

—¿Tú...?

—E-e-es que yo..., bueno, yo... ¿E-estás ocupado?

El rubor en las mejillas de Alissa se intensificó cuando se dio cuenta de que había dicho una tontería. Sin poder contenerse, se dedicó a balbucear frases sin sentido.

Esos nervios no eran comunes.

—S-s-sé que estás ocupado, porque estás leyendo un libro de Goethe, pero lo que digo es que..., pues yo... Es un día her-hermoso y creí que te aburrías, y yo q-q-quería...

—¿Te sientes bien?, estás roja y...

—No —interrumpió en un susurro.

—¿Alis...? —Las palabras murieron en la boca de Takehiko cuando ella giró sobre sus pies y se echó a correr asustada de sus propios pensamientos y emociones.

¿Qué fue todo eso? ¿Por qué estaba pensando en él de esa forma?

Alissa se permitió expulsar el aire con lentitud detrás de la puerta de la cocina. El corazón le palpitaba con violencia y las manos le temblaban. Se sentía ahogada, como si estuviera en el fondo del mar, luchando para salir a la superficie, pero no pudiera. ¿Por qué Takehiko la hizo sentir más insegura de lo normal con una simple mirada, como desnuda e indefensa? Era como si él pudiera atravesar todo el dolor hasta encontrar su alma y hacerla feliz con tan solo una sonrisa despreocupada. Takehiko desvestía cada fibra de su ser, y terminaba descubriendo sus secretos; lo supo durante una de sus charlas, cuando se desahogó en su pecho, llorando hasta que las fuerzas le faltaron, y por fin tuvo el valor de contarle a alguien cómo se estaba sintiendo con respecto a Christian.

Alissa abrió el frigorífico, tomó un tarro de un kilogramo de helado de

frutos silvestres y le retiró la tapa. Se llevó una cucharada cargada a la boca, lo saboreó y repitió proceso.

Recordó, con una sonrisa, aquella oportunidad cuando —después de haber llorado durante casi una hora— él la separó con delicadeza de su pecho y, viéndola a los ojos, le dijo: «Dime, ¿algún día te darás cuenta de que la vida no se te acabó con la muerte de tu novio? Lo que yo veo es a una mujer que se niega a levantarse, porque le es más cómodo continuar sumergida en sus penas, lo cual es lamentable. No sé, ni me interesa saber, lo que diría o querría Christian, pero puedo estar seguro que no sería verte acabar contigo misma de una forma tan estúpida».

Escucharlo decir esas palabras estremeció su mundo de tal modo que, aquello que antes le pareció oscuro y horroroso, terminó iluminándose para mostrarle un camino diferente. Eso querría su novio.

Alissa vio dentro del recipiente y exhaló. Desde aquel episodio en los sanitarios no sentía tantas ganas de ir a ellos para vomitar. De hecho, estaba bastante distraída con Príncipe, Takehiko y sus amigos, como para pensar en seguir haciéndose daño. Le gustó la idea de poder continuar de esa forma: sin lesiones, sin insultos hacia sí misma, sin el intenso deseo de morir. Sin nada fuera de la felicidad que le proporcionaban las cosas simples.

Ser su propia heroína, eso le gustó incluso más.

Se llevó los dedos a los labios. Estaban fríos, igual que los que la besaron. Se concentró en el sueño que cada vez se hacía menos borroso: sonidos y sensaciones; en el perfume que la hizo sentir calmada porque era suave y delicioso.

Un aroma cítrico, como el que caracterizaba a Takehiko.

Y, en aquel momento... «Yo no soy Christian, ¡él está muerto!», resonó dentro de su cabeza. Sin saber por qué, Alissa lloró con amargura sintiéndose culpable.

Había una escena difusa en sus recuerdos, un sueño que recién se hacía claro. ¿Por qué el hombre que le había besado no era su prometido? Reprimió un sollozo.

—Oh, por Dios.

Alissa palideció.

No era posible, no podía serlo.

—Fuiste tú...

CAPÍTULO 23

Alissa estaba decaída. Takehiko lo supo en cuanto la vio, pero no le era posible entrever los motivos. Solo fue consciente de que ella lo había estado ignorando desde el viernes, y ya era martes. Faltaba solo una semana para regresar a Lago Púrpura.

No se trataba de que le afectara, ya se había acostumbrado a esas cosas: el dolor y la inocente indiferencia de Alissa; el problema estaba en que una voz desconocida, a la que apodó «conciencia resucitada», le estaba diciendo que era su culpa.

Alissa sonrió colocando un collar de cuero en el cuello de Príncipe, sin embargo, las lágrimas le cristalizaban los ojos. Era una imagen triste que Takehiko observaba desde un rincón, fingiendo desinterés, mientras que Noah parloteaba sin cesar sobre todo lo que veía: el cielo, la tierra; la comida..., el abdomen hinchado de su mujer y las nuevas manías que había adoptado con el embarazo, el mal que le hacía juntarse con Sarah e Isabel, ya que había empezado a golpearlo por todo; lo contento que estaba por saber que su hijo nacería pronto, su deseo profundo de que el bebé heredara los ojos de Julie y su cabello; que fuera una versión masculina de ella, porque así sería todo un casanova, uno que seguro conquistaría más mujeres que el futuro hijo «amargado» que Takehiko aún no tenía...

Takehiko sintió deseos de mandarlo a callar con unos cuantos gritos o de matarlo a golpes, ambas opciones se hacían tentadoras; pero se trataba de su mejor amigo, lo único que podía hacer era ponerle atención y suplicar porque se muriera asfixiado con su propia lengua. Eso hasta le hubiera hecho reír.

Alissa levantó el rostro y se lo quedó viendo durante un momento; Takehiko sintió que estaba reprochándole algo, mas no tenía idea de qué podía ser. Ella suspiró, se enderezó y se fue caminando hacia el interior de la casa, sin hacer caso a las palabras de Karel, quien estaba bastante interesado en hablar con ella. Takehiko la siguió con los ojos hasta que no pudo verla, y devolvió su atención a Noah; pero él también se encontraba viendo a Alissa.

Noah inclinó la cabeza, pensativo. Un gesto que Takehiko ya conocía se apoderó de su semblante; parecía un pequeño zorro a punto de hacer una travesura.

—Takehiko, ¿tú no...?

—¡No!

Noah se cruzó de brazos.

—Yo solo quería preguntarte si te gustaría ser el padrino de Mathias, ¿sabes!, ¿por qué tienes que ser tan amargado, imbécil? Ni siquiera me dejaste terminar.

Takehiko suspiró aliviado.

—Cállate, idiota. Seré el padrino de tu mocoso cara de rana, ¿ya? Pero cierra la boca, no grites. Me duele la cabeza.

Noah entrecerró los ojos, después le sonrió con maldad. Takehiko resopló tratando de ignorarlo, pero cuando se trataba de Noah le resultaba más que difícil.

—Aguafiestas —murmuró como el niño de dieciséis años que una vez fue.

—También un chino de mierda, pero eso todos lo saben —dijo Sebastian, que recién llegaba junto a ellos.

Noah dejó escapar una risita burlona. Takehiko, en cambio, se mordió la lengua para no gritarle. Se preguntó si alguno de los dos maduraría alguna vez. Tal parecía que no. Noah estaba a punto de ser padre, pero continuaba comportándose como un niño. La pobre Julie tendría que criar a dos bebés al mismo tiempo, concluyó. Sintió lástima por ella.

—Y un hermanito tonto.

Takehiko se sobresaltó al oír la ronca voz de su hermano a sus espaldas. Se giró para verlo; Akihiro le sonrió con arrogancia e ignorándolo, tomó asiento junto a ellos. Su hermano no era un hombre demasiado alegre, sin embargo, a Takehiko le pareció que tampoco pretendía ser lo que no era; no desde que conoció Susan, eso tenía que reconocerlo. Ella causaba una especie de efecto en él que... Susan tenía el mismo efecto en Akihiro que Alissa Collins en él.

—Akihiro —refunfuñó.

Su hermano se encogió de hombros, al igual que Noah y Sebastian, agitó la mano restándole importancia y dijo:

—Noah, Julie te está buscando como loca por todos lados.

Noah soltó un gritito afeminado. Se hacía comprensible; cualquiera lo habría hecho de tener una esposa embarazada que se había vuelto violenta, como la suya.

—Yo mejor me voy —dijo Sebastian mientras se levantaba—. Isabel espera que haga un dibujo de ella y..., bueno..., ya saben cómo es.

Noah afirmó con la mano en la barbilla.

—Es como Sarah, sabes, pero rubia y de ojos azules...

—Y un cuerpo maravilloso, que no se te olvide. Sarah es menos..., no sé cómo decirlo sin sonar como un perverso..., no está tan bien dotada —respondió Sebastian haciendo gesto con las manos, como si tuviera pechos enormes.

Akihiro frunció los labios. Exhaló, y añadió:

—Eso es poco caballeroso, pero debo admitir que es cierto.

Noah silbó.

—Pero es linda, sabes. Además, Susan tampoco está muy dotada que digamos.

Takehiko enarcó una ceja tan pronto como oyó la afirmación de su mejor amigo. Cerró los ojos e imaginó a su antigua novia: Sarah tenía la piel blanca pero cálida, unos expresivos ojos castaños, que a él le gustaban mucho, y una sonrisa encantadora; además de una impresionante melena ondulada teñida de rojo rubí. Sin embargo, tuvo que admitir que eso no fue suficiente para él. Lo de Sarah era físico; con Alissa, no obstante...

A ella sí la amaba de verdad.

—A mi mujer no la metas en tus cosas, cabezota —protestó Akihiro—. Ya quisieras que Julie se le pareciera un poquito.

—Uhhh... —Las voces de Dylan Tyler se oyeron al unísono.

Takehiko frunció el ceño. No se había dado cuenta de que estaban junto a ellos. Quiso saber en qué momento habían llegado.

«Son como fantasmas —pensó—. Los aterradores Gemelos del Terror».

—Yo que tú correría, Noah, Akihiro es un ninja asesino —dijo Tyler.

Su hermano carcajeó.

—Sí, sí, sí. Es como un ninja mafioso de la..., ¿cómo es que se llaman esos, los que se parecen a la mafia italiana, pero son de Japón?

—*Yakuza* —respondió Akihiro.

—Eso, eso —dijo Dylan.

Akihiro negó.

—Idiotas, si yo fuera de la *Yakuza*...

—Oye, Akihiro —habló Noah—, ¿por qué nunca estuviste de acuerdo con la relación que tenían el imbécil y Sarah?, ¿acaso te gustaba? ¡Por supuesto!, esos celos no eran normales, sabes. Ya lo decía yo, que algo raro pasaba, pero era porque ella te gustaba. A menos que... No, ¡qué asco! De solo pensarlo me dan escalofríos, sabes, qué asco.

Los gemelos y Sebastian vieron a Noah con recelo, al igual que Takehiko. ¿Qué decía? Akihiro se cruzó de brazos y suspiró con pesadez. A Takehiko le

pareció que estaba tenso.

—Es obvio que no, cabezota. Y, sobre lo otro, ¿qué porquerías ves, lees o piensas? A veces me asustas.

—Pero si lo piensas... Ya, no importa.

—Cabezota —contestó Akihiro poniéndose de pie y caminando junto a Sebastian.

Dylan y Tyler los siguieron.

—Qué malo eres. ¡Hey, espérenme!, ¡Jul me va a matar si no llego con ustedes, sabes, no corran! ¡Espérenme, hey, hey!

Takehiko permaneció sentado un rato más, solo, pensando en lo despreocupados que todos parecían; excepto él y Alissa, por supuesto.

Decidió ir a la biblioteca para leer un poco. Tal vez algo de Poe le haría bien.

Alissa y Takehiko se cruzaron en la biblioteca. Ella pretendió salir tan rápido como había entrado, para huir de él y de las dudas que le atormentaban; pero Takehiko la detuvo sujetándola del brazo. Desde su perspectiva sus ojos destellaban de furia, como si se llenaran de sangre. Otra vez creyó percibir ese dolor que lo invadía y, luego, amor y odio. Tantas cosas confusas que le hacían sentir mareada.

Se obligó a sí misma a ver el piso, para no ser tragada por la noche. Las piernas le temblaron al oír su propia respiración, agitada, intermitente. Se asfixiaba, sin embargo, empezaba a gustarle esa sensación. Estaban cerca, muy cerca... Pensó en Christian, el dolor regresó; eso la hizo sentir fuerte, porque si se concentraba en ello no cedería a esa extraña sensación.

Un incómodo silencio los envolvió un largo rato. Alissa sintió un nudo en la garganta. Trató de convencerse de que no lo quería, pero lo que más deseaba era ser absorbida por la oscuridad de sus ojos. El miedo se incrementó.

Intentó salir corriendo a su dormitorio, pero Takehiko le apretó el brazo con fuerza, tanta que no le permitía moverse. Él de nuevo buscaba algo en ella. Alissa apenas empezaba a entenderlo, eso era lo que le causaba terror: que su sueño se convirtiera en una realidad y, aún peor, que ella lo anhelara de nuevo.

Takehiko no podía quererla, él no podía hacerle eso; pero ella —muy en

el fondo— lo deseaba así.

—¿Qué sucede, Alissa? —preguntó—, no pretendas decirme que nada; no te lo voy a creer.

—E-e-es que... —La garganta se le secó. Alissa no tenía idea de cómo continuar hablando, de modo que lo hizo sin pensar—. ¿Tú me besaste?

Takehiko la vio asombrado. Alissa supo que esa era su respuesta, aun así, quiso saber más.

—¿M-m-m-me be...?

—¿De qué hablas? —Takehiko la interrumpió en un murmullo.

Alissa desvió la mirada hacia su brazo. La mano de Takehiko descendió temblando, después él formó un puño y aspiró.

Ella se animó a seguir:

—En mi sueño, tú me be... besaste, ¿lo hiciste? Al principio creí que alucinaba, que se trataba de un error, pero ahora yo... no sé.

Él expulsó el aire de golpe. Se llevó la mano a la cara y permaneció callado. Alissa consideró que el tiempo pasaba muy lento. Takehiko abrió la boca, mas no dijo nada. Inhaló y exhaló repetidas veces y, transcurridos dos minutos, respondió:

—Tardaste mucho en descubrirlo, pero sí: te besé mientras dormías.

Ella se llevó ambas manos a la cara

—¿Po-po-po-por qué?, ¿Por qué hiciste eso si sabes que...? —Guardó silencio para calmarse. Respiró, pensó las palabras y continuó—: ¡Dios! Chris. Oh, Dios mío, ¿por qué?

Takehiko emitió una risita irónica.

—Esto es hilarante. ¿Chris?, ¿es en serio, no se te ocurre otra cosa? Está muerto, desde hace mucho, ¡acéptalo de una vez! ¿Y por qué? Eso es sencillo: porque me gustas, ¿cómo es que nunca te diste cuenta? Estuve enamorado de ti por tanto tiempo que cuando se transformó en amor me vi obligado a sacrificar muchas cosas para ocultarlo, para no interferir en lo que tú llamabas «felicidad». Pero eso no fue tu culpa; fue mía, por actuar como un idiota. Por pretender ser un mártir, por... ¡diablos!, por ser un cobarde. Pero tenía miedo de mis propios sentimientos.

—¿Q... qué dices? —Se atrevió a preguntar al borde del llanto. Él no podía estar hablando en serio— Eso es imposible. La chica de la que hablabas... No, t-t-t-tú no podrías...

Takehiko la aprisionó contra la pared. Colocó una mano de cada lado para que ella no pudiera moverse. Alissa tragó con dificultad.

—¿No podría qué, Collins? Dime, ¿no podría amar?

Ella se estremeció, Takehiko no le dio importancia. Él seguía viéndola con eso que Alissa no sabía identificar; que se negaba a identificar, pero estaba ahí. Quiso contestarle, pero él no se lo permitió.

—Es cierto —añadió con dolor—, ¿qué se podría esperar de mí? Soy Takehiko Sakurai, ¿no? Nunca me ha interesado lo que los demás sientan o dejen de sentir, y no existe nada más seguro que eso: ¡soy un maldito insensible! Eso me he repetido toda la vida, desde que mi hermano casi se muere por mi jodida culpa. Eso mismo me dije cuando accedí a salir con Sarah, solo para que ese retrasado mental que tengo como mejor amigo se diera cuenta de que ella no lo iba a querer jamás; no como él deseaba. Eso mismo me dije cuando quise consolarte aquel día, cuando Noah te rechazó por Julie; pero Christian estaba ahí para ti. Yo no cabía en tu precioso y elaborado cuento de hadas. Por esa razón llevé a Sarah conmigo a Japón... Yo quería olvidarte, deseaba poder amarla como ella lo merecía, pero no pude porque... tú seguías aquí...

Takehiko le tomó la mano y se la llevó al pecho, donde estaba su corazón. Alissa contuvo el llanto. Los ojos de Takehiko estaban llenos de lágrimas; se estaba quebrando ante ella. Él se mordió el labio y, luego de calmarse, siguió hablando:

—Y después se tuvo que morir ese maldito estúpido ¡y tú regresaste para recordarme que eras inalcanzable!; que yo no te merecía, porque eras demasiado buena para alguien como yo, para un intento de asesino como yo. Que jamás te fijarías... No puedo soportar la idea de verte llorar, de que te destruyas y no tengas el valor de notar lo que es evidente.

—Y-yo no... Es solo que Chris...

—¡Está muerto, por favor! Lo acepto: no debí besarte; pero no me importa. Quiero que lo entiendas, Collins, ¡lo volvería a hacer mil y una veces! Volvería a besarte si tú... si tú me lo permitieras. Y préstame atención, será la única vez que lo escuches de mí: te amo, Alissa, pero renuncié a ti hace mucho. Te amo, y no espero que entiendas cómo o por qué. Te amo, pero... pero puedo vivir sin ti. Yo solo... te amo, eso basta para mí y el saber que podrás ser feliz de nuevo en algún momento, aunque no sea conmigo — se lamentó.

Alissa ya no fue capaz de aguantar el llanto. Se dijo que aquello tenía que ser un juego, una broma cruel de su parte. ¿Por qué le decía semejante mentira?, ¿qué ganaba con hacerlo? Le pareció inhumano. Pero lo vio

entonces: cabizbajo, llorando en silencio, con el cabello cubriéndole la mitad del rostro; soportando todo ese dolor que ella le causaba. Alissa quiso acariciarlo y decirle: «gracias», pero el amor no se agradecía; solo se aceptaba o rechazaba. Ella no podía aceptar el suyo.

Aunque tampoco rechazarlo.

Takehiko envolvió la cara de Alissa con ambas manos, para forzarle a verlo. Volvió a unir su frente con la de ella, sus narices se rozaron. El corazón de Alissa palpitéo rápido.

Él separó los labios; Alissa cerró los ojos; Takehiko la besó, y ella correspondió con timidez. Sin embargo, él se alejó de pronto y la enfrentó como lo había hecho antes: ocultando sus sentimientos.

—No te preocupes —dijo con fingida naturalidad—, volveré a Japón. Perdóname, lo siento muchísimo, pero... me rindo. Me iré en la mañana.

Takehiko la soltó y caminó hacia la puerta; Alissa quiso detenerlo, gritarle que se quedara con ella, mas no lo hizo. No podía traicionar a Christian de ese modo horrible, pero ya lo había hecho... y se sintió feliz mientras duró.

Él cerró la puerta. Alissa se permitió llorar sin pudor, no ahogó los lamentos ni se limpió las lágrimas; sintió como si le apretaran el corazón al pensar en las palabras de Takehiko: él le amaba, lo había hecho desde siempre, mas ella no tenía idea de cómo tomarlo.

Takehiko Sakurai la estuvo amando durante años, y jamás lo notó.

Takehiko Sakurai estuvo sufriendo su indiferencia desde un principio, y ella no lo supo hasta ese día.

Takehiko Sakurai todavía no dejaba de amarla, ¿pero ella qué sentía por él?

«¿Por qué me besaste? Yo... yo no sé... ¿Ahora qué hago?».

Aun así, lo supo. Alissa Collins, lo supo cuando la figura traslúcida de Christian volvió a bailar frente a sus ojos como si fuera él quien se despidiera.

Alissa lo supo cuando se acordó de que Takehiko se iría a Japón de nuevo y ella no volvería a verlo.

Lo supo de inmediato, aunque fue confuso en un primer momento.

Takehiko, al cerrar la puerta, se encontró con los rostros llenos de

sorpresa de sus amigos; incluso estaban el abogado de Christian y su hermano viéndolo con pena. Eso fue otro golpe para su orgullo. Ellos habían escuchado la conversación, sin embargo, dejó de preocuparle al recordar que no era ningún secreto en sí, que todos ellos sabían o intuían que él estaba enamorado de Alissa. Aunque, recapacitó, ninguno tenía idea desde cuándo, solo Sarah, Noah y Akihiro.

Su hermano mayor le apretó el hombro; Takehiko supo de inmediato que estaba preocupado por sus palabras, porque recién descubría que nunca se había perdonado por el incidente que los involucraba.

—Hermanito... —dijo.

Takehiko colocó su mano sobre la de Akihiro, después retiró ambas con cuidado.

—Estoy bien.

—Pero Hiko...

—No te preocupes, Akihiro, ya era hora de que se enterara —murmuró—. ¿Puedes hacer algo? Consigue transporte para mí, por favor, yo... necesito pensar. Gracias.

Takehiko le dio un corto vistazo al grupo, y en seguida se fue al lugar en el que le consiguió a Príncipe. Allí podría pensar con calma.

Caminó lento, viendo de vez en cuando el cielo que lucía más despejado, aunque hacía frío. Cuando llegó al árbol, se dejó caer sobre la nieve y se recostó del tronco. Cerró los ojos y contuvo el aliento para no volver a llorar.

Odiaba sentirse vulnerable, pero junto a ella era todo lo que hacía.

No había hecho las cosas bien. Jamás debió decírselo de ese modo, sin embargo, el que Alissa mencionara a su exnovio lo hizo sentir celoso y herido. Como si no valiera nada. Christian estaba muerto. Él entendía el que ella continuara recordándolo, pero ¿por qué de esa forma?, ¿por qué como si no hubiera otra vida fuera de la que tuvo con él?

Se acordó de las conversaciones que tuvieron cuando se hicieron más cercanos. Ella mencionó, en ese momento, que su primer beso se lo había dado Christian y que, como toda mujer soñadora, esperaba con ansias el día de su boda. «Nosotros nunca...», trató de decirle después; pero él cortó el discurso con un asentimiento y luego le contestó: «Entiendo, Collins. Eres algo puritana, ¿sabes? Pero creo que eso me agrada».

Alissa se había sonrojado aquella vez, y lo vio con ternura. Él confirmó, como nunca antes, que no la merecía.

Pero en la biblioteca ella lo veía con terror, como si él fuera un monstruo

sin alma. Con todo, entendía que se debía al hecho de haberse enterado de esa forma que él la besó sin su permiso. Aun así, le dolió que fuera de esa manera, que ella le dijera en silencio, que le echara en cara, lo despreciable y poco honorable que era.

Golpeó la nieve con la mano hecha un puño.

—¡Soy un imbécil!

La golpeó una, otra, otra, y otra vez; hasta que la piel le escoció y la rabia se fue. Pero no se sintió mejor consigo mismo. Todo su mundo se venía abajo. Muy en el fondo anheló durante un largo tiempo ser amado por Alissa, y el que no resultara como lo esperó acrecentaba vacío en su interior. ¿Quién lo diría?, existía algo capaz de dolerle más que el accidente de Akihiro o el desdén de Fudo.

La sensación desoladora se incrementó cuando la brisa de la tarde le rozó la cara. Lo sintió como un recordatorio de lo que no tendría, menos después de haberlo hecho todo mal. Se recriminó el haber actuado como un mocoso impulsivo. ¿Sería que la inmadurez de Noah era contagiosa?, se preguntó. Ya no importaba; no podía regresar el tiempo.

La conciencia le gritó todos los errores cometidos en menos de cinco minutos, pero Takehiko ya no se lamentó. No ganaba nada con ello.

«Si Alissa no me quiere, no me quiere y punto», se dijo viendo el azul del cielo. Le gustaba ese color.

Trató de consolarse con esa idea.

VIII
LOS SENTIMIENTOS DE ALISSA
COLLINS

El amor nace, vive y muere en los ojos.
Hay caídas que nos sirven para levantarnos más felices.
William Shakespeare.

CAPÍTULO 24

Alissa no sabía cómo tomar las cosas.

Takehiko había regresado tarde a la casa, pasadas las dos de la madrugada, irritado y con el rostro triste y rojo por el frío. Ella estaba esperándolo frente a la chimenea, con una taza caliente de café con leche en las manos; trató de saludarlo, sin embargo, él pasó sin verla y se fue directo a su habitación. Alissa se quedó viéndolo hasta que desapareció, después se llevó la mano a la cara y suspiró cansada.

No podría dormir aunque lo quisiera. Pero no lo quería.

Él había terminado convirtiéndose en alguien importante para ella, aunque de un modo particular. No lo quería como a un simple amigo, pero tampoco se sentía capaz de afirmar que sus sentimientos hacia él iban más allá del cariño habitual que podía llegar a sentir por las personas. Lo único de lo que estaba segura era de que, por más que lo intentara, Takehiko no abandonaba sus pensamientos. Y de que todavía tenía el sabor de sus labios en los propios, su calor, la pasión y el dolor con que la había besado.

Ese detalle la hizo sentir peor.

Cerró los ojos. ¿Por qué él le dolía?, ¿desde cuándo? No halló ninguna respuesta, con todo, siguió preguntándose si así se sentía él por su culpa. ¿Habría sufrido tanto? Ella no lo sabía en aquel tiempo, no tenía idea de lo que escondía, justo por eso: porque lo ocultaba. No obstante, ¿qué hubiera hecho de saberlo antes? De seguro nada, su amor tuvo una vez dueño: Christian Stephan Dunne. No era como si lo hubiera hecho adrede; ella nunca planificó hacerle daño a nadie. Mas, en ese momento, ¿qué sentía?

La imagen de Takehiko, sonriéndole, llenó sus pensamientos; luego se vio a sí misma junto a él buscando nombres para el cachorro al que cuidaban entre los dos; también su reacción cuando Takehiko se le acercó y le preguntó si la ponía nerviosa. Le habría gustado decirle que sí, mas no lo hizo por vergüenza, supuso que él la tomaría por una cualquiera. La cabeza se le llenó de cada uno de los momentos que disfrutaron. Alissa se dio cuenta de que nada estaba en su imaginación: Takehiko Sakurai coqueteaba con ella siempre que podía; pero estaba tan concentrada en Christian que no lo notó.

O lo ignoró a propósito, para no sentirse mal consigo misma.

Era complicado. Lo que sentía, lo que vivía, lo que deseaba. Todo era demasiado complejo y aterrador. ¿Qué sentía por Takehiko? Ya tenía la respuesta, mas no era la que hubiera deseado; no era la que él merecía y, con

todo, sabía muy dentro de sí que podría ser otra con el paso del tiempo.

La noche era hermosa, incluso más al calor de la chimenea, pero a Alissa se le figuró fría y solitaria. Todo lo que habían construido en un mes se desmoronaba frente a sus ojos, sin que ella pudiera hacer nada. ¿Qué les sucedía? Entendió que la situación era incluso más dura para Takehiko, y dolorosa, porque era él quien le amaba; ella, en cambio...

«¿Por qué me besaste?», insistió dentro de sí. «Solo empeoraste las cosas. Ahora es más difícil para mí».

¿Por qué lo era? Meditó en ello durante varios minutos. Llegó a la conclusión de que le asustaba el hecho de querer sentirlo cerca e intentarlo, pero ¿y Christian? A él no podía, no quería dejarlo ir. No lo haría jamás. Respiró clavándose los dientes en el labio inferior. Era curioso, se dijo, que todo lo que recordara le hiciera anhelar el perfume de Takehiko, y que la silueta de Christian estuviera tan difusa; pero que —a pesar de eso— los sentimientos no se desvanecieran; que se incrementaran hasta volverse insoportables.

Alissa se sintió en medio de un torbellino de emociones complicadas.

—Quiero que seas feliz sin mí, Alis—dijo Karel a su oído, meciendo un sobre amarillo.

Alissa se estremeció cuando leyó su nombre en él. Reconoció la caligrafía.

El abogado se movió hasta estar frente a ella, y le sonrió con dulzura.

—¿Q-qué ha dicho?

No se atrevió a tomarlo. ¿Era una broma? Todavía faltaban unos días para que se venciera el plazo, ¿por qué iba a dárselo antes? Además, Takehiko se marcharía. Ella no había cumplido con las condiciones.

—Son las palabras que Christian me pidió decirte esta noche. Aunque, si soy sincero, él no fue específico. Igual es tuyo.

A Alissa se le cristalizaron los ojos. «Al fin», pensó; pero dudó en aceptarlo. Tenía miedo. Karel rio mientras negaba, después se lo colocó en las manos.

—Es tuyo. Mañana nos vamos.

—¿Qué? Pe-pe-pero aún faltan...

—Eso no importa. —Karel suspiró, la vio con ternura y dijo—: Misión cumplida. Mañana nos vamos. Duerme bien.

—Gra... gracias.

Karel sacudió la mano, quitándole importancia, y fue hacia la biblioteca.

Alissa lo vio por un momento. Espiró.

Alissa no lo podía creer, era demasiado bueno para ser verdad. Apretando el sobre contra su pecho, corrió hasta llegar a su dormitorio. Una vez dentro, cerró la puerta con llave, se sentó en la cama y lo abrió. Sonrió al leer a fecha de la carta.

«Christian siempre tan precavido».

Aspiró y deslizó la vista por las letras sin leer en realidad, solo cerciorándose de que fuera su caligrafía. Lo era. Se mordió el labio al sentirse llena de una profunda tristeza. Pero la ignoró y se dispuso a leer el contenido de la carta.

Decía:

«Mi querida Alissa:

No sabes lo difícil que me resulta escribir estas palabras sabiendo que no volveremos a vernos; no al menos en esta vida. Eso me duele más que el hecho de que pronto moriré.

Quisiera decirte de nuevo que todo estará bien, prometer mil cosas que no podré cumplir, pero sería egoísta de mi parte. En un principio creí mejorarme, de verdad pensé que así sería, pero ya viste: te fallé. Lamento tanto haberte creado falsas expectativas.

Sé que en este momento te estarás preguntando mis motivos, esas razones ocultas por las que hice semejante locura. No sabría explicarlo, mas el caso es que deseaba poder reunirme con mis viejos amigos antes de morir, solo quería verlos una última vez y reír como si de verdad tuviera oportunidad de...; pero no fue posible. Supe que no lo sería cuando el doctor me apretó el hombro diciéndome que saldríamos adelante. “Lo vamos a lograr, Chris”, casi me echo a llorar cuando lo oí. Ese día pensé en ti; no podía dejarte sola de nuevo, sumergida en ese mundo de silencio en el que estuviste desde que éramos niños.

Yo siempre quise poder ayudarte, sacarte de ahí, pero no sabía cómo. Cuando por fin sucedió, mira cómo terminaron las cosas, Alis...

Así que pensé que lo mejor sería dejarlo todo en manos del señor Laforet, porque es un hombre astuto. Imagino que te habrá contado los detalles, por lo que los omitiré. Pero Alissa, el verdadero motivo de todo esto es saldar cuentas con el pasado. Mi verdadera intención es intentar corregir ciertas cosas que a estas alturas ya deben de saberse, ¿verdad? Si todo ha salido como lo planeamos, Takehiko Sakurai ya ha dicho más de lo que le gustaría. Cómo si no lo supiéramos; me pregunto si nos cree tan tontos en realidad; fue

muy evidente la última vez que hablamos. Pero, mi amor, el tiempo de quejarse y no hacer nada para solucionar las cosas pasó.

Sea como fuere, la realidad es una: es tu deber como la hija mayor de David Collins ser fuerte. Eso quisiera poder decirte, como en el pasado, y hacerte entender las cosas con frialdad; pero no puedo, no sería justo contigo al colocar esa carga sobre tus hombros con el mero motivo de sentirme aliviado. Y, aun así, tienes que entender que tu vida no es solo tuya: tienes amigos y una familia por la cual mantenerte de pie.

Mi vida, quiero que entiendas una cosa: este no es el final, tú no has muerto. Pero estoy seguro de que te estás matando. Dime, cariño, ¿por qué? Mi anhelo, mi único deseo para ti es que sigas adelante. Quiero que seas feliz sin mí, Alis. Que te des la oportunidad de sonreír como al principio, de vivir en libertad. Deseo que puedas entenderlo y saber llevarme solo como un recuerdo hermoso, como lo que fue y no será, pero no por eso deja de ser maravilloso.

Quiero que ames a alguien más, que camines con él de la mano por el parque a mitad de la tarde, como tanto te gusta, sin remordimientos; sin mirar el pasado. Sin verme a mí. No importa si es Dylan o Tyler, Gabriel o el propio Takehiko. Él me agrada, aunque creo que yo le desagrado. Tal vez un desconocido. Solo enamórate otra vez, ¡ama, ama, ama! Y cuando llegue el momento nos veremos en un cielo azul profundo, quizá ya no como lo que fuimos, a lo mejor no nos reconoceremos; pero nos volveremos a ver. Por ahora, mi amor, vive...».

Siempre tuyo:
Chris.

Alissa no pudo reprimir el lamento que salió de su boca. Las palabras de Christian se habían transformado en un puñal que le atravesó el corazón. Casi logró escuchar su voz, distante, repitiéndole lo que había leído, y le dolió más que ninguna otra cosa.

«Pero —pensó apretándose los dedos en ese gesto de completa inseguridad que la dominaba en los peores momentos— es que yo no quiero vivir sin ti. ¡Tonto, tonto, Christian!, ¿cómo me pides eso? ¿Cómo es que tú me...? No sé qué hacer, Chris».

De repente, la casi imperceptible sonrisa arrogante de Takehiko Sakurai le llenó la mente. Alissa no comprendió el porqué, no entendía el torbellino de emociones en su interior; los sentimientos confusos que le nublaban la

mente y, aun así, era como si el peso del que hablara su difunto prometido se evaporara ante el cálido toque de una mano invisible. Entonces lo entendió, se hizo igual de claro que el agua: el tiempo de avanzar había llegado, y aunque no tenía idea de a dónde le conduciría el camino, sabía que no se trataba de aferrarse al pasado como algo cruel y doloroso; sino de atesorarlo como el más valioso de los obsequios y continuar con la vista al frente.

En medio del llanto, Alissa sonrió como una niña inocente que, después de un día lluvioso, ha visto la luz del sol. Era un milagro, consideró mientras lo que cinco minutos antes fueron recuerdos dolorosos se transformaban los más amable que nunca imaginó. Algo en su interior parecía renacer desde las cenizas, ella se preguntó qué sería.

Alissa, de pie frente a la ventana, se perdió en la inmensidad del cielo pintado de colores desde el que alguien parecía sonreírle. Quiso saber si sería Dios.

Había amanecido, pero ella no sabía qué hora era ni en qué momento sucedió.

Separó los labios, pero vaciló antes de hablar, no estaba segura de lo que tenía que decir. Se llevó las manos al pecho, sobre el corazón, y dejó escapar un largo suspiro. Ya no había dudas ni rencores. La amargura se había desvanecido con unas sencillas, pero sentidas líneas. Eso le asombró, sobre todo porque de repente no se estaba odiando.

Tal vez porque ahora sabía que Christian no le guardaría rencor si ella decidía seguir adelante. Era lo que él deseaba.

—Adiós, Chris —murmuró segura de sí misma—. Adiós, mi amor...

«Gracias», dijo para sus adentros, invadida por esa paz que en una oportunidad perdió, siendo consciente de que incluso desde el dolor, siempre era posible volver a empezar...

SOBRE LA AUTORA



«Soy una escritora de romance, curiosa y soñadora.

Amo a Dios, sobre todas las cosas, y a mi familia; además de la buena comida, los libros, el anime, los cómics y el *Symphonic black metal*. ¡Oh!, y por supuesto, escribir.

Mi debilidad son los chicos altos y de cabello largo, pero eso..., bueno..., imagino que ya lo habrás notado.»

Lorena R. Jeffers, mejor conocida como *Tsuki*, es una escritora que tuvo sus inicios en la reconocida comunidad de lectores y escritores, *Wattpad*, en donde publicaba *fanfiction* de sus series, libros y cómics favoritos. Más tarde, se atrevió a sacar a la luz obras originales y pequeños devocionales que fueron recibidas con buenas críticas por el público. Uno de ellos es «Volver a empezar», una hermosa novela romántica que nos recuerda que siempre es posible salir adelante a pesar del dolor que lleguemos a sentir en determinado momento...

Si quieres saber más sobre Lorena, visita:

<https://www.wattpad.com/user/Tsukichan7>

[1] Los espíritus de los muertos, de Edgar Allan Poe.

[2] Romanos 14: 8. Santa Biblia.

[3] Japonés: Muchas Felicidades.

[4] *El Ruiseñor y la rosa*. Oscar Wilde.

[5] Adiós.

[6] Sama:「-様」. Sufijo de cortesía para personas importantes.

[7] Cantante, modelo, compositor y escritor japonés. Es conocido por ser el líder y vocalista de la banda de *rock* «Versailles Philharmonic Quintet», y —en su momento— de la famosa «Lareine».

[8] Es la montaña sagrada de Japón, que también es un volcán. Su última erupción tuvo lugar en el periodo Edo, en 1.707.

[9] *The Rose*, de Bette Midler.

[10] El cine *splatter* o cine *gore* es un tipo de película de terror que se centra en lo visceral y la violencia gráfica extrema

Table of Contents

I EI CÁNTICO DEL DOLOR

I EI CÁNTICO DEL DOLOR

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

II ANGUSTIOSOS DÍAS TRANQUILOS

II ANGUSTIOSOS DÍAS TRANQUILOS

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

III CAMINO AL ABISMO

III CAMINO AL ABISMO

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

IV EL DILEMA DE TAKEHIKO SAKURAI

IV EL DILEMA DE TAKEHIKO SAKURAI

CAPÍTULO 13

V INVIERNO

V INVIERNO

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

VI FLORES DE PAPEL

VI FLORES DE PAPEL

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

VII RENACER DESDE LAS PROFUNDIDADES

VII RENACER DESDE LAS PROFUNDIDADES

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

VIII LOS SENTIMIENTOS DE ALISSA COLLINS

VIII LOS SENTIMIENTOS DE ALISSA COLLINS

CAPÍTULO 24

SOBRE LA AUTORA